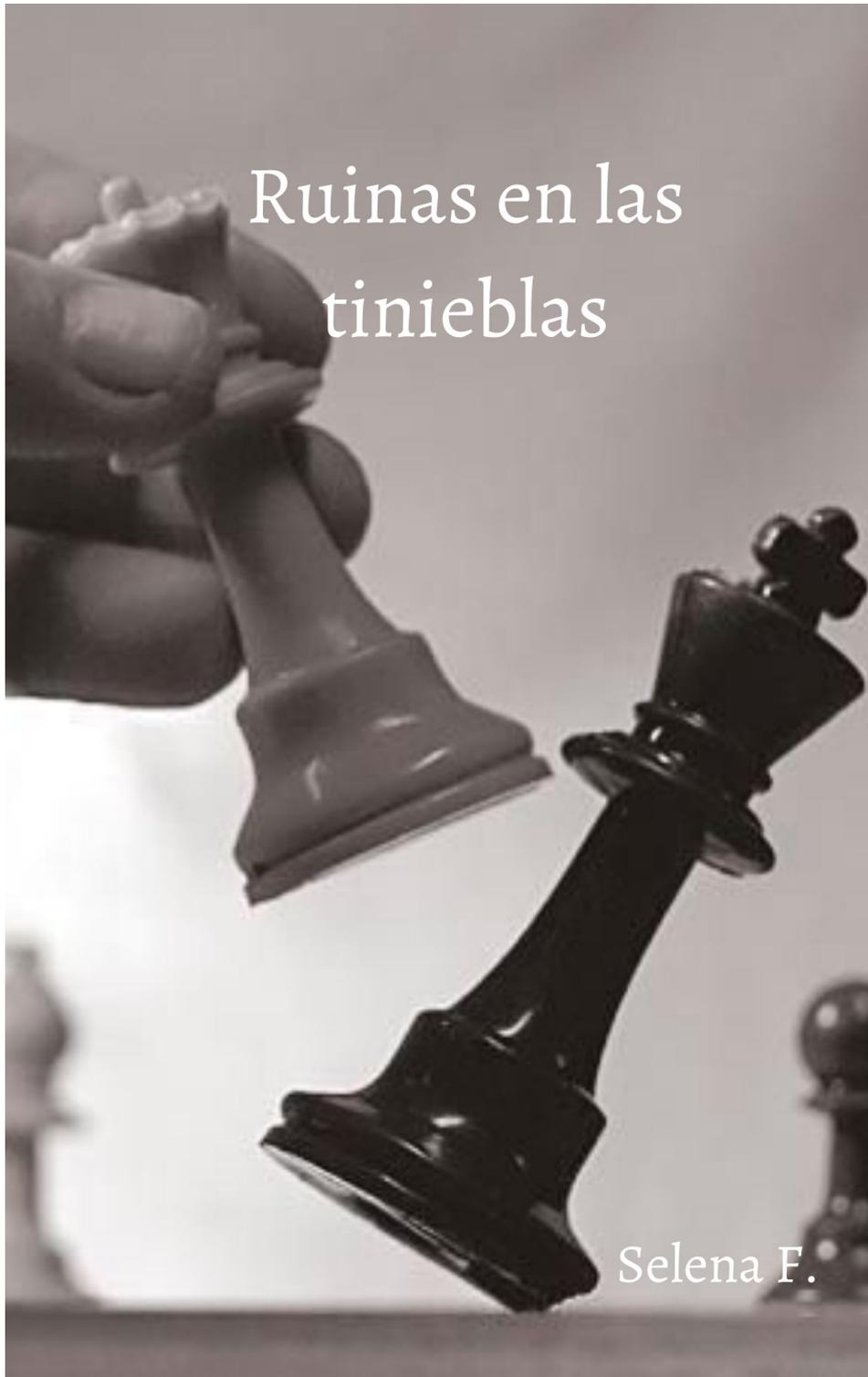


## 0.6 Ruinas en las tinieblas

Selena F.



## Capítulo 1

El día que Elter comenzó a arder, Keiran se levantó de la cama más tarde de lo habitual. Apenas había dormido nada en toda la noche y notaba el rostro hinchado y entumecido por la falta de descanso, pero especialmente por las lágrimas. Las que hacían que todavía sintiera la almohada mojada al lado de su mejilla y las que se habían quedado tras sus párpados.

Se quedó largo rato contemplando la negrura de su habitación tornarse más clara, del color cobalto de sus ojos, luego el cerúleo de los de Gawain, para finalmente teñirse con los matices dorados de los de Idris. No dijo nada cuando Alai se levantó de la cama, hundiendo el colchón a su lado, y le dio un beso en la mejilla antes de empezar a vestirse en silencio. Se limitó a mirarlo, con todo lo que quería decir reflejándose en sus ojos acuosos.

Su amigo, y ahora también el general de la legión dannan, le dedicó una sonrisa antes de salir, tirante y tierna al mismo tiempo.

Sé que no vas a hacerme caso, Keir susurró Alai dentro de su mente, pero intenta... tomarte el día relajado. En la medida de lo posible.

Keiran lo miró desde la cama con una ceja enarcada sin decir nada.

Alai resopló con suavidad antes de hablar.

A veces conviene tener tiempo para comerse la cabeza. Nos vemos por la noche.

La puerta se cerró detrás del general y Keiran se quedó a solas en su habitación, aquella que ocupaba en el palacio de la Casa de la Sombra y la Niebla. Una habitación inmensa que parecía querer engullirlo, con sus altísimas paredes y sus enormes ventanales de piedra oscura, que en lugar de dar una sensación de amplitud, le recordaban a la boca de una criatura, abierta y preparada para devorarlo. Para masticarlo y escupirlo convertido en el gobernante que era, con su traje negro y azul impoluto amoldándose a su cuerpo como una segunda piel, y su máscara cruel y resulta perfectamente colocada.

Se quedó un momento sentado al borde de la cama antes de levantarse, esperando a que su cabeza embotada terminase de ubicarse y las piernas no le fallasen cuando se dirigió al baño para prepararse. Se tomó un momento después de abotonarse la camisa negra y de colocarse la chaqueta del mismo color con el escudo bordado en sus hombros. Un momento antes de levantar la cabeza y toparse con su reflejo en el espejo. Cuando consiguió hacerlo, soltó un gruñido bajo y muy poco

elegante para alguien de su posición.

Tenía peor cara de lo que se había esperado. El blanco de sus ojos estaba surcado de fina venas rojas y sus irises azules se veían opacos. Las ojeras y la palidez macilenta de su piel no le importaban demasiado. No era nada que no pudiera tapar con un poco de maquillaje bien aplicado. Pero los ojos eran otra cosa. La ventana del alma, según los humanos.

Keiran no quería pensar que era lo que transmitían los suyos. Se le presentaba un día demasiado largo como para distraerse con el dolor y el desconsuelo que reflejaba su rostro. En ese momento, de buena mañana, todavía no sabía hasta que punto.

Mientras terminaba de hacer desaparecer las ojeras con la ayuda de una generosa capa de maquillaje que se aplicaba con los dedos, imitando su tono natural de piel, Keiran se preguntó una vez más por qué Nerys habría hecho aquello. Por qué había hecho el anuncio de su boda con aquel lord descendiente de una de las familias más influyentes de la Casa en unas fechas como aquellas.

Tal vez pensase que él no se enteraría, que precisamente en aquellos días tendría cosas más importantes en las que centrarse que una boda más entre la nobleza fae. Eso era lo que Keiran quería pensar. Pero Nerys sabía que como Hijo Predilecto, todas las uniones dentro de las familias nobles estaban en su conocimiento. Él estaba obligado a asistir a ellas; ya fuera a la ceremonia de compromiso o a la de boda. Para dar su bendición.

Nerys no lo había hecho a propósito. Le había roto el corazón más de dos décadas atrás, sí, pero él entendía perfectamente porqué lo había hecho. Porqué no había aceptado casarse con él cuando por fin se había atrevido a expresarlo en voz alta, sin rodeos y con una de sus amplias y soñadoras sonrisas, enmarcada con un bonito hoyuelo a la izquierda de su boca. Una sonrisa que había estado teñida de ilusión, pero también de dudas.

Keiran había sabido la respuesta de Nerys antes de que esta saliera de su boca. Sus ojos se lo había dicho.

Ella no había querido casarse con él por todo lo que implicaba ser la consorte del Hijo Predilecto de la Casa, más uno como él. Un media sangre.

Keiran había conseguido mantenerse estoico hasta que había vuelto a estar entre las paredes de aquella habitación. Entonces, se había derrumbado. Entre los brazos de Alai, igual que la noche anterior, cuando el anuncio del matrimonio de Nerys se había hecho oficial.

Sentía una punzada en el pecho cada vez que pensaba en eso, en cómo se apoyaba en su amigo de aquella manera tan... egoísta, pensaba a veces. No lo hacía a propósito. Jamás se aprovecharía de ninguno de sus amigos de esa manera. Pero lo que tenía con Alai era tan comfortable y natural... Nunca se había sentido así con ninguna otra de las parejas que había tenido a lo largo de los años, aunque no estaba del todo seguro si lo que habían vivido juntos podía calificarse de la misma manera.

Nunca nadie lo había aceptado como él. Sin reservas por la sangre que corría por sus venas, tanto la que lo convertía en un heredero como la que lo hacía descendiente de Dannu.

Cada vez que recordaba cómo había empezado todo entre ellos, cuando todavía eran unos chiquillos, una sonrisa nostálgica se extendía por sus labios. Como en aquel momento.

Cuando uno se había convertido ya en el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla y el otro era el general de una de las legiones más respetadas y temidas de todo Elter.

## Capítulo 2

Keiran jamás había dudado que Alai lo detestaba. Sus golpes durante los entrenamientos, más fuertes y más directos que los de cualquiera de sus compañeros, y sus comentarios burlones y afilados así se lo hacían ver. Siempre estaba buscando una oportunidad para fustigarlo, para probar los límites de su temperamento, tanto dentro de los círculos de entrenamiento dannan como fuera de ellos.

El verano anterior a que él cumpliera diecisiete años y Alai los dieciocho, el guerrero de cabellos cobrizos consiguió por fin que su paciencia se terminase. La suya y la de su abuelo, que siempre supervisaba los entrenamientos de su nieto. Eso los metió en un buen lío a los dos. Y también hizo que su relación diera un paso adelante.

Había muchas cosas que caracterizaban a los dannan como nación, entre ellas las estrictas normas que regían los entrenamientos y la formación de los guerreros. Todo aquel que las infringiese era castigado de una manera u otra, con mayor o menor severidad, pero nadie se libraba de las represalias. Ni siquiera el hijo del gobernante de la Casa y nieto del líder de sus ejércitos. Y mucho menos el hijo de una pareja de soldados rasos de la legión.

Una de las reglas básicas de los entrenamientos era que cuando el instructor mandaba parar, todo el mundo debía de quedarse quieto, dejar las armas al instante y alejarse de su contrincante. Acatar esa norma formaba parte también de la formación, pues era una manera de aprender a controlar los impulsos más primitivos y feroces que podían dominar a un guerrero durante la batalla. La violencia, el frenesí de la lucha y el olor de la sangre tenían una fuerte influencia en los feéricos y en sus comportamientos. A veces, dejarse llevar por esos instintos podía ser provechoso, ya que ayudaban a los guerreros a no pensar, a dejar que fuera el cuerpo que se moviera de una manera más intuitiva. Eso podía ahorrar tiempo en un ataque, pero también los hacía vulnerables a los ataques más elaborados.

Así que esa era una habilidad muy importante para los dannan; saber cuándo parar. Cuándo contenerse, cuándo volver del frenesí que los envolvía y los invitaba a perderse en él como si no fueran más que criaturas belicosas e irracionales. Como los feéricos menores que vivían en Tierra de Nadie y eran esclavos de sus instintos más bajos. Los fae, y sobre todo los guerreros, tenían que ser mejor que eso, marcar la diferencia.

Esa mañana de verano, Keiran falló estrepitosamente en esa lección tan importante. Dejó que su cuerpo siguiera moviéndose y que sus impulsos lo dominasen. No había sido capaz de hacer sangrar a Alai, pero el

guerrero pelirrojo a él sí. La sonrisa burlona que adornaba su atractivo rostro, la visión de su propia sangre manchando la hoja de su enemigo y su olor, el de la herida que tenía en la mejilla y el de la satisfacción de su oponente, lo había desquiciado. No podía dejarlo marcharse del círculo en el que entrenaban así, con su propio orgullo lastimado y el Alai henchido. Así que Keiran siguió atacando.

Un ronroneo complacido resonó dentro de su cabeza cuando vio los ojos de Alai abrirse por la sorpresa al darse cuenta de que no se detendría. El choque de las espadas, la forma en la que el aire vibró a su alrededor y cómo el impacto subió por sus brazos solo hicieron que el gruñido animal en su interior se intensificase. Keiran atacó, soltó un golpe detrás de otro contra Alai, que no se quedó atrás a la hora de devolverle las estocadas.

Cuando su filo manchado de sangre estuvo a punto de volver a cortarlo, Keiran estuvo a punto de soltarla espada. Pero no para rendirse. Sino para saltar sobre él con las manos desnudas, hacia su cuello.

Quería hacerlo sangrar y le daba igual cómo. Con la espada, las uñas, los dientes, lo que fuera. Solo quería ver la sangre roja y caliente resbalando por la piel de su enemigo. Solo quería que aquel ronroneo animal que reverberaba dentro de su cabeza se callase y que la tensión que sentía dentro de su cuerpo se disipase.

Antes de que pudiera soltar la espada, unas manos lo agarraron por el cuello de la chaqueta de combate desde atrás, tirando de él, haciendo que su garganta se cerrase y se quedara sin aire. Puso los ojos en blanco antes de caer con torpeza sobre su espalda y soltar un gruñido de dolor entre dientes.

Cerró los ojos, como si la oscuridad detrás de sus párpados pudiera calmar las pulsaciones lacerantes que se extendían por su espalda y por el resto de su cuerpo. Y así fue. Las tinieblas tenían esa capacidad sanadora para Keiran, aunque él todavía no podía controlarlas.

Cuando abrió los ojos y se topó con una mirada de un color cobalto idéntica a la suya, la oscuridad en la que se había refugiado para aplacar su dolor le arrancó un estremecimiento. Lo que había en aquellos ojos le hizo recordar que, una vez más, había fallado. Se había dejado llevar por sus impulsos. Por aquella criatura que a pesar de no encontrarse todavía en su interior ya comenzaba a tener una influencia considerable en él. Un ser que clavaba sus garras negras de ónice en su cuerpo y que podía manejarlo a su antojo si Keiran no tenía cuidado.

Había dejado que el poder que había heredado de su padre y que empezaba a vibrar bajo su piel tomase el control.

Keiran tragó saliva y apartó la mirada mientras su abuelo, Gwylim, le tendía una mano para que se levantase. No lo miró en ningún momento, ni a él ni a ninguno de sus compañeros y compañeras, mientras este les decía a él y a Alai en voz alta el castigo por lo que había ocurrido en el círculo de entrenamiento. No protestó al escuchar el reproche velado que había en sus palabras, ni replicó al darse cuenta de que tendría que compartir más horas en compañía del guerrero que tanto lo hostigaba.

Se alejó del círculo y de quienes lo rodeaban con la cabeza alta y los hombros cuadrados, pero no miró a nadie. Ni siquiera a su primo Gawain, aunque podía sentir su mirada clavada en él, contrariado porque iba a hacer que se enfrentase solo a la hora de la comida con su madre y uno de aquellos terribles estofados que supuestamente los ayudarían a mantener las fuerzas para los entrenamientos. No se detuvo a escuchar las protestas de Alai ni la réplica de su abuelo, pues podía imaginarse que su decisión sería inamovible.

Después de limpiarse el polvo, el sudor y la sangre que había en su cuerpo, se dirigió al lugar en el que llevaría a cabo su castigo. Keiran compuso una mueca delante de la puerta del edificio de dos plantas que hacía las veces de almacén de armas y de lugar de reuniones de las tropas dannan. El lugar formal desde donde su abuelo las dirigía y tomaba decisiones en compañía de sus guerreros más importantes, en ocasiones con su padre y su tío también presentes.

Hubiera preferido que lo hicieran enfrentarse a cualquiera de los círculos para los que todavía no estaba preparado, pensó mientras empujaba la puerta con el hombro. Cualquiera de ellos, incluso el más difícil de todos, aquel que consistía en una tarima de madera que iba girando constantemente y de la cual salían estacas llenas de puñales afilados de manera aleatoria, moviéndose a su alrededor como un animal preparado para clavarle las púas. Había visto a más de un futuro guerrero salir de allí con miedo en la mirada después de estar a punto de perder un miembro o acabar con las tripas esparcidas por la madera.

Prefería eso y no pasarse lo que quedaba de día y probablemente toda la noche limpiando y afilando las armas almacenadas en aquel edificio. Y menos con...

Keiran frunció el ceño cuando escuchó sus pasos apresurados detrás de él. No se molestó en aguarle la puerta a Alai para que entrase. Dejó que se cerrara a sus espaldas, a punto de chocar con el rostro de Alai, que soltó una maldición entre dientes. Sin decir nada, Keiran se dirigió a la mitad derecha del primer piso, totalmente desocupado en ese momento, y procedió a abrir uno de los armarios que guardaban arcos y ballestas, así como las flechas de diferentes longitudes para unos u otros. Frunció el ceño mientras sus ojos escaneaban todo lo que había allí dentro. Nunca había sido tan consciente de la cantidad de armas que tenían los dannan

en su poder. Y aquello solo era un armario...

Contuvo un suspiro mientras pasaba los dedos por las puntas. Algunas estaban demasiado desafiladas y habría que sustituirlas. Solamente eso iba a llevarle una cantidad considerable de tiempo.

Se quedó muy quieto cuando escuchó de nuevo a Alai moverse a sus espaldas. Sus pasos eran casi completamente silenciosos, como los de un felino, pero Keiran podía sentirlo desplazarse por la estancia. Caminaba hacia el lado opuesto, hacia la izquierda. Alai se detuvo y también abrió uno de los armarios que poblaban las amplias paredes de madera clara. No puedo evitar sonreír para sus adentros cuando percibió la tensión emanar de su cuerpo, a pesar de que se encontraba a varios metros de él.

Eso era algo en lo que los dos, como guerreros en formación que eran, también tenían que entrenar. La manera en la que dejaban que quienes los rodeaban percibieran sus emociones. Alai no estaba poniendo demasiados esfuerzos en ocultar su desazón ante la larga tarea que se les presentaba a los dos. Y Keiran tampoco iba a hacerlo, aunque eso supusiera cargar el aire de con un regusto amargo y desagradable durante las interminables horas de trabajo que les quedaban por delante. Él se había ganado aquello, sí, pero Alai también, y no le importaba lo más mínimo que los dos se ahogasen en las consecuencias.

Pasaron largo rato sin dirigirse ni una sola palabra. El silencio que los envolvía solo se rompía gracias al sonido de los filos de las espadas al ser frotados contra las piedras de afilar, los crujidos lastimeros de las cuerdas de los arcos al ser tensados, y el murmullo suave de los paños al limpiar empuñaduras y hojas. En realidad, no había demasiado que abrillantar ni que pulir; las armas que había en aquel edificio eran empleadas en los entrenamientos de los dannan que todavía no habían alcanzado la condición de guerreros o guerreras, y sus instructores no permitirían que estos las guardasen sucias de sangre o sudor. Los guerreros profesionales guardaban las suyas con celo en sus casas, perfectamente limpias, engalanadas con sus diseños de llamas furiosas y fases lunares adornando empuñaduras, hojas, ástiles de flechas o cuerpos de arcos y ballestas. Algunos incluso tenían sus iniciales labradas.

Keiran casi se había olvidado de la molesta presencia de Alai en el otro extremo de la sala, absorto en su tarea de afilar una de las espadas de entrenamiento, cuando la voz del dannan de cabellos cobrizos llegó hasta él.

— ¿Crees que mereces convertirte en el líder de nada si no eres capaz de controlar ese temperamento?

La voz de Alai había sonado ligera, casual incluso. Keiran no tenía ni idea de qué era lo que se encontraba haciendo en ese momento, pero no lo escuchaba frotar ni pulir nada. Se contuvo para no girarse a mirarlo y apretó los dientes con fuerza durante un instante antes de replicar. El dolor consiguió amortiguar la irritación que le producía la presencia de Alai, su mera voz dirigiéndose a él. Más con un comentario como aquel.

— ¿Tú quieres quedarte sin lengua o simplemente pretendes seguir dándome lecciones sobre algo de lo que no tienes ni idea? —replicó Keiran sin detener su tarea.

Alai resopló con sorna.

—Como si pudieras ganarme en una pelea, mi señor.

Keiran no se molestó en contestarle. Se limitó a pasar la piedra de afilar una última vez por la hoja, esta vez con un poco más de fuerza, arrancándole un sonido cortante y agudo.

Alai pareció entender el significado de aquel gesto, porque volvió a permanecer callado durante otro rato. No lo suficientemente largo, pensó Keiran cuando volvió a escuchar su voz, en esta ocasión un poco más cerca, o eso le pareció al heredero de la Casa, porque seguía negándose a girarse para mirarlo.

—Yo por lo menos me atrevo a decirte a la cara lo que otros piensan a tus espaldas. Cosas bastante peores, por cierto.

Keiran dejó escapar una risa corta y amarga.

Como si él no tuviera ni idea de lo que otros decía a sus espaldas, tanto en Llanrhidian o en los terrenos de la villa que rodeaba el palacio. Comentarios lo suficientemente bajos como para que resultasen discretos, pero no lo bastante como para que él no pudiera oírlos. Él, su madre o su padre, incluso. A Keiran los comentarios no le importaban; le daba igual que dijese que no tenía en su interior la sangre lo bastante limpia como para llegar a ser Hijo Predilecto algún día o que nunca merecería llamarse dannan porque el linaje de su familia materna había sido corrompido cuando su madre se casó con su padre. A Keiran lo que le dolía era tener que cerrar la boca y dejar que se los clavasen dócilmente en la espalda.

— ¿Quieres algún tipo de reconocimiento por tu consideración? —replicó mientras alargaba la mano para coger otra espada.

—Depende de lo que quieras darme.

Keiran se quedó muy quieto, sus dedos sin llegar a rozar la empuñadura de latón. Esta vez, sí se dio la vuelta para mirar a Alai. Su compañero de

castigo se encontraba sentado en el suelo, sobre la tarima barnizada. Tenía varias flechas descansando en su regazo y otras tantas puntas afiladas a su lado, esperando a ser repuestas.

Keiran frunció el ceño, pero la extrañeza por verlo allí sentado, tan innecesariamente cerca de él, quedó en segundo plano cuando sus ojos se fijaron en Alai de verdad. En su cabello todavía húmedo después de haberse aseado, con el color castaño cobrizo de sus rizos ligeramente oscurecido por el agua. En los rasgos de su atractivo rostro, de mandíbula fuerte, nariz recta y ojos grandes, ligeramente almendrados. En el tono ligeramente oscuro de sus labios de trazo sensual, que contrastaban con el tono de su piel. En su mirada de color castaño claro salpicada de motas doradas, como si hubiera sido besada por el sol. En las gotas de agua que resbalaban por su cuello desde su pelo húmedo, mojándole los hombros de la camisa.

La mirada de Keiran se detuvo ahí. Conocía el cuerpo que había más abajo. Lo había visto en muchas ocasiones, cubierto por la ropa de combate que usaban para entrenar, luchando y moviéndose con una destreza y agilidad pasmosas, incluso dentro de los futuros guerreros que se encontraban en su mismo nivel. Y también había visto lo que había debajo de aquellas ropas cuando se quitaba la chaqueta y la túnica que llevaba debajo se le pegaba al cuerpo por el sudor. Keiran no era ni ciego ni indiferente a aquella visión.

Nunca había tenido ningún problema con los deseos de su cuerpo, aunque todavía no llegado a hacer nada con nadie, ni hombres ni mujeres, pero se negaba a que sus pensamientos tomaran ese rumbo cuando se trataba de Alai. O lo intentaba.

Las palabras que Alai había pronunciado antes de que él se girase todavía estaban suspendidas en el aire, entre los dos. La sonrisa que bailaba en los labios del dannan se las recordó.

—Se os están coloreando las mejillas, alteza.

—Cállate o de verdad que acabarás perdiendo la lengua, Alai —contestó Keiran.

Su voz no llegó a sonar tan firme como a él le hubiera gustado, pero no tuvo tiempo para reprochárselo mentalmente. Alai se levantó del suelo con un movimiento elegante y fluido, dejando que las flechas cayeran al suelo con un tintineo de madera y acero, y comenzó a avanzar hacia él con pasos largos. Keiran no se movió; no retrocedió, al menos. Pero todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se tensaron dolorosamente, preparados para... para no sabía exactamente qué.

Sin que él fuera apenas consciente, el poder que había dentro de él comenzó a vibrar con suavidad. Los dedos de las manos le hormiguearon, como siempre le ocurría en el momento previo a entrar en una pelea durante los entrenamientos. La sangre comenzó a correr más rápida por sus venas, ronroneando en sus oídos. Cuando cerró los puños en sus costados, tratando de silenciar aquella canción salvaje, Alai se detuvo. Apenas los separaban cinco pasos.

Los ojos castaños de Alai se desplazaron hacia sus dedos apretados para luego volver a subir hasta su rostro. Lo escrutaron con cuidado, ligeramente entrecerrados. Keiran dejó que Alai lo mirase y que sintiese lo que había dentro de él. Un recordatorio de lo que era y de lo que podía hacer. Una amenaza velada, silenciosa. Una advertencia que no pareció surtir efecto porque a pesar de que Alai se quedó quieto donde se encontraba, sus labios se estiraron en una sonrisa y sus ojos se agrandaron un poco, mirándolo con... ¿travesura?

— ¿Por qué sonríes de esa manera? —preguntó Keiran entrecerrando los ojos.

Alai separó los labios, pero de su boca no salió ninguna contestación. El guerrero ladeó levemente la cabeza y lo contempló con los ojos entrecerrados. Como un predador contemplando una presa potencial.

El cuerpo de Keiran se tensó todavía más. Sus músculos protestaban dolorosamente, igual que su pecho golpeando con fuerza contra sus costillas. Sus dedos hormigueaban y su sangre arrullaba dentro de sus venas, de sus oídos. El poder que había heredado de su padre latía en cada fibra de su cuerpo, tenue, pero presente.

Keiran se preparó para el golpe. No esperaba que Alai cogiera ninguna de las múltiples armas que los rodeaba, pero eso no quería decir que no pudiera hacerle daño. Ya se lo había hecho en muchas ocasiones con las palabras que salían de su boca.

Sin embargo, lo que Keiran no se esperaba era que Alai negase suavemente con la cabeza y sonriese con algo parecido a la dulzura.

—No sé si es que tú no eres tan listo ni tan observador como pareces, o soy yo que no se me da bien expresarme.

Keiran se quedó muy quieto. Los únicos músculos de su cuerpo que se atrevieron a moverse fueron los que hicieron que una de sus cejas negras se enarcase.

— ¿Lo de darte las gracias por las lecciones de temperamento va en serio?

—preguntó.

—No estaría mal —rió Alai con una voz ronca y baja, sensual. Su mirada de salpicada de rayos de sol se fijó en los labios de Keiran antes de continuar—. Pero no era eso a lo que me refería.

Keiran separó los labios para replicar, pero no llegó a decir nada. Los ojos castaños de Alai se encontraron con los suyos de color cobalto. Había una pregunta breve y directa en ellos. Una pregunta que no tuvo respuesta en forma de palabras, sino de exhalación cálida y temblorosa.

Alai salvó la distancia que los separaba con una última zancada larga y lo besó.

Keiran notó los labios de Alai rígidos sobre los suyos en un primer momento, pero cálidos al mismo tiempo. Todo él se había quedado agarrotado ante el contacto de su compañero de castigo, sorprendido y confuso y... y algo más. Algo agradable y excitante. Un sentimiento que se intensificó cuando las manos de Alai se posaron en su cintura y tiraron de él suavemente hacia su cuerpo cálido, abriéndole la boca al mismo tiempo. Keiran dejó escapar un gruñido cuando sus lenguas se encontraron y sus labios comenzaron a moverse juntos.

Presionó las manos contra su pecho, pero no para alejarlo de sí, sino todo lo contrario. Cerró los puños sobre la camisa limpia y húmeda de Alai para poder atraerlo más hacia así, con más fuerza. Porque Keiran sentía que no tenía suficiente de él en su boca, en su cuerpo. De aquella sensación que lo hacía bullir por dentro de una manera no muy diferente a cuando entre ellos había espadas en lugar de ropa. Sintió la sonrisa de Alai contra su boca ante aquel gesto desesperado, lo que solo aumentó la sensación de calor que lo embargaba.

Alai lo empujó con suavidad hacia atrás al mismo tiempo que ensortijaba sus dedos con los cabellos negros de Keiran. Este soltó un sonido de protesta cuando sintió el roce de las armas que colgaban de la pared detrás de él, pero no se apartó. No sabiendo, muy en el fondo de su mente, que ese gesto podía provocar que se rompiera el contacto entre ellos. Eso era lo último que Keiran quería en ese momento.

Las manos de Alai lo exploraron por encima de la tela de la camisa, cada vez más atrevidas, mientras que el beso que compartían se hacía más intenso. Le acarició el cuello, el pecho, el abdomen, y se detuvo cuando sus dedos rozaron la tela del pantalón, tentándolo. Las caderas de Keiran se movieron instintivamente hacia adelante y aun con sus bocas unidas, pudo notar la sonrisa juguetona de Alai contra sus labios. Sus manos no siguieron descendiendo, sino que volvieron a subir, presionando con suavidad contra el cuerpo tenso de Keiran, arrastrando la tela de la camisa sobre su piel sensible, dejando un rastro de placer que despertaba

una calidez cada vez más abrasadora.

Keiran no sabía cuánto tiempo había pasado desde que habían empezado a besarse cuando se separó de Alai para respirar. Tomó una bocanada de aire, tembloroso, con la espalda apoyada todavía contra la pared, sin notar apenas la presión de lo que de ella colgaba contra su cuerpo.

—Sí que eres terrible expresándote —murmuró contra sus labios.

La risa de Alai reverberó desde su pecho hasta el resto de su cuerpo, arrancándole un estremecimiento.

—Pues tú cogiendo las indirectas... —replicó, su voz igual de pesada y entrecortada que la de Keiran— parece mentira que tengas esa niebla para ayudarte —dijo acariciándole la mandíbula y el cuello.

El aliento cálido de Ala contra su piel sensible hizo que el cuerpo de Keiran temblase de nuevo.

—No me meto en la cabeza de la gente para espiarla porque sí. Y tampoco me hubiera esperado que todos los golpes y las pullas significasen... esto —finalizó echando una ojeada cargada de significado a los labios que acababan de separarse de los suyos. Unos labios que compusieron una sonrisa traviesa.

Alai se encogió de hombros antes de contestar.

—Eran una manera de llamar tu atención.

Antes de que Keiran pudiera replicar diciéndole que aquellos intentos de llamar su atención eran más propios de un crío que de un futuro guerrero, la boca de Alai volvía a estar sobre la suya. En esta ocasión, no hubo primeros besos tentativos y suaves. Esta vez, las caricias de Alai no se detuvieron en la cinturilla de sus pantalones. Keiran dejó que lo tocara por encima de la tela demasiado opresiva, mientras él también exploraba más allá de la camisa que Alai llevaba puesta, ahora desastrada, pero lo hizo en sentido contrario.

Siguió con los dedos la línea de su mandíbula, de sus mejillas, hasta enterrarse en su pelo cobrizo. Se embebió de la sedosidad de sus rizos, del olor que su piel desprendía y de su sabor en la boca; canela y madera de cerezo. Por lo menos todo lo que las caricias de Alai le permitían.

Cuando la presión de la mano de Alai contra su entrepierna y la fricción de la tela sobre esta comenzaron a disipar cualquier pensamiento racional en su mente, Keiran clavó los dedos en sus hombros para poder separarse de él. Sus labios dejaron de estar unidos, pero ambos estaban reclinado el uno hacia el otro, con sus frentes tocándose. Alai separó la mano de

aquella zona tan dolorosamente sensible y la dejó reposar en su cadera, trazando círculos con el pulgar.

Keiran necesitó varias respiraciones profundas para poder hablar sin que la voz le temblase.

—Tenemos que terminar...

Alai se apartó un poco más para que sus miradas pudieran encontrarse. Cuando comprendió a lo que Keiran se refería, sus ojos se abrieron con incredulidad.

— ¿De verdad quieres quedarte a limpiar todas las armas de este lugar?

—le preguntó— Aun nos falta el piso de arriba.

—Si alguien viene a supervisar y ve que hemos desaparecido pensará que al final nos hemos matado el uno al otro.

Alai resopló.

—Si no ven sangre no creo que se preocupen. Si lo prefieres podemos quedarnos aquí —dijo cuando la respuesta de Keiran no llegó—. Puede que a tu abuelo le haga feliz ver que al final hemos... congeniado.

El heredero de la Casa hizo una mueca de desagrado con la boca. Gwyllim sabía que su nieto y Alai tenían una relación tirante (o la habían tenido hasta ese momento); aquella mañana no había sido la primera vez que había tenido que poner terreno entre los dos y llamarles la atención, así que estaría más que complacido al saber que las asperezas que hubiera entre ellos se habían limado. Pero de ahí a que los vieran así... Los feéricos eran muchas cosas, pero pudorosos en cuanto al sexo no estaba entre sus características.

Además, lo que había en las palabras de Alai era una proposición que iba más allá de lo que habían estado haciendo en ese momento. Algo más que tocarse con manos aventureras por encima de la ropa. Keiran nunca había llegado mucho más lejos. Y ahora... ahora estaba sintiendo todo que siempre lo hacía echarse atrás en el último momento. Aquella vibración dentro de su cuerpo, naciendo de sus huesos. Una energía con la que todavía no había aprendido a vivir y de la que aún le quedaba mucho por aprender.

El aliento de Alai y el roce de sus labios en su cuello lo sacaron de sus pensamientos.

—Vamos, Keir —murmuró contra su piel, presionando los pulgares sobre sus caderas—. Sé que te han educado para que parezca que llevas una

vara atada a la espalda, pero en el fondo eres más interesante que eso.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas de Keiran cuando su mirada se cruzó con la de Alai. Este le aguantó la mirada con un velo de placer y de travesura en el castaño claro de sus ojos.

Tenía que sentirlo. Era imposible que Alai no estuviera notando lo que había debajo de la piel del heredero de la Casa. El poder que comenzaba a crecer dentro de él y que trataba de mantener oculto en su interior, como si con eso consiguiera detener su avance; Keiran todavía no comprendía que una magia como la que él tenía corriendo por sus venas se alimentaba precisamente de aquello, del silencio y de la oscuridad, aguardando el momento apropiado.

Su compañero de castigo tenía que estar sintiendo el incipiente poder de la sombra y la niebla ronroneando dentro de él como un animal desperezándose, pero entonces, ¿por qué no se apartaba de él?

Sus ojos de color cobalto lo miraron con intensidad, tratando de transmitirle sin palabras las dudas que le impedían continuar. Alai se limitó a aguantar su mirada moviendo el pulgar en círculos sobre su cadera, presionando con suavidad. Aquel gesto fue la única que respuesta que Keiran recibió.

Finalmente, tomó la mano que lo acariciaba y entrelazó sus dedos con los de Alai.

Intercambiaron un beso rápido y hambriento antes de que Alai tirase de él hacia la puerta que daba al exterior. Fuera, la noche había caído hacía rato. El cielo estaba teñido de un profundo color oscuro, un paso intermedio entre el azul de los ojos de Keiran y el negro ónice. Las estrellas brillaban con fuerza, algunas parpadeaban como si les hicieran pequeños guiños a los dos jóvenes que acababan de aparecer ante su mirada curiosa. La luna no era más que una sombra oscura, sin rastro de brillo plateado por ningún sitio.

Keiran y Alai se detuvieron y miraron a su alrededor, escaneando las sombras que proyectaban las casas y los establecimientos de una planta que se encontraban cerca. Los dos abrieron sus sentidos, ligeramente embotados por lo que habían estado haciendo escasos momentos antes, para tratar de encontrar cualquier cosa que no pudieran percibir sus ojos, aún sin la aguda visión de los feéricos que habían pasado la Turas Mara. Cuando estuvieron seguros de que no había nadie en la calle que pudiera verlos o sentirlos, Keiran dejó que Alai lo guiase.

No se sorprendió cuando al final se encontraron delante de la puerta de una de las cabañas destinadas a resguardar a los viajeros que hacían parada en Llanrhidian para descansar o para comerciar. Aquellas

edificaciones no tenían dueño, pertenecían a todo el mundo que quisiera usarlas. Para lo que fuera. Keiran y Alai no eran los primeros que iban a emplearla para lo que ocurriría a continuación. Todo el mundo lo sabía y a nadie le importaba. No mientras todo lo que pasase fuera consentido y quienes usasen la cama tuvieran la decencia de dejar las sábanas cambiadas al día siguiente. Los inmortales podían ser unos desvergonzados, o unos libertinos, como dirían los humanos, pero eso no quería decir que no tuvieran sentido de la higiene.

No se molestaron en encender ninguna luz. La noche era oscura, pero la luz de las estrellas y la estrecha proximidad que iban a compartir serían suficientes para que pudieran verse y explorar sin perder detalle el uno del otro.

La ropa no duró mucho más sobre sus cuerpos. Se desvistieron el uno al otro y a sí mismos con prisa. Tanta, que Keiran apenas tuvo un instante para reflexionar de verdad sobre lo que estaba ocurriendo, sobre cómo había acabado de aquella manera con Alai. Menos todavía cuando este lo besaba allí donde las prendas desaparecían y la piel hipersensible quedaba expuesta. Y curiosamente, Keiran tampoco quería darle demasiadas vueltas. Su cuerpo deseaba aquello que estaba ocurriendo entre ellos, y el resto de su ser también.

Solo vaciló cuando su espalda caliente tocó las sábanas frías de la cama y el cuerpo de Alai lo cubrió, tapando la escasa luz que entraba por las ventanas.

Los labios de Alai comenzaban a descender por su pecho, mientras la mano con la que no se apoyaba sobre el colchón lo acariciaba allí donde lo había hecho antes de salir del edificio donde habían estado limpiando las armas. Despacio, pero con la fuerza apropiada como para que se espalda se arquease de placer y sus caderas siguieran el ritmo de las caricias, pegándose más a Alai.

Keiran le rodeó la muñeca con firmeza y tiró suavemente de su pelo.

—Nunca...

Su voz estrangulada se detuvo, pero no fue necesario que siguiera hablando. Alai se apartó de él lo suficiente como para sus miradas se encontrasen en la penumbra. Lo miró con el ceño fruncido un momento, sorprendido por las palabras que habían quedado sin pronunciar.

— ¿Nada?

Keiran negó con cabeza, apartando la mirada.

—Nunca hasta el final. Con nadie.

El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Nada de lo que había hecho con Alai hasta ese momento era nuevo para Keiran; tan solo el hecho de estar completamente desnudo debajo de alguien, o él estando encima. Pero él sabía perfectamente lo que era dar placer y recibirlo, con las manos, con la boca... sabía donde proporcionarlo, pues lo había experimentado. Pero nunca había estado tan cerca.

Su poder, que vibraba cada vez con más fuerza debajo de su piel, también se quedó quieto, expectante. Las cortinas estaban echadas sobre los cristales de las pequeñas ventanas, pero Keiran no pudo evitar sentir el brillo de las estrellas como una mirada indiscreta, tratando de vislumbrar que era lo que ocurría en el interior de aquella estancia. Y también dentro de él.

El peso cálido que había sobre su cuerpo cambió. Sintió cómo Alai se alejaba de él, pero no se levantó de la cama. Se arrodilló a su lado, con una de las piernas de Keiran entre las suyas y una mano apoyada sobre su pecho, que subía y bajaba con rapidez, siguiendo el ritmo acelerado de su respiración. Keiran estaba seguro de que podía sentir su latido apresurado y la pulsación de su poder. Puede que por eso Alai apartase la mano... pero no explicaba por qué la llevó hasta su mandíbula y le hizo levantar la cabeza para que sus ojos se encontrasen.

Keiran no estaba preparado para la calidez y la comprensión que había en su mirada, ensombrecida por el placer y casi consumida por sus pupilas dilatadas. Ni tampoco para la consideración que había en sus palabras.

— ¿Estás seguro de que quieres esto?

Keiran resopló.

—Sorprendentemente, sí.

—Mis métodos no fueron tan malos, entonces —sonrió Alai antes de bajar la cabeza para dejar un rastro de besos entre su cuello y su mandíbula.

Keiran clavó las uñas sobre la piel desnuda de sus brazos.

—No hagas que me arrepienta.

Una risa floja acompañó sus palabras, pero aun así su voz sonó más seria de lo que él pretendía. Más sincera.

—Siempre puedes arrepentirte —replicó Alai, levantando la cabeza para volver a encontrarse con su mirada—. Solo tienes que decirlo y pararemos.

— ¿No tienes miedo? —preguntó tras una pausa en la que todo a su alrededor volvió a quedarse expectante. Solo aquella maldita pulsación dentro de él...

Alai dejó escapar una risa grave.

—Si tuviera miedo no te provocaría para que lo sacases fuera.

Para enfatizar sus palabras, Alai bajó la mano que tenía bajo el mentón de Keiran de nuevo hasta su pecho. Lo acarició desde la base del cuello hasta una de sus caderas, pasando por su esternón, su estómago y su abdomen, dejando un rastro de piel sensible y de pequeños estremecimientos en el cuerpo de Keiran.

El poder vibró con más fuerza, ondulando bajo su piel y extendiéndose fuera de esta, alrededor de los dos. Las sombras de la estancia respondieron, palpitando incluso en los recovecos más ocultos, y la niebla que había comenzado a tomar forma años atrás dentro de la cabeza de Keiran se extendió más allá de esta. Hasta Alai.

Keiran lo vio componer una mueca de dolor cuando aquella bruma fría y lacerante como una esquirla de hielo se deslizó dentro de su mente. Imágenes difuminadas comenzaron formarse dentro de Keiran, y acompañadas de un sonido que se reproducía con cierto ritmo, como si se tratase de una voz formando palabras, pero él no consiguió distinguir ninguna. Todavía no sabía emplear la niebla correctamente, pero lo que sí había aprendido era a replegarse de la mente en la que entraba sin permiso y sin intención con rapidez, aunque no de manera indolora.

Un siseo de protesta escapó entre los dientes apretados de Alai cuando lo hizo. Keiran abrió la boca para disculparse, lo empujó por los hombros para alejarlo, pero antes de que pudiera decir nada o moverse, los labios de Alai estaban sobre los suyos. Su beso no fue diferente a los anteriores que se habían dado hasta ese momento, hambriento y profundo, pero esta vez había algo diferente. Algo más consciente, más sincero.

Keiran se abrió con timidez a las emociones que emanaban con fuerza de Alai mientras se besaban. Había muchos sentimientos arrolladores dentro de él, pero ninguno se parecía mínimamente al miedo.

Cuando sus labios se separaron y Alai se apartó de él para volver a acariciarlo, Keiran se tomó su tiempo recreándose en la visión de su cuerpo, musculoso y esculpido por el entrenamiento, cubiertos por una ligera capa de vello. Alai era por aquel entonces un par de centímetros más alto que él, pues también era un año mayor, pero aquella diferencia de altura desaparecería meses después. A Keiran le gustaba lo que veía,

pero más todavía lo que sentía. Tanto él como Alai.

—Es extraordinario —murmuró Alai trazando la separación entre su estómago y sus abdominales con un dedo.

Keiran tardó un momento en comprender que no se estaba refiriendo a su cuerpo, a sus músculos definidos, sino a lo que había debajo de su piel. A lo que un día haría que llevase una corona de gemas negras y azules sobre su cabeza y una serpiente rodeando la flor de un cardo cosidas sobre sus hombros.

Esbozó una sonrisa socarrona ante las palabras de Alai, tratando de restarles importancia y desviarlas de su objetivo. Intentando que no notase la sorpresa que le producía que lo mirase y lo tocase y sintiera su poder con aquel sentimiento de curiosidad y de maravilla.

Cuando Alai buscó su mirada al no escuchar ninguna réplica por su parte y se topó con su sonrisa traviesa, resopló con sorna, con una mueca idéntica a la de Keiran estirando sus labios. Lo pellizcó con suavidad en la zona sensible de la cadera y le dio un beso con un roce de dientes encima de la clavícula. Y con esos gestos confiados y juguetones, Keiran se dejó llevar.

Keiran dejó que Alai lo llevara hasta donde nunca había llegado, a pesar de que para él el sexo y el placer compartido siempre había sido tremendamente intuitivos. Se abandonó al deleite propio y al ajeno, al alivio que recorría su cuerpo y deshacía el nudo con el que ataba su poder a un lugar muy recóndito dentro de él.

El cielo todavía conservaba su negrura aterciopelada salpicada de puntos plateados cuando todo terminó para los dos. Apenas durmieron, a pesar de que sus cuerpos estaban derrotados y de que tendrían una nueva sesión de entrenamiento cuando el sol comenzase a asomarse entre los bosques que rodeaban la ciudad por el este. Se tomaron un tiempo para besarse y tocarse con pereza antes de volver a vestirse salir de la casa con discreción.

Regresaron al edificio principal con paso apresurado para intentar arreglar el desorden que había dejado allí horas atrás. Cuando terminaron de adecentar el piso de abajo, cogieron las armas con las que les tocaría entrenarse ese día y salieron juntos de camino a los campos al norte del territorio. La llanura amplia y dividida en diferentes círculos estaba desierta cuando llegaron; todavía quedaba un rato para que amaneciera y para que llegasen sus compañeros y sus instructores.

El silencio se instaló entre ellos cuando se sentaron en el suelo húmedo por el rocío que brillaba sobre la hierba. No era un mutismo incómodo, pero a Keiran le hubiera gustado llenarlo. Quería hablar de lo que había

ocurrido entre ellos, en qué lugar dejaba su relación... pero a Keiran no le salían las palabras y Alai parecía estar disfrutando de la tranquilidad silenciosa y la frescura de las primeras horas de la mañana. Tampoco se tocaron en ningún momento, a pesar de que sus cuerpos, sin que ellos se dieran cuenta, estaban ligeramente inclinados el uno hacia el otro, y los dedos de sus manos apenas estaban separando por un par de palmos de distancia.

Keiran sintió alivio cuando divisó a Idris y a Gawain. Era curioso verlos caminar juntos; Idris le sacaba más de una cabeza a su primo y sus hombros anchos llenaban la ropa de combate con envidiable naturalidad y poderío, como si él hubiera sido hecho para llevarla puesta. La destreza con la que se movía a la hora de luchar, la fluidez con la que ejecutaba cada movimiento, solo hacía más patente que por sus venas corría la sangre los mejores guerreros del mundo inmortal. En el caso de Gawain, en cambio, era evidente que aquel no era su elemento. Había progresado considerablemente desde que él y Keiran comenzaron a entrenar, pero en el caso del fae de cabellos dorados los avances eran más lentos.

Idris a veces lo ayudaba, dedicando algunas de sus horas libres a tratar de que Gawain no se quedase demasiado por detrás de sus compañeros y de Keiran. Tenía un talento natural para enseñar, paciente y dedicado a ello. En esos momentos todavía resultaba más chocante ver las diferencias entre su primo y el danna. No solo en su apariencia física, sino en sus vidas y en la manera en la que habían sido criados y hechos.

Cuando los divisaron a lo lejos, sus expresiones también reflejaron disimilitudes. Idris se acercó a ellos con paso seguro, una sonrisa astuta bailando en su boca y una ceja enarcada, como si supiera algo que Keiran y Alai no. Gawain lo seguía un paso por detrás, alternando la mirada entre uno y otro con una pequeña arruga entre sus cejas rubias, extrañado por verlos tan próximos sin intentar hacerse sangrar.

—Ya era hora —dijo el guerrero de piel oscura cuando los alcanzaron, cruzando los brazos por delante de su pecho.

Keiran lo miró con el ceño fruncido, sin terminar de comprender. Echó un vistazo a Alai, de pie a su lado, pero este seguía callado, sin decir nada. No miraba a ninguno de sus tres compañeros, sino que parecía repentinamente interesado por comprobar si el filo de una de sus dagas estaba bien afilado.

Cuando volvió a dirigir su atención hacia Idris, su expresión se había vuelto todavía más abierta y burlona, pero sin malicia.

— ¿Tú...? —comenzó a preguntar Keiran, pero calló al ver el asentimiento

de Idris.

—No tenías muchas esperanzas en la estrategia de Alai, y me equivoqué, lo reconozco.

El sol de mediados de julio había comenzado a calentar los campos de entrenamiento, pero Keiran se sintió repentinamente helado. El gesto de Idris cambió; su sonrisa flaqueó y sus ojos color avellana lanzaron una mirada hacia Alai. Keiran siguió la dirección de sus ojos.

El guerrero pelirrojo seguía con la atención puesta en su daga, pero sus labios estaban tirantes. Keiran notó como su interior bullía de una manera extraña; no con calor sino con frío, como si pequeñas esquirlas de hielo se estuvieran resquebrajando en su interior, clavándose debajo de su piel en cada lugar donde habían estado las manos y los labios de Alai. La tensión que emanaba de su cuerpo fue lo que hizo que Idris le diera un golpecito suave a Gawain, indicándole que era el momento de marcharse. Este todavía miraba a su primo y a su compañero con extrañeza, pero no dijo nada y lo siguió.

Keiran no estaba seguro sobre si en ese momento hubiera deseado quedarse solo con Alai. Todo lo a solas que podían estar en un campo de entrenamiento al que empezaban a llegar guerreros y guerreras para recibir sus entrenamientos matinales. Estuvo a punto de salir a paso ligero detrás de Gawain e Idris; cuando no se encontraba dándole lecciones extra a su primo o a cualquier otro futuro guerrero que pudiera necesitarlas, Idris estaba intentando que sus dos amigos no se abrieran el cuello el uno al otro. Keiran no sabría decir si a Idris le molestaba que dos de sus compañeros más cercanos se llevaran tan horriblemente mal; en realidad, en muchas ocasiones hasta parecía divertirlo.

Cuando Keiran volvió a dirigir su atención hacia Alai, este había levantado la mirada y lo contemplaba con cautela. Podía sentir la tensión que emanaba del heredero de la Casa, ya que este no estaba poniendo el menor esfuerzo por ocultarla.

—¿Qué te pasa? —preguntó todavía con la daga en la mano.

Keiran se tomó un momento para ordenar sus ideas antes de hablar.

—¿Teníais algún tipo de apuesta? Sobre lo que ocurrió entre nosotros —puntualizó bajando la voz.

Los ojos de Alai se abrieron con la sorpresa.

—No es lo que estás pensando —dijo negando con la cabeza. Dio un paso en su dirección antes de continuar—. Nunca te haría eso, Keir. Puedes

intentar rebuscar en mi cabeza si quieres.

Keiran apenas pudo contener el estremecimiento que le produjo escuchar la abreviación de nombre de los labios de Alai, sobre todo con las emociones que los embargaban por dentro. Por un momento se sintió tentado a hacer lo que le proponía; entrar en su cabeza a pesar de que sabía que su poder todavía no estaba lo suficientemente desarrollado como para ser capaz de sacar nada en claro de lo que viera en su interior. Pero por lo menos eso le produciría un doloroso pinchazo en el interior del cráneo, como un beso helado.

Sin embargo, no lo hizo.

Vio la garganta de Alai subir y bajar al tragar saliva cuando no sintió su poder extendiéndose dentro de su mente.

—Oye, sé que puede parecer difícil de creer después de... bueno, después de todo lo que te he hecho en estos años —comenzó a decir con un intento de sonrisa—, pero no quiero hacerte daño, Keiran —dudó un momento antes de continuar—. Solo quería llamar tu atención y lo hice de la única manera que se me ocurrió —la mueca de sus labios adquirió un dejo taciturno cuando Keiran enarcó una ceja—. De la única manera que creía que podía hacerlo, con alguien como tú.

Keiran lo miró sin comprender durante largo rato. El bullicio de sus compañeros a su alrededor apenas era audible para él. En su mente solo había espacio para las últimas palabras de Alai, y luego, para el significado que había detrás de ellas.

Una punzada de dolor se extendió desde su pecho hasta el resto de su cuerpo.

—Nunca he pretendido que nadie se sienta... de esa manera conmigo —susurró.

La sonrisa de Alai se amplió un poco más. Dio un último paso hacia Keiran, alargando la mano libre hacia él. Sus dedos cálidos rozaron los del heredero con discreción.

—Lo sé —se limitó a responder.

Keiran quería seguir hablando. Quería que Alai se abriera con él de la misma manera que el propio Keiran había hecho con su compañero la noche anterior, aunque fuera sin palabras. Quería salvar la distancia que los separaba y entrelazar sus dedos con fuerza en torno a los de Alai, sin importar quien pudiera estar mirándolos y lo que pudieran pensar.

Pero Alai hizo un gesto con la cabeza en dirección a sus compañeros y comenzó a caminar, alejándose de él e interrumpiendo el roce de sus manos. Keiran lo siguió sin decir nada.

Las semanas siguientes fueron extrañas y al mismo tiempo agradables. Keiran y Alai siguieron viéndose todas las noches que podían en alguna de las cabañas desalojadas, normalmente a las afueras de la ciudad. Los encuentros rápidos y casi desesperados en los que buscaban frenéticamente poner sus cuerpos en contacto se pausaron poco a poco. Comenzaron a explorarse con más calma, Alai se tomaba su tiempo descubriendo con Keiran qué era lo que a éste más le gustaba y cómo le gustaba. Y eso requería hablarse el uno al otro, algo que en un primer momento les costó. No era extraño teniendo en cuenta que la relación que habían llevado hasta ese momento se basaba en el contacto físico en forma de golpes y en comentarios afilados e hirientes.

Alai no se amilanaba a la hora de hacerle preguntas. No le importaba que estuvieran empezando a tocarse o que Keiran yaciera a su lado, medio adormilado por el placer demoledor tras un orgasmo. Cuando le preguntó por qué había dejado pasar tantas oportunidades para acostarse con alguien, a Keiran lo único que le sorprendió fue que hubiera tardado tanto en hacerle esa pregunta.

Se tomó unos largos instantes antes de contestarle, con una mano enredada entre los rizos cobrizos de Alai y la mirada clavada en las sombras estáticas del techo de la habitación.

—Nunca he estado del todo cómodo cuando alguien me toca... así  
—contestó por fin—. Cuando mi poder está tan a flor de piel.

— ¿Por qué?

Keiran frunció el ceño, notando la mirada inquisitiva y curiosa de Alai recorriendo su perfil, las líneas atractivas y suaves de su rostro.

—Porque es desagradable. O inquietante o como quieras llamarlo. Notar el poder de los dioses —finalizó en un susurro apenas audible, como si temiera que esas deidades pudieran estar escuchando.

Alai no contestó inmediatamente. Se quedó meditando las palabras de Keiran, siguiendo las líneas que trazaban los músculos de su abdomen debajo de la piel. El sonido de su voz rompiendo la quietud de la noche le provocó un estremecimiento.

—No diría que tu poder es nada de eso. No de momento, al menos. Simplemente es algo diferentes, algo muy... fuerte. Es intimidante en cierto modo —prosiguió tras otra breve pausa—, pero sé que no me harías

daño.

—Todavía estoy aprendiendo a controlarlo y con el paso del tiempo irá a más. Podría lastimarte sin pretenderlo, cualquier gesto...

Apretó los labios para contener las palabras, más para sí que para Alai. La idea de hacerle daño hacía que sintiera una mano helada atenazando su estómago, casi con tanta fuerza como pensar que él pudiera rechazar tocarlo por lo que vibraba debajo de su piel.

—No me importa correr el riesgo.

Keiran giró la cabeza para mirarlo. Alai estaba tumbado boca abajo a su lado, apoyado en un codo mientras con la otra mano acariciaba el cuerpo de Keiran con languidez. Sus ojos castaños no se apartaron cuando se toparon con los de color cobalto.

— ¿Tan bien lo hago? —preguntó Keiran con una sonrisa bailando en su boca y una ceja arqueada.

Alai rió con sinceridad antes de inclinarse y apoyar los labios en su mejilla.

—Aprendéis muy rápido, mi señor —murmuró rozando su piel con su aliento cálido.

Si alguien notó los cambios que se habían producido en su relación, nadie dijo nada. Gawain e Idris sabían lo que había entre ellos, aunque durante mucho tiempo ni Keiran ni Alai dijeron nada en voz alta ni se tocaron con ellos delante. Sin embargo, el resto de sus compañeros, su familia, hicieron como si aquellos cambios hubieran sido algo natural, y en cierto modo un alivio.

La confianza entre ellos crecía poco a poco con cada noche que pasaban juntos, solamente escrutados y escuchados por las estrellas y la luna en el cielo, y por las sombras y las sábanas que los cobijaban. Alai le preguntaba en ocasiones a Keiran por otros hombres y mujeres por los que se sentía atraído, tanto en Llanrhidian como la villa palaciega. Keiran le contestaba con sinceridad, sin darle demasiada importancia a aquella curiosidad.

A mediados del otoño, pocos días después de haber cumplido los diecisiete, Keiran lo comprendió.

Se encontraba aguardando la llegada de Alai en uno de los alojamientos más alejados del centro de Irea, la ciudad principal de Llanrhidian, donde el bosque comenzaba a ser considerablemente espeso y donde durante los días de temporal se podía escuchar el sonido del mar furioso golpear los

acantilados de piedra oscura. La noche había caído hacía rato, pero el cielo había estado oscuro desde el amanecer; pesadas nubes de tormenta habían estado paseándose por el cielo durante todo el día, amenazando con desbordarse. Acaba de encender una de las lámparas que había al lado de la cama, dudando sobre qué pensaría Alai de aquel detalle después de haber estado acostándose al amparo de las tinieblas durante tanto tiempo, cuando la puerta se abrió a sus espaldas con un chasquido.

No le hizo falta girarse para saber que no había venido solo, pero no por eso cuando sus ojos encontraron a su acompañante pudo contener mejor su sorpresa. Lina, la joven guerrera dannan que entrenaba con ellos en muchas ocasiones, acababa de bajarse la capucha de su manto y le mostraba una sonrisa amplia y abierta. Alai se encontraba detrás de ella, con una mano apoyada en su cintura.

Los labios de Keiran se separaron, pero de su boca no salió nada. Alai se encogió de hombros, apoyando la barbilla sobre la coronilla morena de Lina.

—Tú le gustas a ella, ella te gusta a ti —dijo señalándolos con la mano a ambos—. A mí me gusta —prosiguió apuntándose a sí mismo con un dedo— y... —calló con un gesto ligero de la mano, como quitándole importancia a la que estaba insinuando— No veo donde está el problema.

—Yo tampoco —reafirmó Lina deshaciendo el lazo de su manto, que quedó apoyado sobre sus hombros gracias, en parte, a la proximidad de su cuerpo con el de Alai.

Lina era una de las jóvenes por las que Keiran había manifestado su atracción física, aunque nunca había estado con ella, ni siquiera la había tocado más allá de los entrenamientos. Era alta, de caderas anchas y cuerpo fuerte. Su bonito rostro estaba enmarcado por una espesa cabellera de rizos oscuros que le llegaban a la altura de los hombros. Sus labios carnosos siempre tenían una sonrisa sencilla bailando en las comisuras, lo que le daba un aspecto dulce y jovial. Algo tremendamente peligroso cuando no se la conocía y no se sospechaba la destreza que tenía empleando las espadas gemelas.

La excitación manaba de los cuerpos pegados de Alai y Lina, contagiosa, pero Keiran seguía clavado en el sitio, al lado de la cama. Ella percibió su vacilación y dio un paso hacia delante, lo que hizo que el manto cayese de sus hombros hasta el suelo con apenas un siseo de tela. No se detuvo ahí. Siguió caminando hacia Keiran con aquella sonrisa inocente, despacio, mientras desabrochaba los botones de su camisa de tela gruesa y dejaba a la vista la piel olivácea que había debajo. Se deshizo de sus zapatos sin cordones con un movimiento diestro de sus pies y sus manos se dirigieron

por último a sus pantalones.

Cuando se detuvo delante de Keiran, Lina estaba completamente desnuda. La luz de la lámpara trazaba curvas y redondeces sugerentes en los lugares apropiados, y Keiran no pudo evitar alargar la mano hacia su cuerpo. Lina no se apartó, la señal definitiva de que quería que el heredero de la Casa la tocara.

La piel de sus caderas y de su cintura estaba tibia al tacto. Lina arqueó el cuerpo en su dirección, rozando con pechos la pechera de la camisa de Keiran. Sus dedos se clavaron sobre los brazos musculosos del joven, demandantes. Invitadores.

— ¿Necesitas que te enseñe cómo se hace?

Keiran levantó la mirada del cuerpo de Lina y se topó con los ojos de Alai mirándolo por encima de la cabeza morena de la joven. Se había aproximado sin que él se diera cuenta, totalmente absorto en el cuerpo femenino que se iba desnudando poco a poco delante de él. El castaño de sus ojos se había oscurecido y casi había desaparecido detrás de las pupilas dilatadas. La sonrisa que había en sus labios era pura travesura, y también desafío. Uno que Keiran podía rechazar si no se sentía cómodo o preparado, comprendió.

Pero en aquel momento lo único que lo incomodaba era la ropa que cubría su cuerpo, sobre todo en la entrepierna.

—No, no hace falta —replicó pasando las manos por la cintura de Lina, atrayéndola más hacia así.

La sonrisa de Alai se amplió un poco más.

—Si ves que necesitas algún consejo —comenzó a decir con una ceja enarcada mirando a Keiran— o él no te complace lo suficiente —añadió inclinándose hasta que sus labios rozaron el pelo de Lina—, yo estaré aquí.

Keiran lo vio dirigirse hacia la pequeña mesa que había junto a una de las mesas, con una silla de madera dada la vuelta sobre ella, antes de que Lina pasara la mano por detrás de su cuello se pusiera de puntillas y la boca de él con la suya. La presión de los labios suaves y abiertos sobre los suyos le arrancó un suspiro de deleite. La mano libre de Lina comenzó a moverse sobre su ropa, buscando los botones y las ataduras. Keiran la ayudó sin apenas dejar de basarla, mientras sentía la mirada atenta de Alai sobre los dos.

Lina se apartó lo justo para admirar el cuerpo que había quedado expuesto por fin delante de ella, con una sonrisa sensual y los ojos

brillantes por el deseo. Keiran dejó que lo hiciera, mientras su tercer acompañante hacía lo mismo desde su posición discreta, sin perder detalle. Los ojos castaños de la joven bajaron sin prisa por su cuerpo hasta llegar a la evidencia de su excitación, donde se detuvieron. Lo rodeó con una mano, con la fuerza apropiada, y empujó a Keiran con suavidad hacia la cama. No le hicieron falta palabras para comprender lo que Lina quería hacerle, y aunque era algo que él deseaba, Keiran tenía otros planes. Quería empezar él.

Apartó la mano de Lina de con suavidad de su pene y fue él quien la llevó hasta la cama, haciendo que se tumbase de espaldas. Keiran se colocó sobre ella, besándola en la boca una última vez antes de empezar a descender por su cuerpo, dejando un rastro de caricias con los dedos y con los labios. Sonrió al sentir el cuerpo que se arqueaba bajo su tacto, complacido y excitado. Se detuvo un momento cuando su boca rozó el vello púbico de Lina, dejando que sintiera su aliento cálido sobre aquel lugar tan sensible. Su sonrisa se hizo más grande cuando escuchó las protestas de ella por la urgencia y sus caderas se levantaron, buscándolo. No fue la única que protestó contrariada; Keiran no buscó a Alai con la mirada, pero podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo por la anticipación. Y aunque no se metió en su mente, estaba casi seguro de que en ese momento estaba pensando que era un capullo con muy poca imaginación, si estaba haciendo con Lina lo mismo que hacía con él antes de complacerlo con la boca. Pero si Keiran lo hacía era porque sabía que le gustaba; experimentarlo, y por lo que parecía, también verlo.

Cuando su boca descendió y por fin tocó la piel húmeda y caliente de Lina, tanto ella como Alai dejaron escapar un suspiro de alivio. Keiran se tomó se tiempo entre las piernas de la joven. La excitó con sus dedos, con su boca, deslizándose dentro y fuera de ella, rozándola donde su cuerpo le decía que le gustaba, hasta que ella le pidió que parase, tirándole suavemente del pelo revuelto. Keiran no se demoró en hacer lo que le pedía, volviendo a cubrirla con su cuerpo, apoyado en un antebrazo.

Las dudas lo asaltaron en el momento en el que ella lo rodeó con la mano y lo guió hasta su entrada mojada. Levantó la mirada desde el lugar en el que sus cuerpos encajarían hasta los ojos de Lina, pero su mente no estaba solo centrada en la invitación sugerente que había en aquellos ojos castaños. También lo estaba en que él mismo sentía dentro, en lo que vibraba como una nota sostenida. Y en quien los estaba contemplando desde el otro lado de la estancia, en silencio pero no indiferente. Lo que le llegaba desde ese lugar fue lo que hizo que finalmente se deslizase dentro de Lina con un único movimiento.

Ella gimió debajo de Keiran, con fuerza, y por un momento tuvo miedo de haberle hecho daño, de que el poder inquieto dentro de él la hubiera asustado. Pero Lina se arqueó debajo de él, moviendo las caderas tentadoramente. Arrastró las uñas por sus hombros, su pecho y sus

costados, dejando un rastro de punzante dolor y profundo placer, con los ojos brillantes y la respiración pesada. Y eso hizo que Keiran volviera a moverse, saliendo y entrando de ella con más fuerza en esta ocasión.

Lina dejó que llevara el ritmo hasta que él empezó a estremecerse, con su poder cada vez más a flor de piel. Lo rodeó con las piernas con más fuerza y se movió rápido, con precisión, haciéndolos girar a los dos y quedado ella encima de Keiran. Él apenas tuvo tiempo de sorprenderse, porque la visión de Lina sobre él, con sus rizos oscuros enmarcando su rostro ruborizado y transformado por el placer, le quitó el aliento. Igual que los movimientos de la joven sobre él, lentos y profundos, para que pudiera mirarla con detenimiento mientras estaba encima.

Le acarició los pechos, los costados y el vientre mientras se movía, recreándose en el tacto de su piel, en la visión de su cuerpo, para luego agarrarla de las caderas cuando su ritmo aumentó. Los dedos de Keiran se cerraron con fuerza, sintiendo que sus caderas se elevaban para encontrarse con los de Lina. Sus movimientos perdieron todo el sentido del ritmo, abrumados por la necesidad del placer, de sentir más, de llegar al final. Y Keiran también sentía que estaban perdiendo el control sobre aquello que guardaba con tanto celo dentro de él. Y eso lo asustaba.

Keiran cerró los ojos para perder de vista la imagen de Lina, hermosa y poderosa, y trató de centrarse en volver a contener el poder que comenzaba a escapar de su control y que pulsaba cada vez con más fuerza debajo de su piel, siguiendo el ritmo de su corazón. Con Alai era diferente. Con él había aprendido a dejar de lado el miedo a que su poder, oscuro, frío y afilado, lo espantase. Miedo a que en sus ojos salpicados de luz dorada se velasen con miedo. A que rechazase tocarlo.

Centrado como estaba en evitar que su autocontrol se deshiciese, apenas notó el colchón hundirse con un nuevo peso cerca de sus piernas. Sus ojos se abrieron cuando sintió unos dedos rozar los suyos sobre las caderas de Lina. Su respiración se pausó por la sorpresa cuando se topó con el rostro de Alai asomado por encima de uno de los hombros de Lina, mirándolo. Con aquella expresión que a Keiran tanto lo maravillaba por el efecto que tenía en él.

Los labios de Alai se estiran cuando se inclinó hacia delante, hacia Lina, haciendo que sus hombros desnudos quedasen al descubierto para Keiran.

— ¿Te importa si compartimos? —murmuró contra su pelo rizado, pero con la mirada clavada en los ojos de Keiran.

— ¿Te has cansado de mirar? —replicó Lina arqueando la espalda,

apoyando la cabeza en el hueco entre el hombro de Alai y su cuello.

—Estaba empezando a sentir envidia —contestó él antes de besarla en la mejilla.

Su mirada no se apartó de la de Keiran en ningún momento. Estaba esperando su respuesta; Lina ya le había dado la suya.

Keiran tragó saliva, dejando que viera las dudas en sus ojos, ensombrecidos por el placer, pero también por las dudas. La réplica de Alai vino en forma de caricia sobre sus dedos, los que estaban todavía agarrando con fuerza las caderas de Lina. La confianza que había en ese roce, en los ojos de Alai, la seguridad que sentía con él, hizo que finalmente Keiran asintiera, dejando escapar un pequeño pulso de poder hacia los dedos del dannan.

La mirada de Alai lanzó un destello marrón y dorado. Keiran sintió las piernas de su compañero de entrenamientos y de cama tocar las suyas. Vio cómo le daba un beso con un roce de dientes en el hombro a Lina antes de empujarla suavemente con una mano entre los omóplatos, para que se inclinase hacia delante, quedando tumbada sobre el pecho de Keiran. Ella gimió por el placer ante el cambio de posición y por la anticipación de lo que estaba por llegar. Keiran se estremeció por las mismas razones.

Supo cuando Alai había entrado en Lina por los gemidos de ella y por la presión que sentía en su interior. Él también gimió, sorprendido por aquella sensación desconocida. Alai lo miró por encima del cuerpo de la joven, con el rostro demudado por el placer. Los dedos de Keiran se abrieron cuando sintió los de Alai rozándolos de nuevo. Los entrelazaron sobre la piel de Lina, cerrándolos en torno a los del otro, sin dejar de agarrar a la joven de las caderas.

Alai fue el primero en moverse, y Keiran lo siguió.

Aquella fue la primera vez que compartieron pareja en la cama, pero no fue la última. No dejaron de acostarse juntos, a pesar de que se reconocieron mutuamente que tener a una mujer con ellos era algo especialmente... estimulante. Tanto ver cómo el otro le daba placer o cómo disfrutaba con ella, o encontrarse los dos en su interior a la vez.

Keiran tuvo experiencias a solas con otros hombres y mujeres, pero tuvieron que pasar años para que eso ocurriera. La seguridad y la confianza que sentía con Alai a su lado, siguiendo su ritmo, el de su cuerpo y el de lo que rugía cada vez con más fuerza en su interior, tardó en verse trasladada a los encuentros en los que el guerrero dannan no estaba presente. Y siempre que experimentaba algún cambio en su poder, cuando notaba que la niebla avanzaba con fuerza renovada por su sangre,

o cuando comenzó a sentir los primeros retazos de niebla escapando de sus dedos, el primero en sentir aquella nueva sonata cantando en su cuerpo era Alai. Porque él no tenía miedo de aquella canción salvaje, aquel tamborileo de guerra y de sangre. No temía el linaje que corría por el cuerpo de Keiran, ni de las consecuencias impredecibles de lo que pudiera ocurrir si no era capaz de controlarlo.

Keiran nunca supo ponerle nombre a lo que había entre ellos. Amor y amistad eran palabras demasiado ambiguas y débiles. Lo amaba, sí, pero también quería con intensidad a sus hermanos y a sus padres, y a Idris y a Gawain, aunque no compartiera la misma intimidad con ellos. Lo que tenía con Alai era algo diferente. Era... algo que no quería definir como necesidad, a pesar de que en ocasiones esa palabra hubiera rondado por su cabeza.

Para Keiran, la necesidad era egoísta, y a él no le importaba que Alai se acostase con otros o que le confesase los sentimientos que tenía hacia otros guerreros o guerreras y que iban más allá del deseo físico. No le importaba siempre y cuando no lo apartase de su lado. Siempre que pudiera volver a estar entre sus brazos, compartiendo su intimidad física y también aquella más que era más delicada y profunda. Aquella que guardaba con más celo y que no compartiría con cualquiera.

Los feéricos eran criaturas volátiles en todos los aspectos de sus vidas, y también con sus personalidades. No solían tener problema a la hora de compartir sus parejas entre las sábanas (o donde surgiera el momento), ni siquiera después del matrimonio, pero siempre había excepciones. Sobre todo entre los feéricos mayores.

A Keiran siempre le había preocupado que llegase el día en el Alai le dijese que había encontrado a alguien con quien quería exclusividad. Que le dijese que no quería seguir acostándose con él, ni a solas ni con nadie entre ellos.

Al final, había sido Keiran el que había eliminado aquel matiz de su relación sin admitir réplica alguna.

## Capítulo 3

Keiran trató de apartar aquellos recuerdos de su mente humedeciéndose la nuca con agua fría.

Si hubiera sabido cómo habría terminado su relación con Nerys, jamás habría aceptado sus términos. Los años a su lado habían sido complicados por la reticencia de sus padres a que mantuviera una relación con el heredero mestizo de la Casa, por las miradas que los aristócratas le dirigían por encima del hombro y por los comentarios susurrados en un tono lo suficientemente altos como para que ella pudiera escucharlos. Pero él la había amado con tanta intensidad y había deseado con tanta fuerza que todo lo que había hecho para que su relación saliera adelante... Los dioses tenían que haberlo escuchado; Dannu, Madre, Padre, quien fuera. Estaba seguro de que sus deseos no les habían sido indiferentes, pero ellos los habían cogido y los habían arrugado como si fueran una hoja de papel para luego hacerlos arder en medio de un fuego furioso e inclemente. Y él se había quedado hecho pedazos, con sus ilusiones y sus sueños esparcidos a su alrededor como las hojas muertas de un árbol en otoño.

Y Alai... apretó los puños, dejando que las sombras se asomasen entre sus dedos cerrados, como las espinas de una zarza.

Keiran hubiera preferido que no lo hubiera perdonado, que no hubiera hecho como si no hubiera ocurrido nada entre ellos en los años que él estuvo con Nerys. Hubiera deseado que su reacción al contarle que todo había terminado entre él y la joven de sangre noble no fuera entrelazar sus dedos con los de Keiran y depositar un beso en su mejilla.

Para Keiran, aquellos gestos habían sido una mezcla extraña entre una dolorosa puñalada de hielo y un reconfortante bálsamo cálido. Se había estremecido y había apoyado la frente en el hombro de su amigo, dejando que las lágrimas amargas y arrepentidas bajasen por sus mejillas. Alai había dejado que le mojase la camisa todo lo que necesitase.

La noche anterior no había sido muy diferente. Cuando Alai se había enterado de la noticia del compromiso de Nerys, se había presentado en el palacio sin que Keiran lo hubiera hecho llamar y sin que fuera a buscarlo. Sabía que lo necesitaría a su lado. La sonrisa dulce y compasiva de sus labios había estado a punto de deshacer el precario control que mantenía la máscara de Hijo Predilecto sobre su rostro. Una máscara que estaba constándole ponerse esa misma mañana.

Echó un último vistazo a su rostro en el espejo antes de terminar de abrocharse la chaqueta negra bordada de azul en los hombros. La tela lo abrazó como si se tratase de una segunda piel. Se recompuso el pelo

negro, brillante como el ala de un cuervo, asegurándose que no hubiera ni un solo cabello fuera de sitio. Dudó un momento sobre si ponerse la corona, pero finalmente rechazó la idea; tendría que llevarla puesta toda la tarde y toda la noche, y aquel condenado adorno pesaba mucho más de lo que parecía.

Respiró hondo, despacio, tal y como su padre le había enseñado, dejando que el aire a su alrededor llenase sus pulmones, cargado con la esencia de la Sombra y la Niebla. Cuando sus párpados se abrieron y se topó con su propia mirada de color cobalto en el espejo, supo que estaba preparado; externamente, al menos. El poder vibraba con fuerza dentro de él, detrás de sus ojos, y no habría necesitado ni traje bordado con una serpiente y un cardo ni corona de gemas negras y azules para que todo el mundo supiera lo que era. Uno de los descendientes favoritos de los dioses.

Keiran salió de sus aposentos con zancadas largas y seguras, derrochando seguridad y altanería en cada uno de sus movimientos, en la manera en la que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba con una mueca indolente y en la mirada afilada y cortante de sus ojos.

No se permitió darle más vueltas al compromiso de Nerys mientras bajaba las escaleras del palacio. Estaba seguro de que ella no lo había hecho a propósito. Jamás había querido hacerle daño a Keiran, ella misma se lo había dicho cuando todo había terminado entre ellos, y Keiran la había creído. Lo había amado durante los años que estuvieron juntos, lo sabía. Igual que sabía que ese amor no había sido tan fuerte como el de Keiran. No había sido incondicional ni lo suficientemente apasionado como para aceptar todo lo que implicaba estar al lado de alguien como él. Pero anunciar su compromiso el día anterior a celebrarse el primer cuarto de siglo de su coronación como Hijo Predilecto...

Los feéricos no sentían el paso del tiempo de la misma manera que los mortales. Celebraban todas las fiestas a lo largo del año, los inicios y los finales de estación, y también sus propios cumpleaños en el día correspondiente. Pero actos solemnes como aquel tenían lugar una vez cada veinticinco años. La eternidad hacía que el tiempo se valorase de otra forma, por lo que los inmortales habían escogido los siglos y sus cuatro divisiones como medida simbólica para los aniversarios de las coronaciones, las victorias de las guerras, las bodas...

Keiran sintió las miradas de sus antepasados siguiendo su avance cuando caminó por delante de sus retratos, colocados en la galería que llevaba al exterior. El suyo los acompañaba desde hacía ahora veinticinco años. No se detuvo a mirarlos, ni siquiera un vistazo rápido. Colocarlos en aquel lugar tenía un claro propósito; que todo el mundo que entraba en el palacio de la Sombra y la Niebla se enfrentase a sus miradas y al poder latente que emanaba de ellas. Todas miradas negras, del color de la noche

sin luna ni estrellas, excepto una. La del Hijo Predilecto actual.

Kerian parpadeó cuando salió al exterior y sus ojos se enfrentaron a la luminosidad deslumbrante del principio de la primavera. El brillaba en lo alto y el cielo tenía el color cerúleo de los ojos de su primo Gawain. Un día resplandeciente que prometía una noche despejada para la ceremonia conmemorativa que se llevaría a cabo esa noche.

Se dirigió a los jardines traseros con el mismo andar chulesco y aristocrático con el que se había movido por el palacio. Sus pasos de guerrero y de depredador no emitían el más mínimo sonido sobre la losa de piedra oscura ni sobre la grava. Sus ojos no perdía detalle de lo que había a su alrededor; sirvientes y aristócratas afanándose para que todo estuviera perfecto para la velada. Todos le dedicaron una inclinación respetuosa con la cabeza; él no le dedicó una segunda mirada a nadie.

Lo primero en lo que se fijaron sus ojos cuando llegó a los jardines fue la figura fuerte y esbelta de su hermana, enfundada en un vestido negro y sencillo que dejaba a la vista las horas de entrenamiento en la tierra de los dannan. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, dejando a la vista el tatuaje que subía por su espalda; unas llamas lamiendo las cuatro fases de la luna. Caminaba despacio, siguiendo una de las largas mesas dispuestas para esa noche.

Rhiannon no estaba allí para inspeccionar los preparativos de la ceremonia; odiaba aquellos acontecimientos presuntuosos tanto como Keiran. No, Rhiannon había ido hasta allí para pasar el día al lado de su hermano. Porque para ellos aquella fecha tenía un significado muy diferente al comienzo del mandato de un nuevo gobernante de Elter. Un significado más doloroso y amargo.

Para Keiran y Rhiannon era el aniversario de la muerte de sus padres. Aquel suceso tan desgarrador era para ellos más importante que cualquier supuesta bendición por parte de los dioses.

Su hermana pequeña se giró para mirarlo al sentir su presencia detrás de ella, pero Keiran no se encontró con sus ojos negros ni con su sonrisa tirante. Su atención se había desviado a la enorme estatua que sobresalía por encima de los setos y cualquier otro adorno en los jardines del palacio. La serpiente negra que parecía tragarse la luz del sol, enroscada alrededor de la flor de cardo abierta, de color azul cobalto, que al contrario que su compañera brillaba con fuerza.

Las dos partes de la estatua con el escudo de la Sombra y la Niebla estaban hechas de materiales diferentes, lo que provocaba un extraño efecto cuando la luz incidía sobre ella. La claridad de aquel día de primavera hacía que la serpiente destacase, negra y gigantesca en contraste con la luz, mientras que la flor estaba difuminada por su

resplandor.

En el fondo sabía que era una tontería, pero Keiran siempre había pensando que los días tristes debían de ir acompañados por un clima lúgubre y decadente, no por un sol reluciente y un cielo despejado.

El día que sus padres murieron no había sombra de tormenta en el firmamento que presagiase lo que se avecinaba en la Casa de la Sombra y la Niebla. Como el día que conmemoraba los veinticinco años de su muerte.

## Capítulo 4

El sol brillaba en lo alto del cielo cuando sintió el pulso de poder emanar del cuerpo de su padre, llamando al que había en su interior. Keiran no recordaba un comienzo de primavera tan abrasador y resplandeciente como aquel. Puede que fuera algún tipo de presagio de lo estaba a punto de ocurrir. Uno que él no supo interpretar a tiempo.

Gawain y él se encontraban en Llanrhidian, a las afueras de Irea, matando el tiempo mientras su padre, su abuelo y su hermana debatían con los guerreros dannan más importantes sobre si tomar parte en la campaña que los feéricos de Tierra de Nadie querían iniciar contra las sealgair. Keiran debería haber estado allí en lugar de su hermana, ejerciendo como futuro heredero de la Casa e interesándose por aquellos asuntos de Estado que algún día serían su responsabilidad. Pero por mucho que él amase a su territorio y el bienestar de sus gentes, odiaba aquel tipo de reuniones, sobre todo cuando lo que se debatía en ellas era poner en peligro a sus habitantes por una causa que él no compartía o por la que consideraba que no se merecía derramar sangre. A Rhiannon, por el contrario, le encantaban; no el hecho de organizar una guerra, en ese sentido ella tenía la misma opinión que su hermano mayor, pero sí que le gustaba estar al tanto de todo lo que acontecía en la Casa en lo que a su gobierno se refería. Incluso reuniones largas y tediosas como aquella.

Él debería haber estado en su lugar, y jamás se perdonaría no haberlo hecho. No dudaba de las capacidades de lucha de su hermana, pero si hubiera estado él presente, puede que las cosas hubieran terminado de una manera diferente. Tal vez estuviera muerto, lo cual le habría ahorrado años y años de dolor, sufrimiento y de responsabilización por lo que había ocurrido. Puede que él, con la niebla en su poder, hubiera descubierto las intenciones de los soldados antes de que llegaran a hacer nada, aunque esto era poco probable. Si su padre no fue capaz de advertirlas, él tampoco habría podido.

Si Keiran tuviera que pintar un cuadro que representase cómo había sido aquel día para él, sería como la estatua de la serpiente y la flor de cardo del jardín trasero del palacio; una imagen difusa en una mitad, y perfectamente clara en la otra. Los momentos que precedieron a aquel pulso de poder compartido eran la parte borrosa. Keiran no recordaba de qué estaba hablando con Gawain, ni siquiera porque se habían alejado tanto del centro de la ciudad, internándose en el norte del territorio, más allá de las llanuras en las que se encontraban los campos de entrenamientos de los dannan. Lo que vino después de aquel latido que recorrió su cuerpo como si hubiera nacido del golpeteo de su propio corazón, era un recuerdo cegadoramente deslumbrante, incluso aunque

parte de él lo hubiera visto a través de los ojos de Rhiannon.

No fue una vibración, ni siquiera un choque suave, como el de una piedra impactando contra el agua, dejando un rastro de pequeñas olas en la superficie. Keiran lo sintió como un puñetazo en el centro de su pecho y en sus entrañas, haciéndolo trastabillar y levantar la cabeza tan rápido que durante una fracción de segundo su visión se nubló.

— ¿Qué ocurre? —escuchó preguntar a Gawain a su lado.

Él no había sentido el pulso mágico, pero había visto la brusca reacción de su primo.

Keiran sentía el poder de su padre de manera natural, igual que el de Rhiannon. Los tres estaban conectados no solo por la sangre que compartían, sino por aquella herencia divina, de manera que podían sentir su proximidad antes de verse o incluso olerse. Era un sentimiento extraño, como una especie de reconocimiento, un vínculo profundo e inexplicable que iba más allá del hecho de ser familia.

Siempre había sido extraño mirar a su padre y a su hermana y sentir que había algo en ellos que le pertenecía. Que una parte de él estaba también en su interior.

Cuando las emociones de su padre o de Rhiannon eran muy fuertes, podía ocurrir aquello que Keiran acababa de experimentar. Un pulso de poder, una especie de onda, como la ola de un mar chocando contra una roca. Keiran ya había sentido antes algo así, pero nunca con tanta energía. Nunca desde tanta distancia.

Negó con la cabeza antes de contestar, mirando en la dirección en la que se encontraba el centro de la ciudad. No podía ver nada esclarecedor desde donde se encontraba, pero se sentía obligado a hacerlo. El poder del Hijo Predilecto, llamándolo.

—No lo sé —contestó con voz ahogada—. He notado un pulso de poder. De mi padre.

— ¿Aquí?

Keiran se limitó a asentir con la cabeza. Un pinchazo de dolor recorrió su cuello, desde la base del cráneo, extendiéndose por sus hombros. Había levantado la cabeza tan rápido que ahora su cuerpo se resentía de ello.

Desde donde se encontraban apenas podían ver las siluetas de las edificaciones de la pequeña ciudad, parcialmente veladas por la claridad del día. No les llegaba ningún sonido desde esa dirección; nada. Keiran no estaba seguro de qué le hubiera resultado más inquietante escuchar un

grito, un rugido animal proferido por una bestia cubierta de escamas de ónice, o permanecer rodeado por aquella quietud primaveral y luminosa.

—Algo no va bien —dijo sin apartar la mirada de la ciudad. Esperando. Algo. No sabía el que.

— ¿Quieres que regresemos?

Asintió sin vacilar, notando los músculos de su cuello resentirse de nuevo. Comenzó a moverse con un trote rápido en dirección a la ciudad, seguido por Gawain.

Lo que quiera que hubiera perturbado a su padre debía de ser algo extraordinario para causarle una reacción así. Su padre, el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla, una criatura que parecía estar tallada en un bloque de piedra, siempre tan contenido, tan meticulosamente inexpresivo... Pero eso no quería decir que no tuviera sentimientos. Una estatura de hielo, le había escuchado decir a su madre en más de una ocasión. Una figura hecha de agua congelada que podía derretirse. Y lo había hecho en el momento en el que Keiran sintió aquella pulsación a través de su poder.

La muerte de Lea fue lo que lo desató.

Keiran no lo sabía en aquel momento, y no lo descubriría hasta el día siguiente, cuando vería todo lo que ocurrió dentro del edificio destinado a las reuniones importantes de los guerreros danann a través de los ojos de su hermana.

Rhiannon se encontraba sentada a la izquierda de su padre. Tenía entre sus manos un montón de papeles, informes de otras Casas dispuestas a formar de aquella Guerra Mortal que los feéricos salvajes querían llevar a cabo contra las sealgair por cortar las alas de su diversión en el mundo humano. La joven se había sorprendido al encontrarse durante la reunión con un informe redactado por los inmortales de Tierra de Nadie; lo habían enviado a todas las Casas, exponiendo sus razones para comenzar aquella contienda, los beneficios que podía reportarles, tanto a ellos como a los fae. Escrito con letra pulcra, sin faltas de ortografía, empleando un lenguaje educado y al mismo tiempo persuasivo... Rhiannon tenía curiosidad por saber quien lo había escrito. Puede que hubieran pagado los caros servicios de El Coleccionista para que les escribiera aquella carta, aunque lo dudaba; no se imaginaba a aquella criatura ejerciendo de escribano.

La reunión casi podía darse por terminada. Su padre se había levantado de la silla que ocupaba, dándoles la espalda a los presentes. Miraba por la ventana con los brazos cruzados y las líneas de su rostro, las que Rhiannon podía ver desde su posición, relajadas. Estaba observando a su

madre en el patio trasero del edificio, entrenando a solas, mientras esperaba a que terminasen con aquella reunión.

A su padre le encantaba ver a su madre de aquella manera. Moviéndose en su elemento, dejando que la sangre de guerrera dannan que había en sus venas corriera desatada por su cuerpo. Libre y salvaje, como la joven a la que había conocido en aquel lugar más de un siglo atrás. Kendrick nunca había expresado aquellas palabras en voz alta, pero Rhiannon podía leerlas en su mirada negra cuando la observaba. Su hija no podía evitar sentir un pinchazo de envidia cada vez que los veía así, deseando que llegase el día en el que alguna mujer la viera como ella era y la mirase con aquel amor profundo e incondicional.

Su abuelo separó la silla de la mesa, todavía sentado, y le dedicó una mirada de mal disimulado aburrimento a Rhiannon antes de estirar la espalda para desentumecer los músculos. Ella le dedicó una sonrisa por encima de los papeles, maravillándose por millonésima vez del extremo parecido que compartía con su hermano mayor.

Gwilym se giró para mirar por la ventana igual que Kendrick, sin levantarse. Rhiannon los miró un instante antes de devolver su atención a los papeles, sin prestarles demasiada atención a los cinco guerreros que había en la sala del piso superior con ellos. Kendrick y Gwilym vestían de negro, el primero con el emblema de la Casa bordado en azul oscuro en sus hombros, y el segundo con este sobre el pecho y con un diseño de llamas y lunas en los puños de la chaqueta. Su padre tenía la ropa impoluta, perfectamente amoldada a su cuerpo largo y elegante, y su pelo platino estaba impecablemente peinado, sin un solo cabello fuera de sitio; la perfecta imagen de un hijo de los dioses, con el poder de la Casa vibrando suavemente a su alrededor, como una nota de música sostenida. Su abuelo, en cambio, hacía rato que se había desabrochado la chaqueta, así como los primeros botones de la camisa que llevaba debajo. Su cabello negro se había ondulado por la humedad de aquel día de primavera, haciendo que un mechón rebelde cayera sobre su frente blanca, como un reguero de tinta sobre una hoja de papel.

Ninguno de los dos llevaba armas a la vista. Kendrick nunca llevaba encima nada parecido a una espada, ni siquiera una daga; no le hacía falta con la magia que latía dentro de él. Gwilym tampoco había llevado consigo su espada, aunque Rhiannon sospechaba que tendría algún puñal oculto en sus botas. Los dannan nunca se encontraban completamente desarmados. Y Rhiannon, como una de ellos, tampoco.

Cuando el pulso de poder llegó hasta ella, los papeles que sostenía cayeron de sus manos, desparramándose sobre la mesa y por el suelo, a sus pies. Todo a su alrededor sucedió tremendamente despacio a partir de ese momento. Rhiannon levantó la cabeza hacia su padre con brusquedad, lo que le provocó un doloroso tirón en los músculos de su

cuello, pero apenas fue consciente de esa sensación en medio de la magia desatada que ahora llenaba todos y cada uno de sus sentidos, espesa y poderosa.

De la boca de su padre no había salido ni un solo sonido, pero Rhiannon podía escucharlo rugir por dentro cuando sus ojos se agrandaron y sus labios se separaron, todavía mirando por la ventana hacia el patio. El rugido de un animal herido donde más le dolía.

Rhiannon se movió despacio, sin comprender que era la que ocurría, percibiendo también la tensión y el desconcierto emanando de su abuelo, dejando un regusto amargo en su boca. Antes de que pudiera levantarse, el sabor ácido y avinagrado del dolor se extendió por su lengua y su garganta. Su visión se volvió borrosa por el agua que se acumuló repentinamente en sus ojos, abrumada por las emociones tan potentes y extremas que emanaban de su padre y de su abuelo. El desconcierto la hizo trastabillar, sin comprender lo que ocurría.

Porque todavía no había visto a su madre muerta en el patio trasero, con una flecha atravesándole el cuello. Ni la vería hasta dentro de un rato, cuando ella saliera milagrosamente viva de la sala en la que se encontraba. La única superviviente sentada alrededor de aquella mesa en la que se fraguaba una guerra, pero no la su familia creía.

No una entre cazadoras e inmortales, sino entre hijos de dioses diferentes.

Sintió unas manos grandes y fuertes agarrarla de la blusa y tirar de ella hacia abajo, obligándola a sentarse. Estaba a punto de girarse para ver quien la retenía, para protestar por ese gesto, cuando uno de los guerreros saltó sobre la mesa con un movimiento fluido, casi felino. Rhiannon distinguió un brillo acerado en una de sus manos antes de que se abalanzase hacia delante con una rapidez delirante, pero que para la joven sucedió infinitamente despacio. El guerrero rodeó con un brazo los hombros de su padre, haciendo que se inclinase hacia atrás. Rhiannon vio las sombras asomarse en los dedos de Kendrick, pero no fueron lo suficientemente rápidas. La conmoción por lo que había visto en el patio no le permitió adelantarse a lo que ocurriría a continuación.

Rhiannon distinguió la daga en la mano del guerrero un instante antes de que esta se hundiera en la piel de su cuello y le abriera la garganta. La sangre manó de la herida con fuerza, salpicando el cristal de la ventana y oscureciendo la tela de la ropa de su padre. Manchando el negro noche y el azul cobalto de rojo escarlata.

Una mano enorme cubrió la boca de Rhiannon antes de que de ella saliera sonido alguno. Vio cómo su padre se llevaba las manos a la garganta, con los ojos en blanco por la sorpresa. Vio un hilillo de sangre resbalar de su

boca, su frente perlada de sudor y sus cabellos de color oro pálido revueltos antes de que su propia visión se tiñera de rojo. Sintió la punta afilada de un arma clavándose en su cuerpo, en la parte baja de su espalda, perforando la tela de su ropa y su piel. El dolor lacerante hizo que su cuerpo reaccionase por fin y que la escena que la rodeaba volviera a moverse a toda velocidad.

Rhiannon se revolvió frenética entre los brazos de su atacante, sin movimientos elegantes ni meditados. En ese momento, a su cuerpo no lo movía nada que le hubieran enseñado en ninguna sesión de entrenamiento. Solo el miedo, el dolor y la rabia. Y el poder que rugía dentro de ella como un animal colérico.

Las sombras eran escasas en aquel día luminoso, pero no dudaron en acudir a la llamada desesperada de su señora. Rápidas y eficientes en esta ocasión, subieron por el cuerpo del atacante de Rhiannon, mordiéndolo con dientes pequeños y fríos, deslizándose debajo de la ropa y de la piel. El agarre a su alrededor se aflojó y Rhiannon lanzó un golpe con la cabeza hacia atrás con la fuerza suficiente como para verse libre por fin, pero también como para provocarle un pitido en los oídos que le impidió escuchar los gritos del guerrero dannan. La joven no escuchó las protestas de su cuerpo cuando se agachó para echar mano de las dos dagas que llevaba consigo, una en cada bota.

Cuando se alzó, uno de los cuatro guerreros restantes se abalanzaba en ese momento hacia ella con su espada en alto. Apenas tuvo tiempo de desviar la trayectoria de la hoja con una de sus dagas. El choque violento de los dos filos le arrancó un siseo de dolor cuando se extendió por su muñeca. Se agachó para evitar el ataque de otro de los guerreros y se escurrió debajo de la mesa con un movimiento rápido y ágil. Su cuerpo, más pequeño que el de sus contrincantes, le permitía esos movimientos en un espacio tan reducido.

Rhiannon estaba a punto de deslizarse hacia el otro lado de la mesa girándose sobre sí misma cuando sus ojos se fijaron en los dos cuerpos que yacían en el suelo. El de su padre, con la garganta abierta y todavía sangrante, mirando el techo de la sala sin verlo, con los ojos negros opacos; la negrura de la noche sin luna ni estrellas había desaparecido, reemplazada por las tinieblas vacías de la nada. Apenas a dos palmos de distancia, se encontraba el de su abuelo, tumbado de lado, con la mirada perdida en algún punto debajo de la mesa.

Rhiannon sintió el aire escapar de sus pulmones cuando se fijó en sus ojos; no solo por el hecho de que estaban igual de vacíos como los de su padre, sino porque el precioso color cobalto se había tornado dorado rojizo. El color del bronce envejecido.

Había una herida a la altura de su corazón, perforando la tela de la chaqueta negra y el emblema de la Casa de la Sombra y la Niebla. Un emblema que ya no era azul, sino rojo oscuro.

Rhiannon se apoyó sobre los codos para levantarse y alejarse, para apartar aquella visión. La tela de su camisa se pegó repentinamente a su piel, húmeda y caliente. Cuando sus ojos descendieron para mirar a qué se debía, la visión de Rhiannon se llenó de rojo.

Rojo escarlata. Rojo manchando la tela blanca de su camisa, su piel pálida y sus dedos. Rojo oscuro en el suelo sobre el que se encontraba y en las ropas de su padre y de su abuelo. Rojo brillante sobre el cuello del Hijo Predilecto de la Casa y en su cabello. Rojo rubí resbalando de los labios del general de la legión más grande que existía en el mundo inmortal.

Rojo. Rojo por todas partes, llenando con su olor metálico y pesado cada recoveco posible.

La oscuridad estalló alrededor de Rhiannon y dentro de ella, tragándose el grito que salió por fin de sus labios. Un grito desgarrador, un reflejo de lo que la dama de la medianoche sentía por dentro.

En ese momento, Keiran cayó de rodillas en los campos de entrenamiento. Apenas sintió el golpe reverberando desde sus rodillas al resto de su cuerpo. El golpe de poder esta vez fue más fuerte, con una ola furiosa azotando las costas de Llanrhidian durante un temporal invernal. Fría, implacable.

Y oscura.

Keiran trató de gritar cuando comprendió lo que pasaba, pero de su boca no salió más que una exhalación. Sus ojos se nublaron cuando las manos de Gawain se posaron sobre sus hombros. Escuchó su voz cerca y a la vez lejos, como si se encontrase debajo del agua. Perdido en su oscuridad gélida e infinita durante la noche. Sin luz. Sin luna, ni estrellas.

Un rugido ensordecedor lo llenó por dentro. Sus oídos, sus huesos, su sangre. Nacía de él, era suyo y al mismo tiempo pertenecía a otro ser. Una criatura que había cambiado de refugio, pero no de hogar. Un ser de escamas negras y garras de ónice que se abría paso en su interior a dentelladas y zarpazos, gruñendo, reclamando lo que era suyo. Keiran intentó luchar contra él a pesar de que sabía que era inútil. La batalla dentro de su cuerpo estaba decidida antes incluso de que fuera consciente de qué era lo que ocurría en su cuerpo. Él lo sabía, pero no se rindió.

No hasta que la oscuridad lo engulló y todo quedó en silencio.

## Capítulo 5

Le habían enseñado a no tener miedo a la oscuridad. No podía temerla. Llegaría el día en el que viviría dentro de él, alimentaría su sangre, su aliento. Un día, la llevaría sobre sus hombros y sobre su cabeza. Las sombras y la niebla se alimentaban de ella. Y de él. Del latido de su corazón, de sus pensamientos.

A Keiran le habían enseñado que la oscuridad no era algo a lo que él debía temer, mas debía respetarla. Pero cuando se vio rodeado de tinieblas que se movían como una marea de tinta a su alrededor, rugiendo ensordecedoras, el pánico lo invadió como nunca lo había hecho.

Sus ojos se abrieron de golpe. La oscuridad se vio sustituida por una luz de color rojo anaranjado, apagada, que le agujoneó las retinas con saña. Su espalda se despegó del lugar sobre el que yacía con brusquedad, haciendo que el mundo a su alrededor oscilase y se llenase de sombras en los bordes.

Un gemido angustiado escapó de sus labios.

No, no más sombras...

—Keir...

Keiran giró la cabeza hacia su izquierda, en la dirección de la que había venido aquella voz femenina, familiar y conocida. Frunció el ceño hasta que la luz rojiza que se colaba por una ventana le permitió distinguir el rostro de la mujer que había sentada a su lado.

Rhiannon. Su cabello negro y corto estaba revuelto y encrespado, formando una corona de aspecto espinoso alrededor de su rostro, de un blanco espectral. Sus ojos del color del carbón se veían más grandes y más oscuros de lo normal, destacando como gemas sin brillo en su cara. Ni siquiera la sonrisa tirante de sus labios conseguía iluminarlos.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó despacio, estudiando el rostro de su hermano.

Keiran percibió la tensión emanando de su cuerpo, sin necesidad de fijarse en su postura por debajo del cuello. Abrió la boca para contestar, pero no llegó a decir nada. No sabía que constar a esa preguntar. No tenía ni idea de qué era lo que sentía, que era lo que parecía moverse ahora debajo de su piel, detrás de sus costillas. Dentro de su cabeza.

Desvió su atención de los ojos de su hermana, que le resultaban de repente demasiado oscuros, llenos de tinieblas, y se fijó en el lugar en el

que se encontraba. Su hermana estaba sentada en una silla al lado de la cama estrecha y extraña en la que él se encontraba, en una habitación pequeña y austera que le resultaba desconocida. La luz que se colaba por la ventana detrás de Rhiannon teñía las paredes blancas de un color rojo intenso mezclado con pinceladas de una tonalidad bronceada. Como sangre mezclada con oro viejo. Su olor metálico empezaba a llenarle la nariz. Y comenzaba a despertar a alguien dentro de él.

Alguien que de momento no rugía, pero que ronroneaba suavemente, despezándose.

Un estremecimiento se extendió por la espalda de Keiran. Trató de pausar su respiración, evitando centrarse en el olor que parecía impregnar cada recoveco de la habitación.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó volviendo a centrar la mirada en Rhiannon.

Su hermana se echó ligeramente hacia atrás al oír el tono de su voz. Rasposo y grave, como si hubiera estado gritando. O como si se encontrase a medio camino entre su cuerpo conocido y una forma más... animal.

—No iba a dejarte solo —contestó ella.

Rhiannon lo miraba con intensidad, sin perder detalle de ninguno de sus movimientos ni de sus gestos. Su voz era suave y cautelosa, como si estuviera hablando con un animal herido y asustado. A Keiran no se le escapó que su hermana no trataba de acercarse a él, sino que se mantenía a una distancia prudencial.

Pero se encontraba en la misma habitación que él. Entre cuatro paredes, encerrados. Con aquel olor a muerte y destrucción flotando en el aire.... Los feéricos no les rezaban a sus dioses entre los muros de un templo porque su esencia no podía ser contenida entre cuatro muros y un techo, y Keiran ahora tenía a uno en su interior...

Hola, culebrilla.

Keiran se quedó muy quieto, cada uno de los músculos de su cuerpo dolorosamente tensos, pero él apenas lo sintió.

Esa voz... Conocía esa voz a pesar de que nunca la había escuchado. Porque era suya, de su sangre. Una voz que sabía que un día habitaría dentro de su cabeza, para la que su padre había tratado de prepararlo, pero ahora... La voz de un dios, le había dicho.

La voz de los dioses era sorprendentemente suave, pero tenía un dejo afilado. Sonaba y se sentía dentro de su cabeza como la niebla que bajaba desde las montañas hasta los valles antes del amanecer; fría y pesada, casi perezosa, pero no por ello menos poderosa. Una sombra difusa, pero eso no la hacía menos real.

Una risa grave y profunda acompañó aquellas palabras. Una risa gorjeante, melódica y atractiva para quien no sabía lo que escondía. Una risa que a pesar de divertida y pausada, Keiran supo que provenía del mismo ser que había rugido dentro de sus huesos y arañado detrás de sus costillas antes de que el mundo se cubriera de oscuridad y silencio a su alrededor.

—Tienes que irte —consiguió decir por fin en un susurro, sin mirar a su hermana.

— ¿No quieres saber lo que ha ocurrido?

—Puedo imaginarme lo que ha ocurrido —espetó Keiran girando la cabeza hacia ella con una velocidad extraordinaria.

Rhiannon se echó hacia atrás con brusquedad, plantando los pies en el suelo con firmeza, sus piernas tensas y listas para saltar. Con la misma rapidez con la que Keiran se había girado a mirarla, una daga había aparecido en su mano. Sus ojos negros se habían agrandado y oscurecido, resaltando todavía más contra la palidez de su piel y con la luz sangrienta que entraba detrás de ella.

La mirada de Rhiannon... Keiran jamás olvidaría su mirada. Jamás podría olvidar la primera vez que su hermana pequeña lo miró con miedo y con recelo. La primera vez que lo miró como un peligro contra el que estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes.

Las sombras de la habitación parecieron agrandarse y alargarse, extendiéndose como dedos finos y serpenteantes hacia ella. Vibrando, amenazadoras, pero no tratando de intimidarla, sino todo lo contrario. Estaban allí preparadas para protegerla. Porque él era un peligro para ella.

El dolor que Keiran sintió dentro de su pecho al darse cuenta de eso fue más grande que las garras de ónice arañando sus costillas y la verdad detrás de la razón de que él ahora tuviera esas zarpas en su interior.

—Lo siento —murmuró después de tragar saliva.

La sonrisa que Rhiannon le dedicó tardó largos y angustiosos instantes en aparecer en su rostro. De nuevo, el gesto tampoco le llegó a los ojos. Sin embargo, las sombras se retiraron, despacio y no por completo, pero por

lo menos ahora no parecían una maraña de zarcillos formando una alfombra espinosa en el suelo. Su cuerpo también se relajó, pero la daga siguió firmemente agarrada entre sus dedos.

Keiran respiró, levemente aliviado. Ese gesto provocó que el olor metálico de la muerte volviera a llenar su nariz y su boca.

Alguien se revolvió en su interior, alentado por ese aroma, como si se tratase de un soplo de aire fresco, revitalizante. Alguien que se movió reptando contra las paredes de su mente con un cuerpo cubierto de escamas frías y resbaladizas, clavando sus largas y curvadas uñas en su interior.

Keiran apretó los dientes con fuerza y cerró los ojos, tratando de apaciguar aquella sensación, aquella risa que parecía querer llenar sus oídos de nuevo, naciendo en el fondo de su mente, pero no tardó en volver a abrirlos. Fue entonces cuando reparó de verdad en su hermana, o en su apariencia. En la ropa que llevaba. Ropa y manchada de rojo; en las manchas, en los bajos de la camisa, a la que además le faltaban dos botones. La piel que quedaba a la vista debajo de la tela presentaba líneas rosadas; heridas curadas recientemente.

—No es mía —dijo Rhiannon al percatarse de a dónde se había desviado la atención de Keiran—. No toda, al menos.

Los ojos de color cobalto subieron desde lo que quedaba de las heridas de Rhiannon hasta su rostro, despacio. Tratando en su camino de acallar los sentimientos ácidos y abrasadores, como brasas candentes, que le producían ver esas marcas en el cuerpo de su hermana pequeña. Puede que no toda la sangre que manchaba su ropa fuera suya, Keiran sabía perfectamente que Rhiannon, cuando se desataba, podía hacer sangrar a quien quisiera, pero las heridas que había en su cuerpo se las había hecho alguien. Alguien la había atacado y por las posiciones en las que se encontraban aquellos cortes (en la clavícula, al lado del cuello y en su abdomen, hasta donde él podía ver), las intenciones habían sido bastante claras.

Keiran sabía perfectamente que Rhiannon podía defenderse sola, pero le dolía no haber estado con ella, luchando a su lado. Sin embargo, lo que más le atormentaba era saber que existía alguien en aquella Casa, en aquel mundo, que quería matarla y que había tenido la oportunidad de acercarse a ella lo suficiente como para intentarlo. Y él había permitido, de una manera u otra, que aquello ocurriera.

— ¿Cómo ha ocurrido? —preguntó centrándose en el rostro de su hermana y tratando de olvidarse del olor que los envolvía.

El cuerpo de Rhiannon se destensó. Sus ojos se cerraron momentáneamente, mientras se apartaba el cabello alborotado hacia atrás. Cuando volvió a abrirlos, la hermana de Keiran parecía tremendamente cansada. El sabor dulzón y pesado que llenó la boca del nuevo gobernante de la Sombra y la Niebla se lo confirmó.

Cuando habló, la voz de Rhiannon reflejaba lo que su cuerpo y sus emociones le transmitían a su hermano.

—Ha habido una rebelión entre las filas danna. Los guerreros que estaban reunidos con nosotros... —hizo una pausa, desviándola mirada hacia la daga que sostenía— Puedo mostrártelo.

Los músculos de Keiran volvieron a tensarse al comprender a lo que se refería. El movimiento serpenteante en su interior se detuvo repentinamente, expectante, para luego reanudar el rumor del roce de escamas dentro de su mente. Un rumor que podía haberse confundido con una risilla divertida e ilusionada.

—No sé si es una buena idea en este momento, Rhiannon.

Ella frunció el ceño. Sus ojos negros se encontraron con los de color cobalto en silencio. No fue necesario que Keiran dijese nada o que le mostrase nada; su hermana podía verlo y sentirlo por sí misma. Igual que él también podía notar que el poder de Rhiannon no era exactamente el mismo que la última vez que se habían visto antes... simplemente antes.

Pero tampoco era lo mismo que Keiran. No podían serlo. Solo podía haber un descendiente de los dioses con el poder de cada Casa.

Sin embargo, Keiran podía sentir la magia de Rhiannon llamando a la suya con más fuerza de la habitual, reconociéndose. Y no estaba seguro de si a la criatura escamosa le gustaba. No sabía cómo reaccionaría cuando usase el poder de la niebla para ver lo que había ocurrido dentro de la cabeza de su hermana.

—Es que no... no quiero... —comenzó a decir ella con voz temblorosa— No puedo.

Keiran hizo un gesto de asentimiento, entendiendo lo que ella quería decir. No quería expresar en voz alta lo que había ocurrido mientras él estaba inconsciente. Ponerlo en palabras lo haría más real. Eso haría que doliese más, que las heridas que no eran físicas y que todavía no habían comenzado a curarse sangrasen más, que escocieran. Y Keiran no quería lastimar más a su hermana.

Pero si usaba su poder, cualquiera de ellos, incluso aunque fuera un pequeño pulso de magia... No estaba seguro de lo que podría ocurrir con

su cuerpo y con su mente, con lo que habitaba ahora en su interior. Su padre le había dicho que por mucho que lo instruyese, por mucho que lo avisase sobre lo que podía suceder, nunca terminaría de estar preparado para aquello. Las circunstancias bruscas y duras en las que se había producido su coronación como Hijo Predilecto no ayudaban.

Abrió la boca para decirle que no era necesario que se lo contase ahora si no quería, pero se detuvo cuando sintió la mente de su hermana abriéndose. Un profundo estremecimiento recorrió su espalda, y Keiran se quedó muy quieto, aguardando alguna reacción en su interior. Solo sintió aquella vibración estática y molesta, aquel ruido blanco de fondo en sus oídos, en su cabeza. En su sangre. Como si la criatura se hubiera agazapado, expectante.

Tomó una profunda bocanada de aire, ignorando el olor de la sangre, y deslizó un hilillo de niebla dentro de la mente de Rhiannon. El cuerpo de su hermana se quedó totalmente rígido y Keiran pudo sentir su reticencia ante la invasión, pero ella dejó que ocurriera.

Keiran dejó que las imágenes pasasen rápidas a su alrededor, envueltas en una fina neblina de color lechoso. Vio la sala de reuniones en el piso superior del edificio principal, la mesa redonda para que nadie pudiera ocupar ninguna cabecera cubierta de papeles, a su padre sentado a la derecha de Rhiannon, y a su abuelo al otro lado del Hijo Predilecto. Vio el rostro descompuesto de dolor de su padre mientras miraba por la ventana que daba al patio trasero. Luego, la sangre saliendo a chorro de su cuello, salpicando el cristal delante de él y convirtiendo la luz dorada del día en el destello de un rubí; los ojos negros abiertos por la sorpresa y la comprensión, comenzando a vaciarse de vida y del poder de los dioses.

Keiran pudo ver a los cinco guerreros más importantes de Llanrhidian desenfundar sus armas, sus hojas afiladas brillar y moverse deprisa. Sintió el dolor de Rhiannon cuando una de aquellas hojas perforó la piel de su espalda. Vio a su abuelo tirado en el suelo, con los ojos de color cobalto opacos, sin el brillo del firmamento lleno de estrellas, y una herida sangrante cortando el emblema de la serpiente y el cardo.

El dolor de Rhiannon se filtró desde su recuerdo hasta Keiran. Un dolor que no nacía de una herida física, sino de algo mucho más terrible. Un fuego helado se extendió por su cuerpo, pero no calentaba, sino que era como la herida hecha por una esquirla de hielo. Un fuego que ardía y que destruía. Una llamarada negra en forma de sombras alargadas y serpenteantes que estalló alrededor de Rhiannon y engulló el mundo a su alrededor. Keiran se estremeció por la familiaridad de ese recuerdo. Cuando las tinieblas se disiparon, en la habitación había cinco cadáveres más, todavía con retazos de sombras vaporosas recorriendo los cuerpos

caídos.

La imagen del cuerpo de su madre tendida de espaldas sobre un charco de sangre con una flecha atravesando su cuello estuvo a punto de escaparse entre sus dedos de niebla, pero se obligó a sujetarla un poco más. Sus ojos tenían el mismo aspecto que el de su abuelo; el azul de los momentos previos al anochecer, sin el brillo de los astros en él. El recuerdo se empañó y Keiran dejó que se fuera.

Las siguientes imágenes fueron más rápidas. Las calles de la ciudad pasaron como un suspiro tembloroso a su alrededor. Más hojas de espadas y de dagas brillaron, las flechas trataron de alcanzar el cuerpo de Rhiannon, pero ella consiguió esquivarlas. Keiran se detuvo un poco más en los momentos en los que se podían distinguir los rasgos de quienes habían hecho sangrar a su hermana, reteniendo sus rostros.

Su abuela Maeve se encontraba en la pequeña tienda que había abierto un par de décadas atrás, cerca de los campos de entrenamientos. Se encontraba tendida entre un montón de cristales rotos, mezclados con su propia sangre y el contenido de los frascos que se habían hecho pedazos durante la pelea. Ella había tenido la oportunidad de luchar, o eso decían las heridas de su cuerpo. Pero los ungüentos medicinales y los remedios naturales que ocupaban las estanterías de la tienda no habrían podido hacer nada contra el golpe de su cabeza. El hueso astillado y la sangre espesa manchaban y apelmazaban su melena castaña, tornándola oscura.

Keiran se deslizó fuera de la cabeza de Rhiannon después de que esta se topase con Alai, Idris y Gawain. Estaban enfrentándose juntos a un grupo de soldados que los superaban claramente en número. Los tres formaban un triángulo que se movía alrededor de una figura tendida en el suelo. De haberse tratado de otras circunstancias, Keiran hubiera disfrutado de ver a sus amigos moverse de aquella manera tan elegante y coordinada, como un pequeño ejército, rápido y eficiente, cortando y haciendo que la sangre salpicase el suelo a sus pies y sus rostros.

Lo que lo hizo interrumpir los recuerdos de Rhiannon, fue darse cuenta de que la figura inmóvil que sus amigos protegían, arriesgo sus vidas, era la suya.

Keiran parpadeó para volver a enfocar la vista, pero su visión siguió empañada por una fina película de agua. Apretó los párpados durante un instante, tragando saliva para deshacer el nudo de su garganta. Las sombras dentro de él se agitaban ahora con más fuerza, bailando en su mente y en su sangre como el vapor de una olla hirviendo. El fuego helado se había avivado con las imágenes de la mente de Rhiannon, y sus

garras de ónice arañaban de nuevo las costillas de Keiran desde dentro.

Déjame salir.

— ¿Cuántos? ¿Cuántos guerreros? —consiguió decir con voz firme y pausada.

—Todavía no lo sabemos —respondió Rhiannon con voz pesada, como si hubiera estado corriendo—. Han venido tropas desde las demás legiones de la Casa, pero... pero son dannan.

La Casa de la Sombra y la Niebla tenía un ejército envidiable y temido, uno de los mejor preparados de todo Elter. La legión dannan era la que le había dado esa fama. Gracias a esa fracción del ejército, la Sombra y la Niebla era la Casa más grande de todo el reino inmortal.

Keiran siempre se había sentido orgulloso de esa parte de su linaje. De la sangre de los hijos de Dannu corriendo por sus venas, de la educación que había recibido en la tierra de su madre, del entrenamiento y de sus compañeros y compañeras, de la unidad que formaban e incluso de las miradas desconfiadas que a veces les lanzaban por ser... diferentes. Especiales.

Ahora no tenía ni idea de cómo sentirse. El fuego helado que lo quemaba por dentro era una amalgama extraña compuesta por demasiadas emociones como para distinguirlas entre sí. Todas estaban enlazadas. Una empezaba donde otra terminaba. El dolor y la rabia, la contrariedad y la sorpresa. Un fuego abrasador hecho de hielo.

— ¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó con un susurro— Sin que nadie se enterase. Ni el abuelo, ni papá. Nadie.

—Es lo que estamos tratando de averiguar. Alai e Idris están luchando contra... los... rebeldes —dijo finalmente Rhiannon con una mueca de contrariedad en la boca— y también están intentando descubrir que es lo que ha ocurrido, en qué momento... —negó con la cabeza, apartando la mirada de Keiran, pero aun así él consiguió ver el brillo acuoso y colérico en sus ojos negros— Yo me he quedado aquí contigo. No quería que estuvieras solo —murmuró volviendo a mirar a su hermano.

Las palabras que salieron de la boca de Keiran quemaron su garganta.

—No puedes ayudarme, Rhiannon. Esta vez es diferente.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada. La contrariedad emanaba de su cuerpo en ondas suaves, una muestra insignificante de lo que bullía en su

interior. Una extensión de lo que el propio Keiran sentía.

Apartó la atención de su hermana y miró a su alrededor. Se encontraban en una estancia pequeña, con las paredes de un blanco desvaído, ocupada por la cama en la que él estaba sentado, una mesa delante de la ventana que hacía las veces de escritorio y dos sillas, una de ellas ocupada por Rhiannon. Había una puerta detrás de su hermana y otra en la pared a la que daban los pies de la cama; la salida de la casa y la puerta de un baño, supuso. Keiran no podía distinguir nada del exterior a través de las cortinas que cubrían la ventana, a parte de un sol cada vez más moribundo y un cielo que comenzaba a teñirse de violeta.

— ¿Dónde estamos?

—A las afueras de Llanrhidian, en una casa desalojada.

Una pequeña arruga apareció entre las cejas de Keiran, pero asintió. Llanrhidian no era el lugar más seguro para él con una situación tan... complicada en aquel momento, pero tampoco podrían haberlo sacado de allí con discreción si estaba inconsciente. Su pecho se oprimió ante esos pensamientos, ante la idea de tener que salir de la tierra que siempre había considerado su hogar de esa manera, como si no tuviera derecho a pisarla.

Se movió sobre la cama, sacando las piernas para plantar los pies en el suelo y levantarse, pero su cuerpo entumecido tenía otros planes. Los músculos, doloridos y débiles, temblaron debajo de su piel, faltos de fuerzas, y el mundo en los márgenes de su campo de visión titiló. Dejó escapar un gruñido bajo y contrariado, frotándose las sienes con dos dedos.

—Despacio —escuchó decir a Rhiannon detrás de él. Notó su proximidad, pero no llegó a tocarlo—. Llevas un día entero inconsciente, Keir.

Keiran se quedó muy quieto. Un día entero... ¿cómo? A los Hijos Predilectos recién ascendidos no les afectaba su nuevo poder de la misma manera. Nunca era sencillo adaptarse a aquella magia antigua y salvaje, ni a lo que venía consigo, a aquel habitante bestial y cruel, sediento de violencia y que trataba de habituarse a su nuevo hogar, demasiado pequeño para él. Pero Keiran nunca había escuchado que un nuevo gobernante hubiera estado fuera de combate tanto tiempo. Su padre le había hablado de su ascensión, de los delirios, de la voz que ahora había dentro de él. De la facilidad con la que se volvía irascible y colérico.

Le había hablado de cristales rotos y de paredes arañadas. De su propia sangre salpicando un suelo de mármol blanco ribeteado de negro. De escamas asomando por la piel pálida y del dolor de huesos rotos una y otra vez por la criatura que asomaba debajo de la apariencia de feérico

mayor noble y de ropajes finos. Pero nunca le había hablado de la oscuridad tragándose el mundo a su alrededor y llevándose a él consigo.

Los momentos previos a esas tinieblas arrolladoras volvieron a su mente, enlazándose con los recuerdos de Rhiannon. Su pecho se volvió repentinamente más pequeño con una nueva preocupación.

— ¿Dónde está Gawain? —preguntó girándose para mirar a su hermana.

—Hemos hecho que se marche a la villa o a la capital —contestó ella sentada en el borde de la silla—. Estará más seguro en cualquier sitio que no sea este. Igual que cualquier Maira o cualquier Fforddludw. O cualquiera que esté del lado de la serpiente y el cardo —añadió con un murmullo.

Keiran asintió en silencio. La presión se alivió ligeramente dentro de él, pero las palabras de Rhiannon... Cualquiera que estuviera del lado de la serpiente negra y el cardo azul... Cualquiera que apoyase a la familia regente de la Sombra y la Niebla estaba en peligro en Llanrhidian. Cualquiera que estuviera de su lado, del de Keiran, sería perseguido y...

Cerró los ojos con fuerza, pero ese gesto no duró. La oscuridad detrás de sus párpados lo inquietaba. El ronroneo dentro de su cabeza y de sus huesos parecía aumentar con la quietud de las sombras.

— ¿Cómo no hemos podido darnos cuenta? —dijo Rhiannon con un hilo de voz, como si estuviera hablando para sí— Ninguno de nosotros...

Keiran trató de respirar despacio mientras la escuchaba ¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Cómo había podido dejar que fuera su hermana la que ocupase su lugar en aquella reunión? Rhiannon se lo había pedido, deseosa de formar parte de aquellas asambleas que a él le resultaban tan tediosas, pero si hubiera ocupado el lugar que le correspondía... La niebla siempre había corrido con fuerza por su cuerpo. Había comenzado a desarrollarla siendo un niño, escuchando los pensamientos demasiado alto de quienes lo rodeaban sin necesidad de meterse dentro de sus mentes. Si él hubiera estado en aquella reunión, tal vez hubiera podido escuchar los pensamientos de los guerreros que los traicionaron. Los del arquero que estaba a punto de disparar a su madre. Pero si su padre siendo el Hijo Predilecto no los había leído...

La confianza. Después de los primeros años difíciles y llenos de reticencias tanto por parte de los dannan como de los nobles fae de la corte, Kendrick y Lea habían asumido que todo había terminado. Que los habían aceptado. Que el nido de víboras solamente murmuraba a sus espaldas y que solamente existía entre los muros de piedra que rodeaban la villa. Pero no había sido así. Nadie había sabido verlo. Ni siquiera Keiran, que se

había movido entre ambos mundos desde que había nacido.

Rhiannon seguía hablando detrás de él, pero no la escuchaba. No podía. La sangre corría rápida en sus venas, haciendo que sus oídos pitasen y sus dedos hormigueasen. Sus ojos estaban abiertos, pero las sombras llenaban su visión. Una risa grave y profunda reverberaba dentro de su cabeza. Unos dientes largos y afilados como dagas asomaban entre la niebla espesa y vaporosa.

Déjame salir.

—Tienes que irte —gruñó Keiran a través de los dientes apretados.

Las palabras de Rhiannon se cortaron de golpe. Sus músculos crujieron debajo de su ropa, tensándose, listos para saltar. El sabor de su tensión y de su poder, hermano del de Keiran, le llenó la boca y la nariz.

—Márchate —repitió cuando largos instantes pasaron y no escuchó sus pasos livianos dirigiéndose a la salida.

Salida.

Salir.

Déjame...

—Keiran...

— ¡LÁRGATE!

Se giró en la cama a una velocidad extraordinaria. La habitación osciló a su alrededor con el brusco movimiento, pero él apenas lo sintió. Como tampoco notó apenas las laceraciones a lo largo de uno de sus brazos ni en el lateral de su cuello, extendiéndose por su mandíbula y subiendo por su mejilla. No vio las escamas negras emerger de debajo de su piel, ni sus uñas alargarse y romper la tela de las sábanas. Sí notó, sin embargo, el dolor de su boca, pero apenas era un murmullo sordo en su cabeza comparado con aquel rugido animal, divertido y despiadado.

Rhiannon se levantó de un salto, colocándose detrás de la silla en una exhalación. Se agazapó con la daga entre ellos y las sombras volviendo a expandirse por el suelo desde los rincones de la habitación, allí donde la luz no llegaba. Los zarcillos hechos de humo negro protestaron al verse enfrentados a su señor, pero no querían contrariar a su dama.

La estancia se llenó de un sonido pulsante y estático. Keiran y Rhiannon se miraron. El olor del poder de la Sombra y la Niebla llenó el espacio entre ellos; el rocío de la mañana y la frescura húmeda de las noches

oscuras. Azul cobalto del amanecer y el negro de las tinieblas nocturnas.

Keiran y Rhiannon se entendieron sin palabras. Siempre lo habían hecho, sin necesidad de niebla fisgona ni de poder compartido.

La furia salvaje y ancestral desapareció de los ojos de Rhiannon, sustituida por la comprensión. Comenzó a avanzar hacia atrás, sin darle la espalda a Keiran. Las sombras en el suelo se movieron con ella. Cuando Rhiannon desapareció detrás de la puerta convertida en humo, las tinieblas volvieron a asentarse en los rincones de la estancia, y Keiran se quedó a solas. Consigo mismo y con...

Un gruñido escapó de su garganta. Se levantó bruscamente de la cama y se dirigió a la que creía que era el baño. La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe seco que hizo temblar el marco y la pared en la que se encontraba. Se quedó un momento con la cabeza apoyada sobre la madera fría, respirando pesadamente, tratando de apaciguar las sacudidas de poder que agitaban su cuerpo, como las mareas escavando las costas de roca negra de Llanrhidian.

Las escamas desaparecieron con una punzada de dolor debajo de la piel blanca. Las garras se retrajeron de la misma manera que las zarpas de un felino. La boca dejó de dolerle. Tomó una última bocanada de aire y se apartó de la puerta, dirigiéndose a la pileta blanca sobre la que había un espejo. Sus ojos se buscaron en el reflejo que devolvía la superficie plateada.

Su rostro seguía siendo el mismo que el de la última vez que se lo había contemplado. Atractivo, de ángulos marcados en los pómulos y en la mandíbula, labios carnosos y de trazo sensual, y ojos grandes de color azul oscuro. Una réplica del rostro de su abuelo, la versión masculina del de su madre. Nunca había habido en Keiran nada que evocase a su padre, además de aquella doblez entre sus cejas cuando fruncía el ceño (como en aquel preciso momento), y el poder de la Casa corriendo por sus venas. Un poder que ahora titilaba detrás de sus pupilas y hacía destellar el azul cobalto de sus ojos con un brillo oscuro.

Hola, culebrilla.

Los ojos de Keiran se abrieron un poco más. Quería apartar la mirada del reflejo de sus pupilas en el espejo, de aquel hilo de humo que serpenteaba detrás, pero no podía.

Y la voz... aquella voz.

Su risa profunda y grave, salvaje y melódica al mismo tiempo, como el golpeteo de las zancadas de un depredador detrás de su presa, volvió a

resonar dentro de su cabeza.

No voy a hacer presentaciones, no creo que sean necesarias. Déjame salir y todo será fácil. Nos llevaremos mejor así, Hijo Predilecto.

—Cállate —siseó entre sus dientes apretados. La boca empezaba a dolerle de nuevo.

Cállame tú rió la criatura con suavidad, y al mismo tiempo con un dejo desafío en su tono, si es que puedes hacerlo, señor de la Sombra y la Niebla.

Callarlo... Su padre le había dicho que para callarlo lo peor que podía hacer era ignorarlo. Evitando enfrentarse a él lo único que conseguiría sería que se hiciera más fuerte, que se asentase en su interior no como un compañero, sino como su amo. Tenía que dominarlo. Tenía que enfrentarse a él, plantarle cara y mostrarle quien de los dos era el que decidía. Quien era el que gobernaba aquel cuerpo y aquella Casa. Quien llevaba la corona y el emblema sobre los hombros; por lo menos, de cara al resto de aquel maldito mundo inmortal.

Pero Keiran no se sentía con fuerzas para enfrentarse a ninguna criatura de salvaje y caprichosa de ascendencia divina. No después de lo que había pasado.

Pero la criatura tenía otros planes.

Déjame salir.

Keiran apretó más los dientes y cerró las manos con fuerza, apretando las uñas contra las palmas.

No.

Esta vez, sí sintió el dolor en su brazo al cubrirse de escamas brillantes y lustrosas, subiendo por su hombro y su mandíbula. El dolor de su boca aumentó todavía más con los nuevos dientes largos y punzantes perforando la piel, sustituyendo los de tamaño normal.

Déjame salir.

Las garras perforaron la carne blanda y cubierta de callos por el uso de las armas antes de que estas también se cubrieran de escamas, más largas que las de sus brazos, pero del mismo negro noche y casi igual de duras. Keiran no podía ver los cambios que estaba sufriendo su cuerpo porque no podía apartar la mirada de sus ojos.

Del ser cubierto de placas negras que reía y gruñía al mismo tiempo, que arañaba su mente y sus huesos. En su cabeza, en su pecho, en sus venas, abriéndose paso al exterior con uñas y dientes. Tratando de silenciarlo a él y recluirlo a un lugar oscuro donde ni Keiran pudiera escucharse.

No.

Keiran gruñó al mismo tiempo que la criatura lo hacía.

Déjame...

La puerta del baño se abrió con un chasquido. El olor de la sangre y el sudor llenó sus sentidos amplificadas, avivando el humo con forma de reptil con el que peleaba por recuperar el control de su cuerpo. Escuchó una maldición por lo bajo de una voz masculina conocida y otra que contenía el aliento.

Keiran no necesitaba girarse para saber quiénes se habían quedado inmóviles debajo de la madera y la pared cubiertas por una fina red de grietas que parecían formar una telaraña, así que no lo hizo. Se quedó mirando sus pupilas en el reflejo, todavía atrapado por la influencia de la sombra que se movía allí dentro.

La criatura se había callado de golpe, pero seguía allí, presente en su mente y en su piel. Y no iba a marcharse porque Alai e Idris hubieran aparecido. Todo lo contrario. Keiran podía notar su curiosidad tamborileando con uñas de ónice contra las paredes de su mente.

¿Qué tenemos aquí, culebrilla?

— ¿Qué estáis haciendo aquí? —siseó Keiran en voz baja, tratando de esconder el tono que había adquirido su voz. No lo consiguió.

Sus palabras sonaron como si hubieran sido pronunciadas por el ser con el que se debatía.

Alai e Idris estaban muy quietos, con los músculos rígidos y los dedos fuertemente cerrados en torno a las armas que portaban, Keiran podía sentirlo flotando en el aire. Lo habían entrenado como guerrero para ser plenamente consciente de las emociones de sus rivales y de sus movimientos. El poder de la Casa, ahora fortalecido por su ascensión, hacía que pudiera sentirlo todo con más fuerza.

—Rhiri nos ha dicho que no te has portado muy bien con ella —dijo Idris detrás de él, sus palabras teñidas de un fino y vacilante dejo de burla. Si Keiran se girase podría ver que el intento de broma no llegaba a iluminar el color avellana de sus ojos—. Sabemos que ahora tienes un dios dentro,

pero eso no te da derecho a que se te suban los humos.

— ¿Crees que es el momento, Idris? —replicó Keiran después de parpadear.

Sus ojos protestaron con ese gesto. ¿Cuánto tiempo llevaba sin pestañear?

La criatura pareció replegarse dentro de él lo suficiente como para que Keiran pudiera echarse hacia atrás, alejándose del espejo. Sus puños se abrieron despacio, al mismo que su cabeza comenzó a girarse hacia Idris.

—Te lo estoy diciendo en serio, Keiran —contestó el guerrero cuando los ojos del nuevo Hijo Predilecto se posaron sobre él.

Idris estaba herido. Tenía un corte en el labio que ya se había curado, pero todavía tenía restos de sangre en las comisuras de sus labios. Sus ojos de color avellana seguían brillando por la excitación de la lucha. Sus ropas estaban desastradas, llenas de marcas de cortes sobre el cuero de sus protecciones. La hoja de su espada había sido limpiada, pero el olor de la batalla no la había abandonado.

Sus palabras, la provocación que había en ellas y su significado velado, hicieron que la criatura se removiese, divertida. Keiran se estremeció.

Las palabras de Idris estaban teñidas de broma y provocación, sí, pero su objetivo no era hacer que el poder dentro de él se revolviere de aquella manera. Lo que Idris quería, comprendió Keiran con solo mirarlo, era traerlo a él de vuelta de aquella nube de humo en la que se encontraba. Recordarle quién era el propio Keiran y quién era Idris, y lo que había entre ellos. Una amistad en la que comentarios como el que le había hecho, aun siendo su superior, eran bienvenidos, e incluso agradecidos.

Sin embargo, la criatura tenía otra idea en su mente compartida.

Déjame...

—Hemos venido para ver cómo te encontrabas —intervino Alai. Su cuerpo osciló hacia delante, como si quisiera dar un paso en la dirección de Keiran, pero no llegó a moverse—. Para saber si ya habías despertado y para ponerte al tanto de lo que está ocurriendo.

Keiran desvió su atención hacia el guerrero pelirrojo. Sus rizos estaban revueltos y llenos de restos tierra y polvo. No tenía heridas sangrantes visibles, pero un olor metálico y pesado lo envolvía, igual que a Idris, enredado con su aroma a cerezo y canela. Las hojas de su hacha de dos filos tenían un débil brillo rojizo. Un moratón de color violáceo destacaba

sobre uno de los ojos de Alai, cansados pero despiertos.

Keiran respiró despacio antes de hablar.

—Ha habido una rebelión —sus amigos asintieron en silencio—. ¿Cuántos?

En esta ocasión, su voz sonó más parecida a su tono habitual, pero todavía tenía un dejo rasposo en sus palabras.

—Aproximadamente la mitad —contestó Alai.

— ¿De la legión?

Idris y Alai desviaron la mirada. No llegaron a mirarse el uno al otro, pero Keiran podía percibir que se estaban comunicando sin palabras, de aquella manera tan peculiar que caracterizaba a los dannan. La respuesta vino del guerrero de piel negra.

—De todo Llanrhidian.

Keiran fue a cerrar los ojos, pero se contuvo. Su mirada se perdió en los cortes que cubrían el cuero del traje de batalla de Alai, y las palabras de su amigo llenaron su cabeza.

Todo Llanrhidian...

Aquella revolución no afectaba solo a una fracción más o menos poderosa del ejército, sino a la nación entera que lo había criado. A todos y cada uno de los hombres y mujeres danann con los que compartía la herencia de Dannu.

—Las demás tropas de la Casa han venido a ayudarnos —continuó diciendo Idris en esta ocasión—. A los que somos fieles a la familia Maira y a la Fforddludw, pero...

—Son dannan —interrumpió Keiran. Levantó la cabeza para mirarlo antes de preguntar—. ¿Saben lo que ha ocurrido?

—Saben que ahora eres el Hijo Predilecto de la Casa y que la legión dannan no tiene general.

Una esquirla de hielo agujeró el pecho de Keiran detrás de sus costillas. Una risilla perversa y divertida hizo eco en su cabeza, acompañada de una sonrisa llena de dientes, envenenando la punzada de dolor.

—No le hemos dicho a nadie dónde estás —dijo Alai—, ni que has estado

inconsciente. A parte de Rhiannon, solo lo sabe Gawain.

Keiran asintió en silencio. Permitted que un pequeño destello de alivio sosegase sus revolucionadas emociones, agradecido por la manera en la que sus amigos habían actuado.

—Las tropas de la Casa han atacado, pero esperan algo más —Idris hizo una breve pausa antes de continuar, inclinando la cabeza levemente hacia delante—. Tus órdenes.

Nuestras órdenes, culebrilla.

La criatura se removi6 con m6s vigor contra las paredes de su mente, euf6rica ante las posibilidades que esas palabras le brindaban. Keiran cerr6 los ojos instintivamente al sentir los dolorosos pinchazos de sus garras en su interior. La criatura aprovech6 la ventaja que la oscuridad y la neblina de la mente le brindaban.

Atac6; golpe6 dentro de 6l con m6s fuerza, gru6o, arafi6. Despellej6 el cuerpo y la mente de Keiran hasta que las garras de 6nice asomaron en las puntas de sus dedos y las escamas laceraron su piel para salir.

El aire vibr6 a su alrededor con el rugido que amenazaba con salir de su garganta.

— ¿Necesitas...? —escuch6 decir a Idris.

—Necesito que os march6is —replic6 Keiran d6ndoles la espalda bruscamente, apoyando las manos sobre el lavabo—. No entiendo ni por qu6 est6is aqu6.

El silencio se instal6 en el peque6o ba6o, pero no en la cabeza de Keiran. Todo dentro de 6l eran risas perversas, garras chirriando contra las paredes de su mente y contra sus huesos, dentellas y oleadas de poder que sonaban como el agua de las mareas al romper contra la costa.

Por alg6n extra6o milagro, la voz de Idris consigui6 colarse entre todos esos atronadores ruidos.

—Porque eres nuestro amigo. Y nuestro hermano. No solo somos fieles a la Casa, Keiran, sino a ti.

Me pregunto si seguir6an siendo tan fieles si vieran las escamas, y los dientes, y...

Keiran gimi6 cuando los huesos de sus piernas comenzaron a doler,

haciendo que se doblase. Se agarró al lavabo para conservar el equilibrio.

—Marchaos —suplicó con el mentón casi pegado a su pecho y su cabello negro y sudado caído sobre su frente, impidiendo que pudiera ver su reflejo en el espejo—. Por favor, haced lo que os pido.

Tras un eterno momento de silencio, sintió la vibración en el suelo de pasos que se alejaban. Solo un par de pies. El otro seguía plantado en la entrada del baño, muy quieto. El olor de la sangre mezclado con el de la canela y la madera de cerezo lo envolvía, pero no de la manera reconfortante y tierna a la que estaba acostumbrado. Cualquier recuerdo placentero que ese aroma despertase en su mente, la sangre y la criatura que no paraba de protestar dentro de él lo retorcían y lo convertían en algo que le hacía apretar los dientes.

Alai comenzó a caminar, pero no en la dirección que Keiran hubiera deseado.

—Keiran... —comenzó a decir.

—No. Esta vez es diferente, Alai.

Enséñaselo, culebrilla. Muéstrale cuán diferente es ahora.

—No te tengo miedo.

Keiran apretó los puños hasta que notó las garras perforar las palmas de su manos.

Deberías, pensó para sí.

Oh, no es a ti a quien tiene que tenerle miedo, sino a mí, pequeña serpiente sin veneno.

—Keir...

Keiran giró la cabeza para mirarlo. Alai se había acercado a él, dando varios pasos en el interior del baño. Estaba cerca.

Demasiado cerca.

Y tenía una mano extendida hacia él. Sus dedos estaban abiertos, con la palma hacia arriba. Como una invitación, un gesto de confianza.

El pecho de Keiran se hizo más pequeño en torno a su corazón y a sus pulmones al ver ese gesto. Sus ojos subieron despacio desde la mano abierta de Alai hasta sus ojos de color castaño. Tiernos y preocupados.

Confiados.

Era un error mirarlo de aquella manera. Como si aun fuera el mismo fae, el mismo heredero, con el que había hablado la mañana del día anterior.

Cuando la voz de Keiran salió de su garganta, lo hizo con una mezcla de burla ácida y cruel.

— ¿De verdad quieres tocarme así?

Alai entrecerró los ojos, mirándolo de hito en hito. Keiran dejó que lo hiciera, que viera lo que se movía detrás de sus ojos y debajo de su piel.

Finalmente, sin decir nada, Alai cerró los dedos y bajó la mano. Salió del baño sin perder de vista a Keiran, sin apartar su mirada marrón de la azul del Hijo Predilecto, hasta que cerró la puerta del baño con suavidad.

Keiran dejó escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, pero la presión de su pecho apenas se alivió. Tenía que ser así. Tenía que alejarlos a todos de él por su bien, mientras sus poderes no se asentasen y él no se sintiera capaz de controlarlos. Para eso necesitaba tiempo, y por lo que su hermana y sus amigos le habían contado, lo que no tenían precisamente era eso.

La Casa de la Sombra y la Niebla había perdido a su gobernante. La legión más grande y poderosa de Elter se había quedado sin su general. Su pueblo, su tierra, necesitaba un líder. Y él no estaba en condiciones de ejercer ese papel. No todavía.

Keiran se miró al espejo de nuevo y en esta ocasión vio su reflejo completo. Su rostro semi desfigurado, con los ojos más separados de lo normal, y una línea de escamas que subía desde el lado derecho de su cuello hasta su mejilla. Abrió la boca, componiendo una mueca de horror. Ese gesto le permitió ver los dientes largos y afilados como estalactitas que poblaban su boca. Una risa ahogó su murmullo de espanto.

Había visto la forma bestial del Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla en su padre. Lo había visto cambiar, había escuchado el crujido de sus huesos al romperse para transformarse en aquel animal de aspecto reptiliano cubierto de escamas negras. Había visto el destello de miedo que siempre acompañaba aquel cambio en los ojos negros de su padre; miedo ante la idea de perder el control.

Keiran conocía la apariencia externa de la criatura, pero nunca la había visto en él, desfigurando sus facciones. Y para eso su padre no lo había preparado.

Se llevó las manos al rostro y fue entonces cuando vio las garras en sus dedos y las escamas subiendo por el dorso de sus manos y sus muñecas, desapareciendo debajo de la tela de su chaqueta. Vio las palmas de sus manos, todavía con piel blanca y callosa, perforadas y sangrantes. Regueros de líquido rojo resbalaban por sus manos hasta salpicar la loza blanca del lavabo.

No podía hacerlo. No podía ejercer como Hijo Predilecto en su estado, cambiando constantemente, con la criatura asomando en su cuerpo de aquella manera. Necesitaba a alguien que lo ayudase. Necesitaba nombrar a un nuevo general dannan, a un segundo al mando, pues no estaba dispuesto a tener a su tío Brycen a su lado de esa manera, ni siquiera entendía cómo su padre lo había soportado durante tantos siglos. Probablemente necesitase un nuevo Gran General, aunque no tenía nada en contra de Sloan... pero ahora ni siquiera estaba seguro de si podía fiarse de él. No sabía en quién podía confiar, además de en su hermana, su primo, y en sus dos amigos más cercanos. El resto...

Tendría que hacer limpieza. Tendría que eliminar a todos los que se hubieran sublevado. Mancharse las manos con su sangre. Con la sangre de los que siempre había creído sus compañeros, con la del pueblo entre el que siempre se había sentido protegido, a salvo.

El pueblo que había matado a su familia.

Un sonido captó la atención de su agudo oído de fae. Uno que no provenía del interior de su cabeza, sino del exterior, fuera de la casa. Sus ojos se desviaron hacia la ventana del baño, por la que entraba una luz violácea, casi de color azul oscuro. Tanto Keiran como la criatura se quedaron muy quietos, escuchando.

Entrechocar metálico. Pasos apresurados. Saetas cortando el aire. Gritos. Una pelea, y no demasiado lejana si podía oírla desde donde se encontraba. Estaban peleando por él. Tal vez incluso buscándolo.

Si dejase que la niebla se expandiese lo suficiente, tal vez pudiera llegar hasta las mentes de los guerreros, descubrir quienes eran, de qué bando estaban. Puede que pudiera ayudar desde donde se encontraba, sin tener que salir al exterior con aquel ser arrastrándose fuera de él...

Salir...

Déjame salir. Déjame salir y les haremos pagar por todo. Tú y yo, pequeña serpiente.

—Cállate —murmuró tratando de apartar la mirada de la ventana.

El sol estaba ocultándose. Apenas quedaba un rastro de color rojo sangre asomando penosamente sobre el alfeizar de la ventana. El resto del cristal estaba teñido de violeta y azul oscuro salpicado de estrellas, como velas alumbrando miradas indiscretas.

Vamos, lo estás deseando. Déjame salir.

—No.

Su negativa quedó ahogada por el crujido de sus huesos astillándose dentro de su cuerpo. Keiran puso los ojos en blanco, mirando su reflejo. Las escamas se expandían rápidamente por su rostro, por sus brazos, por la piel que quedaba oculta por la ropa.

El crujido de los huesos y de la piel desgarrándose acompañaba al de los rugidos de protesta de la criatura y al de las armas entrechocando no muy lejos de la casa.

Déjame salir.

Déjamesalirdéjamesalirdéjamesalirdéjamesalirdéjamesalirdéjamesalir...

La oscuridad avanzó más rápido que el anochecer. Keiran cayó al suelo de rodillas cuando sus piernas no pudieron sostenerlo más. Una hilera de espinas negras sobresalía en ese momento de su espalda, atravesando la tela de la camisa y de la chaqueta.

No escuchó el rugido animal que salió de su garganta antes de que unas garras se clavasen en su mente con más fuerza y lo lanzasen de nuevo a las silenciosas tinieblas.

## Capítulo 6

Su nueva piel era tan fuerte que ni los cristales ni los trozos de ladrillo consiguieron traspasarla. Apenas los sintió cosquillear sobre las brillantes escamas, que quedaron cubiertas por una feina película de polvo, blanquecina. Parecía ceniza.

Dirigió una mirada con sus ojos de color cobalto al bosque que rodeaba la casa. Las aletas de su nariz se abrieron y se cerraron, buscando el olor que acompañaba al ruido de guerra que lo había hecho lo suficientemente fuerte como para salir por fin al exterior, ocupando aquel nuevo cuerpo. Su recién estrenado hospedador había puesto más resistencia de la que se esperaba, pero por fin estaba fuera. Sus deseos de destrucción y de sangre caliente resbalando por sus dientes y sus garras se habían mezclado con la rabia y el dolor del Hijo Predilecto, poniéndolos en su contra.

No entendía por qué se había resistido tanto. Él podía darle todo lo que anhelada. Podía hacer realidad todos aquellos deseos oscuros que con tanto celo guardaba dentro de él. Juntos podían reducir aquel lugar y a aquellas criaturas débiles a un montón de escombros humeantes y huesos quebrados. Sus antepasados los habían llamado por aquello precisamente. Para traer la ruina a aquel mundo. Para dominar a aquellos que detestaban.

La criatura no lo entendía, pero ahora poco importaba. Se lo agradecería más tarde, cuando todo hubiera terminado. Y si no era así, bueno, por lo menos se habría divertido. Su hospedador anterior se había vuelto demasiado listo, había aprendido a dominarlo hacía ya mucho tiempo. El nuevo también aprendería a hacerlo; al final, todos lo hacían. Pero mientras ese momento no llegaba...

Una sonrisa se extendió por sus finos labios de reptil, dejando a la vista sus fauces. Se sacudió los cascotes con un movimiento ondulante de su poderoso cuerpo y comenzó a avanzar hacia el ruido y el olor de contienda, pero apenas había dado un par de pasos cuando los escuchó. A ellos y a ella.

Se encontraban pegados a la pared exterior de la casa, donde la piedra y la madera no habían quedado reducidas a añicos. Se veían tan pequeños desde su nueva altura, tan diferentes a cómo los veía el Hijo Predilecto. Las armas que portaban parecían poco más que mondadientes en sus manos sorprendentemente firmes mientras lo miraban con ojos desorbitados. Cargados de recelo y desconfianza. De miedo, incluso. Su sonrisa se hizo más grande.

Comenzó a girarse en su dirección; podrían ser un pequeño entretenimiento antes de empezar con el plato fuerte... Los guerreros agarraron con más fuerza sus armas, una espada y un hacha de dos hojas, posicionándose un poco por delante de la otra figura, más pequeña, que llevaba una daga ridícula en una de sus manos. Los ojos azules de la criatura se desviaron hasta ella cuando también dio un paso adelante, colocándose a la misma altura que los dos hombres.

La mujer habló, con sus ojos negros fijos en él, dirigiéndose a él, pero la criatura no escuchó. Frunció el ceño cuando la reconoció; a ella y a lo que había debajo de su piel. Algo que le pertenecía. Algo que era suyo. Algo que formaba parte de él, que era él mismo.

Sombras. Tinieblas vivas que serpenteaban en su sangre. El poder del que se alimentaba y que lo hacía existir.

¿Qué estaba haciendo allí? Tan fuerte, tan potente... Y, ¿por qué él no estaba también en ese lugar?

Ladeó la cabeza, sondeando a la mujer que se había quedado ahora muy quieta, sin apartar la mirada de su rostro de pesadilla. La criatura no tardó en comprender qué era lo que fallaba.

Había sombras en aquel recipiente, pero no había niebla. No le servía. Pero tampoco le molestaba. Si su hospedador actual moría, aquella mujer tenía posibilidades de convertirse en su nuevo hogar. Muerta no le servía. Pero sus compañeros...

El olor a sangre se hizo más fuerte detrás de él. Los aullidos de guerra rompieron la quietud del bosque. Las promesas de aquellos olores y aquellos sonidos arrullaron sus sentidos. La diversión estaba teniendo lugar sin él, y eso no podía ocurrir.

Dejó escapar un gruñido bajo, dio la vuelta y echó a correr. Su cuerpo grande y pesado se movió con sigilo entre los árboles, sin romper ramas ni quebrar troncos. Las hojas nuevas que había traído la primavera susurraron a su paso, sobre su cabeza. La tierra húmeda murmuró debajo de sus pasos rápidos y las sombras sisearon, acompañándolo en su camino. No se detuvo ni cuando las primeras casas aparecieron en su camino, pero sí disminuyó el ritmo de sus zancadas; contra el suelo empedrado sus garras podían resonar, y él quería aparecer a la vista de todos como una sorpresa. Puede que sintieran ya su poder agitando el aire, llenándolo con el olor de la Casa, pero no era lo mismo ver a un dios que sentirlo. Y menos uno con un poder como aquel. Un poder que se alimentaba de las ilusiones y de la mente.

Cuando atisbó el primer grupo de guerreros, se detuvo al amparo de las sombras que proyectaba el alero de un edificio. La oscuridad formó un

manto sobre su cuerpo, volviéndolo invisible a las miradas indiscretas. Contempló a los soldados danzar con sus armas en alto, moviéndose con sus compañeros y sus enemigos en aquel baile letal. Todos iban vestidos de negro, pero algunos tenían un diseño azul cobalto sobre el pecho; una serpiente curvada alrededor de una flor joven recién abierta. Otros llevaban uno diferente en las manchas de sus ropas; llamas lamiendo esferas de diferente tamaño, lunas en sus distintas fases, recordó. Los que llevaban el fuego y la luna en sus mangas tenían un agujero en la tela del pecho, en el mismo lugar en el que los demás soldados llevaban la serpiente y la flor.

A la criatura le importaba más bien poco ese detalle, pero a su hospedador parecía molestarlo especialmente. Lo escuchaba protestar en el fondo de su mente compartida con debilidad, tratando de arañarlo con sus cortas uñas y de tomar el control de nuevo. Tan patético...

La criatura siguió contemplando a los soldados un momento más, embebiéndose de la pelea y lo que esta producía en su cuerpo. Cuando se cansó de ser un mero espectador, dejó que un pulso de poderosa y antigua magia escapase de su cuerpo. Los soldados tardaron en reaccionar; el frenesí de la lucha era difícil de detener y nadie quería dar a su contrincante la oportunidad de acabar con su vida. Pero aquel poder... Todo el mundo en aquella Casa y fuera de ella lo reconocía. Era un don que los dioses solo habían concedido a unos pocos.

Era el poder que alimentaba aquella tierra y los mares que los rodeaban. Un poder que hacía que quienes vivían en aquel lugar se arrodillasen ante él.

Cuando todos los soldados se detuvieron por fin, el ser dio un paso adelante. Las sombras se replegaron, dejando a la vista su poderoso cuerpo recubierto de escamas negras que brillaron con la luz de las estrellas y la luna. Igual que los dientes de su sonrisa.

La criatura sabía que los escudos representaban una diferencia entre unos soldados y otros, pero cuando atacó, ese detalle no le importó lo más mínimo.

Todo ocurrió con rapidez, como envuelto en un torbellino de escamas, garras, dientes y sombras. Fueron pocos los que intentaron atacarle, y ninguno puso el suficiente empeño en hacerlo. Nadie se atrevería a atacar a su Hijo Predilecto, ni siquiera cuando se encontraba en su forma bestial. Además, la sorpresa y la impresión tampoco se lo permitía.

Muchos no habían visto nunca aquella criatura, aunque todos la habían sentido debajo de la piel de su antiguo gobernante. Los soldados con el escudo de la serpiente y el cardo se quedaron mirándolo embobados, creyendo que estaban a salvo. Era un espectáculo ver algo así, macabro y

hermoso al mismo tiempo. Cuando comprendieron que aquel ser no hacía excepciones, ya era demasiado tarde.

Se movió entre las calles estrechas persiguiendo a quienes intentaban huir y buscando más presas con las que entretenerse. Todo ocurría demasiado rápido, a él le hubiera gustado detenerse más, hacerlos sufrir más, sangrar más. Meterse en sus cabezas y jugar con lo que veía en ellas, recordarles sus momentos más traumáticos y dolorosos, aquellos que los perseguían en sus pesadillas. Quería acecharlos entre las sombras con paciencia, dejando que sintieran su presencia y que se desquiciasen sabiéndose observados y cazados. Pero había pasado tanto tiempo desde la última vez que había tenido el control...

— ¡Rhiannon!

Sus fauces vacilaron un momento cuando se cerraron sobre el cuerpo de una guerrera con el escudo de las llamas y la luna en los puños de su traje de batalla. La mujer dejó escapar un quejido empujando inútilmente el hocico escamoso, tratando de apartarlo de su cuerpo. La sangre salpicaba el suelo con un golpeteo suave y se deslizaba dentro de la boca de la criatura, inundándola con su sabor salado y metálico.

Escuchó pasos apresurados detrás de él, pero no les prestó atención. Apretó el cuerpo de la guerrera moribunda entre sus dientes, zarandeándolo de un lado a otro. Los brazos y las piernas se movían de un lado a otro como las extremidades de un muñeco. Se detuvo cuando un pulso de poder, de su propio poder, le golpeó un costado.

Dejó escapar un gruñido contrariado, con la guerrera dannan todavía entre sus fauces, antes de girarse para ver quién lo había molestado. Sus ojos se entrecerraron cuando la vieron. La misma mujer de antes, cuando había tomado el control del Hijo Predilecto. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y su cabello negro y corto formaba un halo oscuro alrededor de su rostro. Ahora no llevaba una daga en la mano, sino un arco con una flecha preparada. De su espalda asomaba un carcaj con más proyectiles.

— ¡Rhiannon, aléjate!

Los ojos de la criatura buscaron al propietario de aquella voz. Lo encontró varios pasos por detrás de la mujer. El guerrero de piel negra, con la espada y el traje de batalla manchados de sangre. Sangre que en la penumbra de la noche se veía del mismo color que los cabellos del guerrero pelirrojo, situado a su lado, con el hacha firmemente agarrada.

Los ojos de color azul cobalto volvieron a dirigirse a la mujer cuando esta

se movió en su dirección.

—Es mi hermano —murmuró mirándolo a los ojos.

—Ahora no lo es —dijo el mismo guerrero.

—Sí que lo es. Solo...

Sus palabras se interrumpieron cuando la criatura apretó el agarre sobre su presa. El cuerpo se partió en dos mitades con un chasquido de huesos rotos y músculo desgarrado. La reacción por parte de la mujer, Rhiannon, fue fruncir el ceño. La que dejó a la vista, al menos. Sus emociones, amargas en la garganta de la criatura, expresaban algo mucho más profundo. El poder que emanaba de ella tenía un sabor cargado y las sombras se curvaban a su alrededor, atentas.

La criatura la miró con una sonrisa sangrienta estirando sus labios y sus propias sombras lamiendo sus zarpas manchadas. Quería que viera en lo que se había convertido su hermano. Lo que había debajo de su piel ahora. Lo que siempre había estado destinado a ser.

¿Seguiría mirándolo con aquellos grandes ojos negros llenos de... afecto? Afecto que nacía del dolor y de la comprensión. Tan patético...

Rhiannon dio otro paso en su dirección. Y estiró la mano hacia su rostro.

—Keir...

La sonrisa se congeló en los labios escamosos. La extrañeza veló sus ojos y sintió... vacilación. Sacudió la cabeza, apartando la mirada de Rhiannon.

—Keiran, soy yo —la escuchó decir más cerca incluso—. Soy Rhiri.

Su olor le llenó la nariz; su aroma era el de la hierba mojada por el rocío, el de las mareas que rompían contra las costas de piedra negra y el del cuero curtido. El poder floral y salvaje de los dioses se entremezclaba con aquel aroma... familiar.

Hogar. Aquella mujer olía a hogar.

La oscuridad se rompió en su interior. La claridad, la consciente, arrancó un gruñido contrariado de la garganta de la bestia escamosa. Aquellas uñas cortas estaban empezando a arañar de nuevo desde el fondo de su mente compartida. Rasgando, tratando de salir. Intentando llegar a aquel olor que significaba casa, pero no la de los dioses.

—Por favor, vuelve —continuó diciendo Rhiannon—. Vuelve conmigo. No

puedo hacer esto sin ti, Keiran.

Keiran.

Aquel nombre...

Mi pequeño príncipe oscuro...

Alguien lo llama así. Alguien que ya no estaba. Había visto su muerte... Su madre. La mujer de pelo negro y ojos azules que había visto yacer muerta con una flecha atravesando su cuello. Pero no lo había visto en persona. Había contemplado aquella escena a través de los recuerdos de otros ojos. Unos ojos negros como la noche más oscura... Los de Rhiannon. Unos ojos idénticos a los del anterior Hijo Predilecto... Su padre.

La criatura cabeceó, retrocediendo para apartarse de la mujer de ojos negros. Para alejarse de los recuerdos que despertaban a su hospedador y que le daban fuerza. Pero lo conseguía. La mujer seguía hablándole y su voz seguía colándose entre las tinieblas y la niebla, y las uñas seguían arañando y arañando, y una voz gritaba sin parar desde las profundidades, cada vez más cerca.

Las sombras se replegaban y las escamas también comenzaban a hacerlo. Los huesos comenzaron a romperse con chasquidos que llenaron sus oídos y la criatura cayó de rodillas. Dolía. Dolían las escamas volviendo a esconderse debajo de una piel pálida, las garras replegándose y todo su cuerpo recuperando el tamaño de un fae adulto, un cuerpo que a la criatura le resultaba demasiado débil y pequeño. Pero lo que más dolía era la batalla por recuperar el control dentro de la mente. Una batalla de garras, dientes y voluntades.

Cuando de su garganta salió un grito que ya no sonaba como el de un animal herido, Keiran abrió los ojos.

Las estrellas y las farolas que no habían acabado hechas pedazos reflejaban su luz en los pedazos rotos de cristal y en los charcos de sangre. Había una capa de polvo flotando en el aire, dándole a la escena a su alrededor un aspecto etéreo, como salida de un sueño. Keiran no intentó vislumbrar lo que había entre esa bruma. No cuando sus ojos se fijaron en Rhiannon.

Estaba arrodilla a apenas dos pasos de él, con su mirada a la misma altura que la de Keiran. Había líneas de preocupación surcando su frente, entre sus cejas y a los lados de su boca. No por sí misma, sino por él, comprendió Keiran. Sus brazos estaban extendidos hacia él, abiertos, invitadores.

Keiran se dejó caer entre ellos con una exhalación.

Su frente chocó contra uno de los hombros de Rhiannon y sus brazos lo rodearon. No fue consciente de que temblaba hasta que sus manos se posaron sobre la espalda de Rhiannon y el cuerpo de su hermana empezó a estremecerse al ritmo del suyo. Sus brazos lo estrecharon con más fuerza y sus dedos comenzaron a acariciarle el pelo, revuelto y sudado. La melena corta de Rhiannon le cosquilleaba en la nariz, junto con su olor floral y salvaje a sombra y niebla.

—Estás aquí, estás aquí —murmuró ella sin dejar de acariciarlo—. Yo estoy contigo. Estoy aquí, Keir.

Rhiannon estaba allí y él también. Y la criatura debajo de su piel también. Todavía la sentía removerse dentro de su mente, protestando, pero no intentó arrastrarlo de nuevo hasta la oscuridad. Parecía haberse quedado satisfecho. De momento. Pero Keiran no se permitía cerrar los ojos, ni siquiera para recrearse en la sensación de los brazos de Rhiannon rodeándolo en un abrazo cálido y reconfortante, ni en la suave pulsación de su poder. Tenía miedo. Estaba aterrorizado de que si cerraba los ojos durante demasiado tiempo, la oscuridad volvería a atraparlo con sus garras de ónice y a arrastrarlo a la penumbra.

El polvo se asentó despacio a su alrededor y su visión se hizo más nítida. Así, Keiran pudo ver lo que los rodeaban. Sus dedos se cerraron con fuerza sobre la ropa de Rhiannon y el aire dejó de llegar a sus pulmones cuando sus ojos repararon en el primer cadáver. O en una parte de él.

El torso femenino descansaba boca arriba sobre un charco de sangre y vísceras. La chaqueta de su traje de combate, hecha de tela negra, cuero y acero en las hombreras y los antebrazos, estaba deshilachada allí donde el tronco había sido cercenado del resto del cuerpo. Había un agujero encima del pecho, donde debería encontrarse un escudo con una serpiente y una flor. Keiran se fijó en ese detalle y en las heridas de la mujer. Heridas que no habían sido hechas por una espada, una daga, ni cualquier arma común.

Sus ojos consiguieron despegarse del cuerpo de mujer dannan y siguieron avanzando por la escena, separando el mentón del hombro de Rhiannon. El olor de su hermana se hizo más tenue, lo que hizo que el aroma metálico de la sangre llenase su nariz. Sangre de los cuerpos que había detrás de ella.

Keiran se fijó en las marcas de sus trajes de batalla, en sus expresiones vacías y al mismo tiempo llenas de miedo mirando el cielo sobre sus cabezas o en empedrado de la calle al lado de sus rostros. En los cascotes y los trozos de cristal que salpicaban la calle. En las marcas de garras sobre la piedra del suelo y en los trajes de batalla. En los charcos de

líquido oscuro, algunos todavía calientes.

En la destrucción y en la muerte que se extendía delante de él.

Sus se detuvieron en dos figuras altas a varios pasos de distancia. Un espacio prudencial entre ellos y Keiran.

—Yo he hecho eso —murmuró sin apartar la mirada de Alai e Idris.

Desde donde se encontraba no podía ver sus expresiones, pero no era necesario. Su pecho se hizo más pequeño, oprimiendo sus pulmones y su corazón. La emoción subió por su garganta y su rostro hasta llegar a sus ojos. Su visión se empañó y las figuras de los guerreros se difuminaron.

—Keiran... —susurró Rhiannon apartándose de él para buscar su mirada.

Keiran la evitó. No quería mirarla ni a ella ni a sus amigos, ni a nada de lo que lo rodeaba. No quería ver lo que había hecho. Él y el terrible ser de escamas y fauces hambriento de destrucción, del sabor de la sangre y la ceniza en su boca. Miró su cuerpo, tapado por ropa rota y desastrada; había desaparecido debajo de las escamas y las sombras que lo habían rodeado antes de transformarse, así que no tenían un aspecto muy diferente a cuando se había desmayado después de que el poder de la Casa hubiera pasado a habitar su cuerpo.

Contempló sus manos, limpias, sin rastro de sangre. Tampoco había nada en su boca ni en ningún otro lugar de su cuerpo. Todos los rastros de destrucción habían desaparecido de su cuerpo, junto con las escamas, las garras y las espinas negras que recorrían su espalda. Sin embargo, Keiran podía sentirla manchando sus manos, por debajo de su piel y de sus uñas. Podía notar su sabor en la boca.

Podía sentir el peso de las vidas perdidas que manchaban sus manos y el de la culpa por lo que había hecho cubriendo su cuerpo como un pesado manto. Uno bordado con un reptil de colmillos venenosos y una flor recién abierta.

—Ni se te ocurra.

Keiran levantó la mirada hacia Rhiannon. Sus ojos negros brillaban con determinación.

—No te culpes por esto —dijo colocando una mano debajo de su mentón para que no volviera a esconderse—. No es culpa tuya, Keir. No es culpa nuestra —repitió bajando la voz—. Papá te enseñó cómo controlarlo en teoría, pero no es lo mismo que sentirlo dentro de ti —añadió frotando el

dorso de una de las manos de Keiran con el pulgar.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo de arriba abajo con aquel gesto tan suave y delicado. Negó con la cabeza, apartando la mano.

— ¿Cómo...? —comenzó a decir desviando su atención de nuevo a lo que los rodeaba. Calló cuando se percató de que Idris y Alai se habían acercado a ellos en silencio y ahora se encontraban a escasos pasos de distancia de los dos hermanos.

Sus armas estaban guardadas, y aunque sus cuerpos estaban tensos, su actitud no era de ataque, ni siquiera de expectación ante la posibilidad de uno. Cuando se acuclillaron para quedar a la altura de Keiran y Rhiannon, el Hijo Predilecto no pudo evitar poner los ojos en blanco con la sorpresa.

Ninguno de los dos le sonrió. Ni Idris ni Alai hicieron amago de tocarlo de la misma manera que Rhiannon, pero no fue necesario para que comprendiera que estaban allí. Con él y para él. No les importaba lo que era. Nunca le habían dado importancia al hecho de que fuera el hijo del gobernante de la Casa, ni el nieto de su general y líder de su comunidad. Nunca lo habían tratado diferente al resto de sus compañeros y amigos. Nunca lo habían hecho y no iban a empezar a hacerlo ahora, cuando más los necesitaba. La confirmación vino en forma de asentimiento silencioso con la cabeza. Keiran les devolvió el gesto.

—Sabemos quién empezó todo esto —dijo Idris rompiendo el silencio. Keiran frunció el ceño, expectante—. Deian.

El rostro del Hijo Predilecto se quedó inexpresivo. Totalmente inexpresivo. Ni siquiera había un amago de arruga entre sus cejas. Rhiannon se tensó a su lado, estudiando su expresión con cuidado, tratando de discernir qué era lo que pasaba por la cabeza de su hermano. Keiran podía sentir su mirada y su poder pulsando suavemente a su lado, pero él se encontraba perdido en sus pensamientos.

Cuando habló, su voz sonó sorprendentemente firme y suave.

—Él solo no ha podido organizar una revolución como esta.

—No lo hizo solo. Tenía muchos guerreros cercanos a Gwilym de su lado, dannan importantes. Él... supo qué hilos tenía que mover. Sabía quiénes estaban... —una pequeña mueca arrugó los labios de Idris— descontentos por las decisiones que ha tomado a lo largo de los años.

—Todo esto empezó mucho antes de que tú nacieras —intervino ahora Alai—. Desde que vuestros padres se casaron, aproximadamente. Eso fue la chispa que prendió todo esto —finalizó haciendo un gesto con la barbilla

hacia uno de los edificios con marcas de garras en una de sus paredes.

Keiran negó con la cabeza. Era demasiado tiempo, no podía ser que hubieran esperado tanto...

—Necesitaban tener a los soldados suficientes de su lado —prosiguió Alai, como si hubiera leído sus pensamientos—, por eso han tardado tantos años. Y necesitaban que todos estuvierais a la vez aquí en Llanrhidian, para...

—Para matarnos a todos —cortó Rhiannon—. A Gawain también. Es un Maira —dijo al ver la mirada que le lanzaba Keiran— y está de nuestro lado.

Y estaba de su lado...

Todos los que estaban de su lado tenían que desaparecer. Sin importar que fueran dannan, ni siquiera que fueran parientes de la familia regente. Todos aquellos que se pudieran de su lado, como los guerreros dannan que llevaban todavía el escudo de la Casa en sus uniformes, como sus amigos, su hermana, todos debían morir.

Todas las personas que Keiran amaba.

Las sombras se curvaron alrededor de sus dedos sin que se diera cuenta. Sus ojos se oscurecieron y pequeñas serpientes oscuras asomaron entre la tela de su chaqueta, en sus hombros. Susurrando en sus oídos.

La calle estaba demasiado oscura como para que Idris y Alai se dieran cuenta, pero Rhiannon, que estaba arrodillada a su lado, sí las vio y también las sintió. Llamaban a las suyas y hacían que su poder chispease debajo de su piel, provocándole un hormigueo desagradable en los dedos. Cuando alargó la mano para rozar la de Keiran, él sintió como temblaban.

El primero en romper el pesado silencio fue Idris.

— ¿Qué vamos a hacer ahora?

Keiran levantó la mirada, desviándola del lugar donde sus dedos rozaban los de Rhiannon, envueltos en una fina neblina negra. Se detuvo en el cuerpo partido en dos mitades, detrás de las piernas de Alai e Idris. Un cuerpo que él había despedazado. Una vida que él había terminado.

Y no sintió ningún remordimiento. Ninguna emoción atenazando su pecho y haciendo que sus ojos se humedecieran.

Pero no por ello no sintió nada. Sí lo hizo. Mucho. Emociones frías que ardían debajo de su piel, quemando despacio. Muy despacio. Y dolían,

pero él no podía dejar que el sufrimiento nublara sus pensamientos y lo distrajese. No podía abandonarse a su nuevo huésped, aunque en el fondo era lo que deseaba. Su padre le había enseñado, muchos años atrás, que cuando se convirtiera en Hijo Predilecto habría muchas cosas que desearse, pero que no podría tener ni hacer. Lo había obligado a grabar aquella lección en su cabeza.

—Todos quienes viven en dentro de las fronteras de esta tierra —le había dicho con una mano sobre su hombro y otra siguiendo las líneas que delimitaban el territorio de la Casa de la Sombra y la Niebla en un mapa en su despacho— son responsabilidad nuestra, de los Maira. Su vida, su bienestar, es responsabilidad de esta familia. Un día, tú serás el que lleve el escudo sobre los hombros y las decisiones que tomes entonces afectarán a todos y cada uno de los ciudadanos de esta tierra.

—Haces que suene... —había replicado Keiran con el ceño fruncido, recorriendo el territorio de la Casa sobre el papel con sus ojos de color cobalto.

—Quiero que te duela, Keiran —las garras negras habían asomado en los dedos de su padre, clavándose en la piel de Keiran, sin llegar a perforar su ropa—. Quiero que te duela porque es la mejor manera de que lo entiendas de verdad. Todos aprendemos mejor y más rápido con el dolor, por desgracia.

Keiran parpadeó, apartando esos recuerdos de su mente; las garras clavándose en su piel y la intensa mirada negra de su padre sobre él.

Ahora, él era el Hijo Predilecto. Tenía una Casa que gobernar y ciudadanos de los que ocuparse.

Y también tenía mucho que demostrar. Empezando por el hecho de que podía ser un buen gobernante. Uno que nadie se esperaría viniendo de él. Un medio sangre. Un mestizo. No del todo dannan, y quizás tampoco del todo fae. Pero los dioses lo habían elegido. Y él iba a hacerles justicia. A ellos y a su título.

Se levantó con un movimiento repentino, pero elegante. Cuando habló por fin, su voz fue suave, pausada, y al mismo tiempo autoritaria. Una voz que no admitía réplica y que lo hacía parecerse a su padre como nunca nadie había sospechado.

—Buscándolos. A todos —pronunció muy despacio, alternando su mirada entre Idris y Alai—. No habrán salido de Llanrhidian, y esta tierra no es tan grande. Buscándolos en el norte, en el límite con el Agua y el Cristal. Buscarán ayuda de los aes, comparten las mismas ideas.

Los guerreros asintieron, de acuerdo con su razonamiento. Los aes eran un pueblo que había pertenecido muchos siglos atrás a la Sombra y la Niebla. Ahora, se encontraban en el límite entre el esta y la Casa del Agua y el Cristal, luego de una guerra entre las Casas que había terminado en un acuerdo representado en uno de los tapices que había en el segundo piso del palacio de la Sombra y la Niebla. A los aes poco les importaba la Casa en la que se encuadraba su territorio; eran una nación que como los dannan no les gustaba responder ante ningún Hijo Predilecto. Una nación de guerreros que había sido sometida al principio de la existencia de las Casas, considerados no del todo fae; igual que los dannan. Si había alguien dispuesto a ayudar a los hijos de Dannu que habían comenzado aquella revolución, esos serían los aes.

Keiran continuó hablando en el mismo tono pausado y glacial.

—Traedlos a todos y a todas. Vivos —esperó un instante, dejando que sus palabras calasen en sus amigos y en su hermana—. Haced lo que haga falta para traerlos vivos, no quiero que vosotros matéis a nadie.

Alai abrió los ojos un poco más. El cuerpo de Idris se tensó bajo su ropa, estudiando el rostro de su gobernante con detenimiento. Rhiannon, que se había levantado, se movió para intentar interceptar la mirada de su hermano.

— ¿Qué vas a hacer?

—Lo que nuestro padre tenía que haber hecho hace mucho tiempo —respondió Keiran mirándola—. Él siempre supo que entre los dannan había muchos que lo detestaban, que no soportaban estar bajo su autoridad, y tampoco bajo la de nuestro abuelo. No desde que dejó que mamá se casara con el Hijo Predilecto de la Casa.

Kendrick siempre lo había sabido, y Gwilym también. Había pasado más de un siglo desde el último intento de revolución por parte de los hijos de Dannu, después de la última confrontación entre su Casa y el Viento y la Tormenta. Una insurrección que había sido fácil de sofocar, pues apenas habían participado un par de decenas de guerreros. Pero su padre y su abuelo sabían que el sentimiento que compartían aquellos guerreros no había muerto con ellos. Llevaba siglos enraizado en Llanrhidian, en su tierra oscura, en los altos acantilados de piedra negra e incluso en el agua que los pulía. Sin embargo, su padre no había querido iniciar una guerra interna en la Casa después de terminar una contienda como aquella y su abuelo no había deseado hacer rodar más cabezas, cerceándolas él mismo con su espada.

Sabían que tarde o temprano habría una rebelión, pero no una como aquella. No una tan grande y atrevida. Y los dannan lo sabían. Desde que se había casado con Lea, Kendrick se había vuelto... no más blando, pero

sí más transigente con la tierra de su esposa. Ahora, le tocaba a Keiran corregir aquellos errores. Y a él no le vacilaría la mano por amor, sino todo lo contrario. Sus amigos y su hermana podían verlo en su mirada.

—Si tenéis que reducir este lugar a cenizas para encontrarlos, hacedlo, pero traédme los vivos. A todos —reiteró pareando su mirada de color cobalto por los tres—. Esta vez no va a haber una ejecución discreta en el bosque.

—Si los matas públicamente, si todo esto sale a la luz —intervino Rhiannon—, les darás más razones a los fae para que odien a los dannan, para que nos teman...

—No es a los dannan a quienes van a temer, sino a mí —cortó Keiran girándose para mirarla—. Yo no soy mi padre.

Cuando sus ojos se encontraron, Rhiannon se movió hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada. Pero no fue por el tono de voz de Keiran, ni siquiera por sus palabras, a pesar de que estas le habían causado impresión. Lo que sorprendió a Rhiannon fue lo que vio en los ojos de su hermano mayor. El azul cobalto se había oscurecido y no se parecía a un amanecer prometedor, sino a un anochecer que vaticinaba una noche sin luna ni estrellas.

Keiran podía ver su reflejo en los grandes ojos negros de Rhiannon. Y también podía sentir lo que había detrás de ellos, regodeándose con sus palabras y con las intenciones que escondían.

Cuando se dirigió a Idris, su voz sonó más autoritaria, pero también tranquila. No prestó atención a la expresión precavida que había en el rostro de su amigo.

—Dile a Sloan que está destituido como Gran General de la Casa de la Sombra y la Niebla. Ahora, todas las órdenes que deberán acatar los soldados serán tuyas, Idris.

Todos se quedaron muy quietos con aquellas palabras. El pecho de Idris se detuvo en mitad de una inspiración, y sus ojos lobunos salpicados de motas doradas reflejaron la luz de las estrellas sobre ellos. Parecían arder, sorprendidos. Keiran aguantó su mirada con las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba.

Idris tragó saliva antes de hablar.

—No van a aceptar órdenes de alguien como yo.

No van aceptar órdenes de un dannan.

Idris no llegó a decir aquellas palabras en voz alta, ni siquiera se las transmitió a Keiran con un pensamiento, pero flotaban entre ellos, invisibles pero tangibles.

El Hijo Predilecto se encogió de hombros, un gesto despreocupado que en él se vio elegante.

—Tienes mi permiso para deshacerte de quienes no lo hagan —replicó con sencillez.

Idris no contestó. Se limitó a apretar sus carnosos labios hasta convertirlos en una fina línea. Keiran aguardó en silencio algún gesto de asentimiento por su parte.

Podía negarse. Idris podía decirle que no deseaba aquella responsabilidad, y Keiran lo respetaría. No iba a obligar a ninguno de los presentes a hacer algo que no quisieran, pero no se iba a andar con rodeos con lo que quería de cada uno de ellos.

Idris era un líder nato. Sabía hablar de manera que los demás se parasen a escucharlo; por lo menos entre los dannan. Sabía persuadir a cualquiera si se lo proponía. Y sabía más de estrategia que nadie que hubiera conocido. Su abuelo le había dicho hacía no mucho tiempo atrás que el día que faltase, Idris sería la opción más apropiada para ocupar su puesto, aunque no fuera un Fforddludw. Él o Rhiannon; a Gwilym le hubiera encantado ver a su nieta como la líder de la nación dannan desde Mag Mell, pero Keiran tenía otros planes para ella. E Idris... Idris estaba lo suficientemente capacitado como para aspirar a algo todavía más grande y desafiante que comandar la legión más poderosa de Elter.

Finalmente, Idris asintió con la cabeza, llevándose la mano al corazón. Cubriendo el escudo con la serpiente y el cardo con su mano.

A continuación, Keiran se giró para mirar a Alai.

—Y lo que queda de la legión dannan va a necesitar un nuevo general.

Alai abrió la boca, pero volvió a cerrarla casi al instante. Miró a Keiran de hito en hito antes de susurrar por fin.

—No puedo hacerlo. Yo...

—Sí puedes —replicó Keiran.

Alai negó con la cabeza.

—No soy un Fforddludw. No me escucharán.

—Precisamente porque no eres un Fforddludw, lo harán. Te has criado en esta tierra como uno más de la comunidad —explicó Keiran al ver la confusión en el rostro de su amigo—, has sido capaz de destacar sin ser descendiente de ninguna familia de renombre —dijo cuidado, valorando la reacción de Alai ante esas palabras—. Por esto, te escucharán.

Entre los dannan, igual que entre los demás fae, existían familias con cierta reputación, heredada a lo largo de los siglos por sus acciones durante las campañas militares y sus contribuciones a la comunidad. Alai no pertenecía a ninguna de ellas, ni siquiera por algún parentesco lejano. Keiran sabía que eso creaba inseguridades en su amigo. Los guerreros como él tenían más dificultades para destacar, tenían mucho más que demostrar durante los entrenamientos y las batallas. Y Alai no quería ser un soldado más, un simple número más en la legión dannan y en el ejército de la Casa. Keiran lo había visto interactuar con los suyos, entre los dannan en general y con los que igual que él no tenían un apellido que hiciera que los ojos de quienes lo rodeaban brillasen al mirarlo. Sabía que sus compañeros y compañeras lo escuchaban cuando hablaba y lo observan con la atención que nace del respeto y el reconocimiento a pesar de no haber entrado nunca en combate en una guerra.

Alai no era un Fforddludw, pero tenía lo necesario para convertirse en alguien como Gwilyn. La nación dannan no tendría su voz ahora en la familia que los había dirigido y representado durante milenios, pero Keiran estaba seguro de que su abuelo lo habría aprobado. Él también había visto lo que había que Alai.

—De acuerdo —contestó finalmente el guerrero pelirrojo con un murmullo.

No quiero que te sientas forzado a aceptar, dijo Keiran dentro de su mente.

—Quiero hacerlo —reiteró Alai en voz alta, sin apartar su mirada de la de su gobernante en ningún momento, ni siquiera para parpadear.

Ni siquiera cuando cuadró los hombros y alzó la mano derecha para colocarla sobre su corazón.

Una pequeña sonrisa tironeó de las comisuras de la boca de Keiran cuando asintió, aunque la mueca no le llegó a los ojos. Se giró hacia Rhiannon con ese gesto todavía en el rostro. Su hermana lo miraba con el ceño levemente fruncido, sorprendida, pero para nada contrariada. Alzó una de sus cejas negras cuando vio la expresión de su hermano,

comprendiendo que aquella asignación de honores no había terminado.

—Y si veis a nuestro tío —dijo Keiran sin apartar la mirada de ella—, decidle que él ya no es la mano derecha del Hijo Predilecto de esta Casa.

Una sonrisa se extendió lentamente por la boca de Rhiannon. No era la sonrisa más grande ni más luminosa que le había dedicado a Keiran, ni siquiera la más feliz. Sin embargo, era la más satisfecha y llena de promesas que él le había visto nunca. Sus ojos negros destellaron con la luz de las estrellas, húmedos por una emoción que no se molestaba en ocultar.

A Keiran no le habría sorprendido que la magia de la Casa la hubiera escogido a ella. No solo por el poder que había en su interior desde niña, sino por la manera en la que se interesaba por el territorio que estaba al cuidado de los Maira. Por sus ciudadanos. Por su bienestar.

Rhiannon se preocupaba por la tierra que su padre le había señalado en el mapa de Elter mientras le clavaba las uñas en el hombro tanto como Keiran. La diferencia entre los dos, es que ella podía quedarse sentada delante de un montón de informes, cuentas y leyes sin pestañear, leyendo con interés todo lo que ponía en sus páginas durante horas. A Rhiannon no solamente le gustaba el fin último de su labor, sino todo el proceso que lo rodeaba. Y, como su padre le había dicho, igual que con cualquier otro trabajo, no había mejor gobernante que uno que disfrutaba con lo que hacía.

Rhiannon no se llevó la mano al pecho como Alai e Idris. Lo que hizo la hermana pequeña del Hijo Predilecto fue entrelazar sus dedos con los de él. Pequeñas sombras en forma de serpiente afloraron de su piel, mordisqueando la de Keiran con suavidad.

— ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Idris.

—Buscar a Deian —contestó Keiran.

—Deja que vaya contigo —se apresuró a pedir Rhiannon—. También eran mi familia —añadió al ver la duda que había en los ojos de su hermano.

Si voy a ser tu segunda, vas a tener que acostumbrarte a verme como algo más que tu hermana pequeña, apuntó silenciosamente la joven.

Nunca has sido solamente mi hermana pequeña, Rhiri. Solo me preocupo... Keiran se detuvo cuando una de las cejas de Rhiannon se alzó y las sombras de sus dedos le soltaron una dentellada más fuerte.

Déjame hacer esto contigo, volvió a pedir ella. Lo necesito.

Se produjo un breve y silencioso intercambio de miradas entre Keiran y Rhiannon que terminó con un suspiro por parte de él.

—De acuerdo.

—Y Iver.

Esta vez, quien soltó un mordisco de tinieblas negras fue Keiran. Rhiannon no se amiló; le sostuvo la mirada y el agarre de su mano sin vacilación.

—Ha estado ayudando a rastrear a los rebeldes —dijo—, con bastante más éxito que el resto, pero podrán arreglárselas sin él.

Keiran no ocultó sus dudas ante la petición de Rhiannon.

Llevaba sin hablar con su hermano pequeño unos tres años. Sin dirigirle la palabra, sin ver de él más que un atisbo de escamas negras entre las rocas de las costas o entre los árboles de los bosques.

Todo había sido culpa suya; por mucho que sus padres y Rhiannon hubieran tratado de convencerlo de lo contrario, Keiran jamás dejaría de culparse por lo que había ocurrido con Carys. Si por una vez se hubiera saltado las normas, la melliza de Iver tal vez seguiría viva, y su hermano no se habría convertido en... en lo que era ahora. Algo que nadie sabía explicar.

—Habrás muchas cosas que desees hacer y no podrás, aunque seas un Hijo Predilecto, Keiran —le había dicho su padre el día que todo se torció entre los dos hermanos—. Sé que es difícil, pero intenta tomártelo como una primera prueba...

—¿Cómo puedes decir eso? —le había gritado Keiran apartándose de él bruscamente, con los ojos brillantes por las lágrimas— ¡Era Carys! Era mi hermana, era tu hija...

—Si crees que no me duele, estás muy equivocado —había interrumpido Kendrick con aquel tono suyo, tan pausado y tal frío que cortaba como una esquirla de hielo—. Pero no puedo cambiarlo. No podría haber hecho nada aunque hubiera estado en tu lugar. Tenía que ser así, y no había que ni tu ni nadie pudiera haber hecho. Ve endureciéndote la piel, Keiran —añadió Kendrick apartándose de su hijo, escondiendo su mirada oscurecida en la que serpenteaban tinieblas—. La tienes muy fina.

Keiran tenía la piel muy fina en aquel momento. Ahora, la tenía revestida

de escamas de ónice negras.

—Eran nuestros padres y nuestros abuelos, Keir. De los tres —dijo Rhiannon a su lado—. Él se merece esto tanto como tú y yo.

Keiran cerró los ojos y dejó que sus hombros cayesen. No iba a negar que Rhiri tuviera razón; él no era el único que estaba sufriendo con todo aquello. No era el único que sentía que el mundo se estaba haciendo pedazos a su alrededor y que no tenía ni idea de cómo iba a recomponerlo, o por lo menos, a construir una imagen que fuera remotamente familiar para él. Buscar a Deian juntos no iba a hacer que las cosas se arreglasen entre Keiran y Iver; el Hijo Predilecto sospechaba que no había nada que pudiera volver a unirlos, ni siquiera lo suficiente como para poder mirarse a la cara. Pero Keiran no iba a negarle aquello a su hermano.

Cuando Keiran volvió a abrir los ojos, su mirada volvía a estar plagada de sombras sólidas que se revolvían detrás de sus irises de color cobalto.

—Encuétralo y dile que esté al bosque de Gwydir antes de que empiece a amanecer.

## Capítulo 7

El bosque de Gwydir se encontraba en el corazón mismo de Llanrhidian, no muy lejos de Irea. Keiran había escogido aquel lugar para empezar a buscar a Deian precisamente por esa razón y porque sabía que ningún dannan habría tratado de esconderse en aquel lugar. Aquella arboleda frondosa era el bosque más espeso de toda la Casa, ni siquiera en verano se filtraba el más mínimo rayo de sol entre las copas de los árboles. No tenía nada que envidiarle a los bosques salvajes de Tierra de Nadie, ni en espesor, ni en lo que se refería a las criaturas que moraban en él. Esa noche, lo que a Keiran más le interesaba de aquel oscuro lugar, eran sus sombras.

El poder de la Casa vibraba en cada recoveco del territorio, pero allí, en aquel punto de la tierra de los dannan, irónicamente, su fuerza era mayor que en ningún otro lugar. Pellizcaba su piel incluso a través de la ropa, susurraba sobre sus hombros, curvándose como serpientes a su alrededor. Su permanente olor a humedad y a rocío de la mañana lo tentaba a usarlo, a que lo tomase y lo moldease a su gusto. Y también lo tentaba a liberar lo que había en su interior, reposando, aunque no dormido.

Rhiannon y Iver llegaron escasas horas antes de que el amanecer empezase a despuntar. Keiran se giró despacio al escuchar el rumor de hojarasca a sus espaldas. No estaba preparado para enfrentarse cara a cara con lo que siempre consideraría que él le había hecho a su hermano.

Rhiannon se movía con su característico y silencioso andar ligero, escogiendo los lugares en los que poner los pies antes de dar cada paso. La criatura que se movía a su lado no lo tenía tan fácil, pero seguía siendo sorprendente su capacidad para moverse por un terreno como aquel sin emitir nada más que un siseo quedo, un roce de escamas contra hojas muertas y tierra húmeda.

Keiran se quedó muy quieto cuando sus ojos consiguieron distinguirlo en la penumbra del bosque. Su respiración se detuvo y una mano helada atenazó con fuerza su corazón, haciendo que este doliese con cada palpitación. Sin embargo, no dejó que ninguno de sus dos hermanos viera eso. Ni siquiera cuando su mirada se cruzó con la de Iver, de un color dorado oscuro, como bronce envejecido. Una mirada que parecía arder entre las escamas negras que rodeaban sus ojos.

Keiran lo contempló avanzar en silencio, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, un gesto relajado que no reflejaba lo que sentía por dentro. A medida que su hermano avanzaba tenía que ir alzando un poco más la cabeza para poder mirarlo y no perder detalle de él; tres años atrás, cuando Iver se había enfrentado a la Turas Mara junto con Carys, el

hijo pequeño de Kendrick y Lea le sacaba una cabeza a su hermano mayor. Ahora, le sacaba más de dos metros. Más de dos metros de músculo, rabia y dolor recubiertos por una piel de escamas brillantes que parecían haber sido talladas a partir del vidrio más negro.

Rhiannon se detuvo cuando llegó al lado de Keiran, pero Iver se quedó a una distancia considerable. Su cuerpo de serpiente se alzó un poco más del suelo, hasta casi rozar las altas ramas de los árboles. Sus ojos dorados analizaron a su hermano mayor y ahora gobernante de la Casa, entrecerrados. Un gesto que de haberse encontrado en su cuerpo fae habría hecho que apareciera una pequeña arruga entre sus cejas negras.

Lo más parecido que Iver le dedicó como saludo fue la lengua bífida que asomó brevemente entre sus labios, acompañada por un destello de dientes puntiagudos. Keiran sabía que su hermano estaba probando su poder, comprobando que de verdad se había convertido en el Hijo Predilecto de la Casa. Una confirmación de que sus padres habían muerto.

Rhiannon aguardó en silencio, mirando a uno y a otro. Cuando comprendió que Iver y Keiran no intercambiarían ni una sola palabra, sus hombros se hundieron y el sabor amargo de su decepción llenó la garganta de Keiran. Él se limitó a tenderle las dos manos y cerrar los dedos en torno a los suyos cuando Rhiannon se las tomó. Sus miradas se cruzaron un breve instante antes de que los dos cerrasen los ojos y se concentrasen en su tarea.

Las sombras de Rhiannon serpentearon entre sus dedos y se enroscaron en sus muñecas, mezclándose con las de Keiran. El poder de uno llamó al de la otra, y ambos se reconocieron como iguales, como partes separadas de un todo. La penumbra del bosque tembló y se retorció, como si se tratase de un ser vivo desperezándose. Un animal aguardando las órdenes de sus amos.

Rhiannon apretó suavemente las manos de Keiran, dándole la señal de que estaba preparada. Él le devolvió el gesto, todavía con los ojos cerrados, y con una orden silenciosa, las sombras comenzaron a rastrear toda la Casa de la Sombra y la Niebla. Keiran y Rhiannon les mostraron la imagen de Deian, se la describieron, sus facciones y también su olor. El permanente brillo acerado de sus ojos verdes y el constante desdén que impregnaba su aroma y que deformaba su rostro.

Keiran sabía las razones por las que el guerrero dannan había comenzado todo aquello. Su madre le había contado la historia que había detrás de aquellas sus miradas desdeñosas y cargadas de fría cólera, miradas que iban dirigidas tanto a la propia Lea como a sus cuatro hijos. Keiran por aquel entonces era apenas un niño, pero era lo suficientemente observador como para darse cuenta de que aquellas ojeadas

injustificadas. Nunca las olvidaría, como tampoco el mensaje que su madre le había querido transmitir con aquella historia.

—No dejes que el deseo te envenene, mi pequeño príncipe. Y nunca, jamás, lo confundas con amor. El amor de verdad es algo muy hermoso. También puede hacer daño, pero no envenena. Tienes que aprender la diferencia si quieres ser un buen...

— ¿Un buen Hijo Predilecto? —había preguntado Keiran— ¿Cómo papá?

Su madre le había sonreído con una ternura infinita.

—Un buen hombre, Keir. Antes de ser un buen Hijo Predilecto, tienes que ser un buen hombre.

En ese momento, con las manos de Rhiannon en las suyas y las sombras comunicándose por toda la Casa, Keiran sentía que le había fallado a su madre. Una parte muy recóndita de sí mismo, la que todavía no estaba impregnada por los sentimientos que lo habían embargado al descubrir lo que había ocurrido con su familia, sabía que estaba haciendo precisamente lo que su madre le había pedido en aquella ocasión. Estaba dejando que el deseo lo dominase.

El deseo de venganza. El deseo de acabar con aquello que amenazaba a lo que quedaba de su familia.

El deseo de reducir todo y a todos a un montón de cenizas apagadas de las que no pudiera resurgir nada.

Pero no tenía tiempo para esos pensamientos en ese momento. Más tarde, más adelante, quizás el remordimiento viniera a hostigarlo por lo que iba a hacer. O tal vez no. Solo había una manera de averiguarlo.

¿Dónde está? les susurró sin palabras a las sombras, con voz autoritaria y apremiante.

Las tinieblas de la Casa vibraron y sisearon, pero no le dieron una respuesta. Si Rhiannon seguía agarrando sus manos con fuerza y con su poder ensortijado en sus dedos y sus muñecas, era porque a ella tampoco le habían dicho nada todavía.

Keiran apretó los dientes. Se creía una persona paciente, pero estaba empezando a descubrir que lo era menos de lo que pensaba. Tal vez Deian ya no estuviera en la Sombra y la Niebla, por eso su poder y el de Rhiannon no podían encontrarlo. Pero el guerrero no podía haberse ido. No podía empezar una revolución como aquella y luego desaparecer de la

Casa y de Llanrhidian. No podía ser tan miserable y rastrero...

¿Dónde está? repitió con un tono más urgente, casi desesperado. Decidme donde está.

Las sombras volvieron a murmurar, esta vez parecían decir algo, parecían querer mostrarle algo...

—Lo he encontrado.

Keiran abrió los ojos. Rhiannon lo estaba mirando, su pecho subía y bajaba con prisa, como si hubiera estado corriendo. Su pelo y sus ropas oscuras se confundían con la penumbra del bosque, una oscuridad que palpitaba con fuerza, igual que el corazón de un ser vivo. Keiran escuchó un siseo cerca de ellos, pero no apartó la mirada de su hermana. Pudo sentir que Iver se acercaba a ellos, aguardando también por la respuesta de Rhiannon.

Ella tragó saliva antes de continuar hablando.

—Al este, cerca de la costa, donde se encuentra el archipiélago de Cynis.

Keiran frunció levemente el ceño. Aquel pequeño archipiélago de diminutas islas peladas de vegetación y de casi cualquier forma de vida no se encontraba lejos, no tardarían demasiado en llegar. Era una elección curiosa para esconderse, pues se encontraba lejos de Llanrhidian, en el extremo opuesto de la Casa. Pero lo cierto era que a nadie se le hubiera ocurrido ir a buscarlo allí. La Casa de la Sombra y la Niebla se caracterizaba por sus bosques umbríos y sus cordilleras desde las que la bruma bajaba silenciosa como una serpiente, sus valles llenos de vida y sus costas de grande acantilados. Pero aquel lugar, el extremo oriental, era diferente. Era un lugar más yermo, más seco, como las ruinas de un castillo despojado de sus riquezas. No había muchos lugares en los que esconderse, si a alguien se le ocurría por un casual dejarse caer por allí.

Pero Keiran se limitó a asentir con la cabeza. Rhiannon se giró hacia Iver, que dejó escapar un sonido ronco con su garganta. Keiran no se giró para dirigirle ni una mirada a su hermano antes de ponerse en marcha.

Cuando llegaron al lugar que las sombras habían indicado, una fina línea de color azul cobalto marcaba la diferencia entre el mar y el cielo. Las pequeñas y pedregosas islas que se entreveían en el horizonte parecían torreones de vigía, pendientes de lo que los tres hermanos iban a hacer bajo su guardia. Keiran trotó hasta la playa, donde sus botas se hundieron en la arena de color grisáceo. Rhiannon e Iver se quedaron detrás de él, observando el paraje a su alrededor.

—No está en ninguna isla —dijo Keiran mientras hacía lo mismo, recordando las palabras de Rhiannon.

—No, está aquí, en la costa —reiteró ella. Se movía por la tierra seca, apenas cubierta por algunos manojos de hierba de color verde desvaído, mirando el suelo. Se detuvo y cerró los ojos, concentrándose en su poder y en lo que le transmitía, por lo que pudo percibir Keiran—. Escondido en... una cueva. Bajo tierra.

Keiran miró a su alrededor. No había cuevas a la vista por ningún lado. En aquella porción de costa no había acantilados, sino pequeñas colinas que no estaba seguro de que ni siquiera merecieran ese nombre. Tal vez no se encontraba cerca de la costa, sino más adentro, donde la piedra caliza estaba agujereada como si se tratase de un panal de abejas.

Comenzó a caminar, alejándose de la playa. Rhiannon y Iver lo seguían despacio, en silencio, escaneando el lugar con su vista y su olfato.

Las sombras comenzaron a lamer la tierra que pisaba el Hijo Predilecto.

Decidme donde está.

Una cueva bajo tierra.

¿Dónde?

Cerca, muy cerca...

Mostrádmelo. Es una orden.

Las tinieblas se estremecieron. Un hilo de sombras se alejó de él, en dirección contraria a la playa. Keiran las siguió. Caminó con cuidado, pero sin perder el ritmo ni el rastro de oscuridad sólida que lo guiaba; no quería pisar ninguno de los agujeros que se extendían por aquella tierra y acabar dentro de la cueva equivocada o con un tobillo roto. Se detuvo cuando se encontró a las sombras extendidas alrededor de una abertura como un zarzal lleno de espinas.

Keiran se acuclilló y colocó una mano sobre las sombras, que lamieron sus dedos, complacidas por haber ayudado a su señor. Los ojos de Keiran recorrieron la oscuridad que se veía a través de la abertura, del tamaño justo como para que un hombre adulto y fornido se colase en su interior. Desde donde se encontraba no podía distinguir nada más que negrura, pero el olor... era tenue, pero estaba allí. Tierra mojada, metal, odio y rabia. Y sangre. Pero no suya, sino de otros.

Mejor, pensó para sí mismo, con una pequeña sonrisa haciendo asomar un par de hoyuelos a los lados de su boca. No todo el mundo tenía derecho a

hacerlo sangrar...

—Dejad que yo lo hago salir —dijo por encima de su hombro cuando notó que Iver y Rhiannon se habían puesto a su altura.

—Solo salir. Promételo —dijo Rhiannon.

—Tenéis mi palabra. Esto es para los tres.

Sin aguardar respuesta, Keiran se convirtió en humo y sombras. Las formas de su cuerpo se desdibujaron, perdiendo solidez. Se deslizó dentro del agujero, mezclándose con la oscuridad, dejando que esta lo guiase hasta su objetivo. La entrada de la abertura se ensanchó en un corredor de piedra caliza gastada que descendía suavemente hasta el final de la pequeña oquedad. El techo no era lo suficientemente elevado como para caminar erguido en muchas zonas, pero a Keiran le importaba poco. Siguió moviéndose como una sombra más, como un reguero de tinta oscura, con su poder palpitando con fuerza, como un corazón.

Fue su magia lo que hizo que el guerrero que se escondía allí dentro se revolviere, desvelando definitivamente su posición. Keiran sonrió, sin rostro y sin cuerpo. Se aproximó despacio, dejando que Deian sintiera su presencia. El guerrero se llevó la mano a su espada, se alzó todo lo que la oquedad le permitía y buscó al portador de aquel poder con la mirada, entre las sombras. Pero todo era oscuro allí abajo. Todo estaba en completa penumbra, tinieblas que vibraban y palpitaban como si estuvieran vivas. Un animal salvaje que tenía dueño.

Y su dueño era un elegido por los dioses.

Keiran se agazapó delante de Deian, todavía convertido en humo. Lo acechó como un depredador, dejando que se sintiera observado, que supiera que estaba allí, que lo había encontrado. Se aseguró de que supera que estaba acorralado y que no iba a salir de allí ni vivo ni entero.

¿De verdad pensabas que podías esconderte en las sombras, Deian? Susurró dentro de la cabeza del guerrero En un agujero, como una maldita rata, como lo que eres.

Deian aspiró con fuerza, el aire viciado de la cueva silbó entre sus dientes. El miedo llenó la oquedad con su olor; miedo puro, desatado, imposible de ocultar. Un miedo cerval que rezumaba del cuerpo del guerrero que se había atrevido a herir a una de las criaturas más poderosas de todo Elter, un dios en un cuerpo terrenal. Las sombras se regodearon, y Keiran con ellas. Su risa, baja, grave, y casi sensual, rebotó contra las paredes calizas.

Aquel eco fue lo que hizo que Deian terminase de perder los nervios. Salió corriendo con la espada fuertemente agarrada y la cabeza gacha para evitar chocar contra el techo de la cueva. Keiran siguió riendo detrás de él, avanzando sin prisas en la dirección que había seguido el guerrero.

Cuando salió de la cueva lo hizo a tiempo de ver cómo Iver golpeaba a Deian con su larga cola y lo hacía volar un par de metros, para luego caer pesadamente en el suelo. La espada salió disparada de su mano, rebotando lejos con un tintineo metálico.

Los tres hermanos avanzaron hacia Deian despacio. El rostro de Keiran volvía a ser reconocible, pero la mayor parte de su cuerpo seguía envuelto en sombras y niebla negra. Rhiannon caminaba a su derecha, con zarcillos negros saliendo de sus dedos y enroscándose en sus muñecas, y pequeñas víboras siseando en sus hombros, confundiendo con sus mechones cortos. Iver se arrastraba por el suelo, con la boca entreabierta, dejando a la vista sus colmillos acanalados, mientras la luna y las estrellas se reflejaban en sus escamas.

—Por favor... —suplicó el guerrero mientras se alejaba de ellos arrastrándose por el suelo, sin darles la espalda.

Keiran dejó escapar risa baja y divertida, como si se riese de una broma que solo él conociera.

— ¿Vas a suplicar? ¿En serio? Oh, no me malinterpretes, a los tres nos encanta oírte hacerlo, pero a mí me sorprende. No es así como se nos educa a los dannan —finalizó con una sonrisa ladeada.

Deian apretó los labios y se detuvo. La rabia destelló entre el miedo, y la sonrisa de Keiran se hizo un poco más grande, más satisfecha.

—Suplicar no va a hacer que esto termine más rápido —dijo Rhiannon a su lado.

Iver emitió un siseo viperino, corroborando sus palabras. Los tres hermanos habían llegado a la altura de Deian, que los contemplaba tendido en el suelo, apoyado en los antebrazos. Su mirada de color verde pasaba de uno a otro con rapidez, pero siempre se detenían en Keiran durante más tiempo que en Iver o Rhiannon. El Hijo Predilecto podía ver y sentir el miedo en aquella mirada, miedo por saber que todo iba a terminar para él. Pero también algo más conocido; más ácido, quemaba la garganta de Keiran, hacía que sus dedos hormiguesen y que el ronroneo en el fondo de su mente aumentase de intensidad, acompañado de garras de ónice que arañaban, pidiendo salir.

Rabia. Cólera ardiente y destructora. Odio antiguo y salvaje. Humillación por no haber conseguido lo que quería, por no lo que podía haber sido y

nunca fue.

Un ego hecho pedazos que envenenaban el recipiente que los contenía.

Deian fue a levantarse, pero Rhiannon se le adelantó. Pisó con fuerza el tobillo izquierdo del guerrero dannan antes de que una lanza de sombras se materializase en su mano. Una lanza que luego se clavó en el tobillo de Deian cuando Rhiannon apartó su pie. Un crujido de huesos rotos y un grito desgarrador de dolor rompieron la quietud de la noche. Y también estuvieron a punto de deshacer el precario lazo que Keiran mantenía a la criatura contenida en su interior. El olor a sangre no mejoraba demasiado su situación, ni tampoco los murmullos complacidos de Iver a su lado.

Rhiannon arrancó la lanza con una sonrisa de satisfacción en los labios. En esta ocasión, Deian no gritó, pero sí murmuró entre dientes, apartando la mirada de su herida y de los hermanos Maira Fforddludw. Iver comenzaba a deslizarse hacia el guerrero caído, preparándose para su turno con él, pero Deian volvió a hablar.

— ¿Ni siquiera si os doy los nombres de quienes me han ayudado?

Su voz sonó firme, pero el dolor era patente en sus palabras. Sus dientes estaban apretados, tratando de contener el castañeteo de sufrimiento que lo invadía, pero Keiran podía sentirlo. Estaba tan concentrado recreándose en ese tormento que tardó en procesar las palabras de Deian.

—No hace falta que los digas en voz alta. Puedo buscarlos en tu mente —contestó—, mientras te retuerces de dolor. Será mucho más divertido...

—No ha sido solo cosa de los dannan —cortó Deian.

Keiran cerró la boca de golpe. El atrevimiento por haberlo interrumpido, a él, a un Hijo Predilecto, una falta de respeto de las más atrevidas y peor castigadas, quedó en segundo plano. Tampoco importaba demasiado en aquel momento; no con lo que Keiran ya tenía planeado para él. Pero sus palabras... sus palabras no tenían sentido.

Los dannan eran una comunidad cerrada que apenas se relacionaba con el resto de la Casa más que para lo estrictamente necesario. Mucho menos tendrían contacto con los demás soldados que no pertenecían a su tierra y que respondían directamente ante el Hijo Predilecto y su Gran General. Y ellos... ellos no se atreverían a ir en contra de su gobernante o de su familia. Todos los soldados estaban obligados a jurar lealtad a los Maira, al escudo de la Sombra y la Niebla, delante de ellos y delante de los mismísimos dioses que siempre los observaban.

No se atreverían...

—No ha sido solo una revolución dannan —reiteró el guerrero sin apartar su mirada del gobernante.

No solo una revolución dannan... Si afectaba a más facciones del ejército, a más soldados de los que ya sospechaban...

Keiran sintió que su corazón perdía un latido. El aire se volvió frío en sus pulmones, se convirtió en esquirlas que se clavaron en su interior y que consiguieron acallar las dentelladas y los zarpazos de la criatura.

Si lo que Deian decía era cierto, nadie estaba a salvo en la Casa de la Sombra y la Niebla, en ningún lugar. Nadie que estuviera de su lado. Nadie que apoyase el resultado mestizo de la unión de su gobernante con una hija de las llamas y la luna.

Solo había una manera de saber si lo que Deian decía era cierto.

—Los estáis cazando como a animales y ni siquiera sabéis que ellos...

El guerrero calló cuando la niebla se deslizó dentro de su mente, fría y escurridiza. La sorpresa hizo que apenas se resistiese a la intromisión de Keiran dentro de su cabeza. El Hijo Predilecto escaneó rápidamente las imágenes nebulosas que pasaban por la mente de Deian, descartando aquellas que no interesaban y deteniéndose en las que sí.

Sus ojos se abrieron un poco más con los recuerdos de Deian. La criatura dentro de él se quedó muy quieta de repente, curiosa. El frío lo embargó por dentro, atenazó su pecho, su estómago. El estupor hizo que su interior se silenciase, pero no fue un sentimiento tan fuerte como el horror.

Horror porque debería haberse esperado algo así. Porque siempre había sabido de los rencores y la repulsión que desprendían quienes aparecían en aquellas imágenes, pero nunca... nunca se había imaginado que pudieran llegar tan lejos. O sí.

Su padre lo sabía. Su madre también. Su abuelo... todos lo sabían, pero todos habían preferido mirar a otro lado. Él incluido.

La culpa era el sentimiento que predominaba dentro de Keiran cuando la voz de Deian lo sacó de la espiral de pensamientos en la que empezaba a caer.

— ¿De verdad te sorprende, Hijo Predilecto?

Keiran parpadeó y la niebla se escurrió fuera de la cabeza del guerrero. Sus ojos azules, más oscuros de lo habitual, volvieron a enfocarse en el

guerrero. Había una sonrisa torcida y cruel en su boca. Su mirada verdosa estaba cargada ahora de algo que nunca antes le había visto; regocijo.

—Dilo en voz alta —ordenó el Hijo Predilecto, su voz contundente, suave y dura al mismo tiempo.

— ¿El qué? —preguntó Rhiannon.

—Eso no cambiará el hecho de que vayáis a matarme —replicó Deian.

—No, pero puede que lo hagamos más rápido —dijo la segunda al mando de la Casa.

—Dilo —repitió Keiran.

Su voz era suave como el filo de una espada, e igual de cortante y afilada. Cuando Deian contestó, lo hizo sin apartar la mirada de él.

—Vuestro tío, Brycen. Él sabía que esto iba a ocurrir. Nos ha ayudado.

Keiran sintió cómo sus hermanos se tensaban dolorosamente a su lado. Percibió en ellos los mismos sentimientos que lo habían abrumado a él. Todos excepto uno. Ese solo le correspondía a Keiran. Taladraría dentro de él esa noche, durante los veinticinco años siguientes, y sospechaba que para el resto de toda la eternidad.

Debería habérselo imaginado. Él podía haberlo visto en las mentes de quienes lo había traicionado si hubiera querido, si no hubiera sido tan correcto y educado y hubiera echado un simple vistazo. Solo por precaución. Él o Kendrick.

Pero su padre se había confiado hacía años y él había crecido con esa falsa seguridad rodeándolo como un manto de bruma, espesa pero endeble.

Keiran, al que todos creían tan observador, tan atento de los suyos y de quienes lo rodeaban. La niebla había sido la primera facción de su poder en manifestarse, la había desarrollado rápido. Y no le había servido para nada, se dio cuenta en ese momento. Para nada útil o que mereciera la pena de verdad.

No le había servido para proteger a quienes quería.

— ¿Por qué creéis que las tropas de la Casa tardaron tanto en actuar? —prosiguió Deian, recreándose en el asombro y en la rabia de los hermanos— ¿Por qué creéis que todavía quedan tantos de los nuestros ocultos en los bosques? A vuestro tío no le hizo gracia que su hermano se casase con Aileana —gruñó, como si el nombre fuera una especie de

insulto—. Le gustó menos todavía que ella consiguiera que lo apartase de su lado, que lo destituyese como Gran General y que a pesar de ser su segundo al mando cada vez tuviera menos en cuenta su opinión y sus consejos. No soportaba haber perdido el privilegio de ser la víbora que susurraba por encima de su hombro.

Keiran cerró los ojos y apretó los puños en sus costados. Brycen había dejado de ser la víbora que susurraba al oído a su padre, pero no había perdido el tiempo. Había buscado otros que lo escuchasen. O ellos lo habían buscado a él.

No puede ser... escuchó que Rhiannon susurraba dentro de su mente.

Es cierto. Lo he visto.

Gawain...

Keiran sintió una punzada de dolor en su interior al escuchar ese nombre. Su primo nunca había estado unido a su padre, pero aquello era diferente. Ahora que lo sabía, Keiran no podía ignorar el hecho de que Brycen los había traicionado y de que había tomado parte en una revolución que había atentado contra su propia familia. Gawain lo entendería. Siempre había estado más unido a Lea que a cualquiera de sus progenitores, ella los había criado como si fueran hermanos... Pero Brycen seguía siendo su padre, y Keiran no quería pensar en eso en aquel momento.

Más tarde.

Los ojos negros de Rhiannon brillaban con intensidad cuando Keiran se fijó en ellos. El dolor que había en ellos era reflejo del de su hermano. Un murmullo quedó llegó hasta ellos, desde la izquierda de Keiran. Cuando se giró, se encontró a Iver con la mirada perdida en algún punto detrás de Deian. Al sentirse observada, la serpiente giró el rostro hacia sus hermanos. Sus ojos dorados se cruzaron con los de Keiran, y esta vez los dos se sostuvieron la mirada.

Iver y Keiran llevaban tres años sin dirigirse la palabra, y las que el hermano pequeño le había dedicado al mayor la última vez que se vieron habían sido duras, tajantes, y habían estado cargadas de veneno como el que rezumaban ahora sus colmillos. Ahora, después de tanto tiempo, se hablaron, pero sin llegar a abrir la boca. Solo sus ojos, azul cobalto y dorado oscuro, bastaron para que se entendieran.

Keiran inclinó la cabeza levemente hacia delante como respuesta a la pregunta silenciosa que destelló en los ojos de su hermano pequeño. Los labios de la serpiente se separaron, dejando a la vista dos hileras de dientes finos y afilados, curvados hacia dentro. Los caninos se desplegaron, bajando desde su escondite en el paladar. Iver se giró hacia

Deian emitiendo un siseo bajo y con el poder que había en su cuerpo inmortal haciendo vibrar su cuerpo. Las escamas negras destellaron, salpicadas con las estrellas del cielo cada vez más claro.

El rostro del guerrero dannan volvió a estar teñido por el miedo. Comenzó a retroceder hacia atrás de nuevo, un pobre intento por escapar de su sellado destino. Iver fue el primero en moverse en su dirección, con la boca entreabierta, dejando que pequeñas gotas de veneno se formasen en las puntas de sus colmillos. Rhiannon y Keiran lo siguieron de cerca.

—Dijisteis... —empezó a protestar Deian.

—Nadie te dio su palabra de que lo haríamos más rápido —replicó Rhiannon—. Solo yo lo insinué. Y yo no soy la Hija Predilecta; no soy la que da las órdenes en esta Casa.

Deian negó con la cabeza. Su mirada fue a clavarse en Keiran. Había una súplica velada en su mirada, pero nada parecido al remordimiento. Y tampoco hubiera importado si así era.

—Por favor... —murmuró Deian.

—Los dannan no suplican, Deian —dijo Keiran con voz suave y pausada. Una voz similar a la que había escuchado a su padre emplear muchas veces, pero diferente. Estaba cargada de travesura, de una amenaza fría y velada disfrazada de diversión. Esa era otra de las características que siempre lo habían diferenciado de su padre y que compondrían parte de su seña de identidad como Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla en los años siguientes; su sentido del humor, medido, frío, y tremendamente despiadado y cruel—. Vas a tener que explicarle esto a Dannu cuando te la encuentres en Mag Mell, si es que quiere mirarte a la cara. O si llegas siquiera a encontrarte a sus puertas.

Hubo una breve pausa en la que Deian se quedó callado, mirándolo con los ojos muy abiertos. La calma del amanecer en aquel lugar al este de del hogar de las tinieblas y la bruma se rompió con el grito que salió de la boca del guerrero cuando Iver clavó sus colmillos en él.

Poco a poco, la negra oscuridad con motas de plata fue tornándose de color azul oscuro. El mar comenzó a adquirir un precioso color cobalto, peligrosamente tentador. El sol avanzaba poco a poco por el horizonte, clareando la mañana. A un ritmo que para Deian fue eterno y que para los hermanos Maira Fforddludw resultó demasiado rápido. Para cuando el cielo estuvo teñido de colores violeta y dorado oscuro, los gritos y los lamentos ya habían terminado. La tierra manchada y húmeda por el rocío y la sangre destelló con el sol de la mañana.

Los hermanos no se miraron entre ellos cuando terminaron. Ninguno quería ver en los ojos de los otros que aquello no había cambiado nada. No había pesadilla de la que despertarse. Nadie había vuelto de entre los muertos. Los sentimientos que los corroían por dentro no habían desaparecido. Los tres tenían la sensación de que nunca lo harían.

El primero en marcharse fue Iver. En silencio, sin proferir el más mínimo ruido ni dirigirle una mirada dorada a Rhiannon o a Keiran. Ella lo siguió poco después. Rhiannon sí que intentó decir algo, abrió la boca, aunque de ella no llegó a salir nada. Buscó la mirada de Keiran, le abrió la mente, pero él no la estaba escuchando. El silencio ensordecedor que había dentro de él no se lo permitía.

Keiran se quedó solo durante largo rato. El mar a lo lejos ondeaba con suavidad, emitiendo un ronroneo apacible, como un animal dormido. Siempre le había gustado el mar, aunque en el fondo lo temía por lo impredecible que era. En aquel momento, lo aterrizzaba, porque en aquel momento, Keiran lo sentía como un espejo. Una superficie cristalina que le devolvía su propio reflejo. Un reflejo que todavía no estaba preparado para afrontar. Sin embargo, el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla se quedó allí aun después de que el cielo se tornase de un azul límpido. Mirándose a sí mismo en una gran masa de agua salada que parecía una criatura volátil, caprichosa.

No se movió hasta que dejó de temblar. Hasta que sintió que las escamas dejaban de asomarse por debajo de su piel, hasta que las garras que arañaban su mente y sus costillas cesaron su envite. Hasta que pudo escuchar su propia voz por encima de aquella nueva y desconocida que había comenzado a habitar su interior hacía apenas un día.

Todavía no lo había dominado. Aun tenía miedo. Pero no podía dejar que los demás lo vieran. No podía actuar como un gobernante temeroso de sí mismo, aunque fuera así como se sentía. El mundo que conocía se había hecho pedazos a su alrededor, y él también, pero no podía dejar lo vieran así. No podía mirar hacia otro lado igual que lo habían hecho los que ya no estaban; igual que el propio Keiran, demasiado ingenuo y demasiado ciego.

Tenía que comportarse como lo que ahora era. Un elegido de los dioses, su representación en aquel lugar creado por ellos. Y así lo hizo.

Los días que siguieron fueron los más oscuros que había vivido la Casa de la Sombra y la Niebla en mucho tiempo, a pesar de la luminosa primavera. La mañana siguiente a la muerte de Deian, Keiran volvía a encontrarse en Llanrhidian. Llevaba por primera vez el escudo de la serpiente y el cardo sobre sus hombros, pero había declinado ponerse la corona. Le parecían un adorno tremendamente pretencioso e innecesario; un buen gobernante no la necesitaba, sabía marcar su estatus de otras

maneras. Y Keiran sería un buen gobernante.

Los sastres de palacio se habían afanado en tener sus trajes listos para la ocasión. Keiran era más alto que su padre, y sus hombros eran más anchos, así que ninguno de los que Kendrick había usado le servirían. Además, él quería los suyos propios para empezar su reinado de la manera apropiada. Un nuevo gobernante, una nueva manera de regir.

Y una nueva forma de impartir justicia.

Más de un siglo atrás, Kendrick había ordenado a Gwilym que acabase con las vidas de sus soldados sublevados al amparo de la oscuridad de un bosque en Tierra de Nadie. No era necesario que el resto de la Casa se enterase de lo que había ocurrido, ni siquiera los demás soldados dannan que no habían participado en aquella pequeña revolución. Kendrick no quería una guerra interna después de haber terminado otra con una de las Casas de Elter. Pero lo que había ocurrido en la Sombra y la Niebla en esta ocasión era muy diferente; habría sido imposible que los demás ciudadanos no se hubieran enterado de lo que había sucedido, pero sí podría haberse llevado con discreción. Pero no era eso lo que Keiran quería.

Su traje negro y azul cobalto estaba impecable, igual que su pelo, lustroso como el ala de un cuervo. La mueca divertida y cruel de su rostro acentuaba su atuendo. Su espada recién afilada, grabada con las iniciales de su nombre completo, destelló cuando la sacó de su funda. Esta vez, los soldados rebelados sí tuvieron que arrodillarse ante él, tanto los dannan como los del resto de las legiones.

Alai le había dicho que si lo deseaba él podía encargarse de los hijos de Dannu, e Idris se ofreció a impartir justicia entre los demás. Pero aquella tarea no les correspondía a ellos. Solo al Hijo Predilecto.

Keiran les hizo el favor a los dannan de derramar su sangre en la tierra que los había visto nacer y sobre la que habían entrenado durante décadas antes de convertirse en guerreros. Los campos de entrenamiento al norte de Llanrhidian acogieron su ejecución cuando los que le juraron lealtad al nuevo gobernante estuvieron seguros de que ya no quedaba ningún rebelde escondido. Era el lugar apropiado por diversas razones; porque aunque Keiran los despreciase por lo que habían hecho, sabían lo que significaba aquella tierra para ellos, él también lo sentía, y hacerles morir en una plaza pública fuera de Llanrhidian le parecía una falta de respeto hacia su pueblo y creencias. Y Keiran no iba a ser irrespetuoso con nadie, porque tampoco quería que lo fueran con él. La otra razón de peso por la que eligió aquel lugar, era porque podía albergar a una mayor cantidad de feéricos que cualquier plaza de Llanrhidian. Así, podían asistir todos los que gustasen de hacerlo. No fueron pocos los que se perdieron

aquel acontecimiento.

La espada grabada con las llamas y la luna, y con las serpientes y las flores de cardo bajó centenares de veces esa mañana. La sangre le salpicó la cara y las manos, manchó el suelo a su alrededor, así como sus botas y su traje. Cuando todo terminó, los brazos le ardían de dolor, pero no era nada comparado a lo que sentía dentro de su pecho. No solo por la criatura complacida que rascaba y mordía dentro de él, exigiéndole que lo dejase salir, que le permitiera divertirse. A Keiran le dolía tener que demostrar quién era y lo que representaba de aquella forma, con la sangre de quienes estaban bajo su mandato y su protección manchándole las manos.

Sin embargo, cuando se giró hacia su público, había una sonrisa en su rostro. Taimada, enmarcada por un hoyuelo en la comisura izquierda. Una sonrisa que prometía más espectáculos como aquel. Y los hubo.

Al día siguiente, Keiran repitió la misma función con los soldados de las demás legiones en la plaza principal de la capital de la Sombra y la Niebla. En los años siguientes, nadie volvió a cuestionarse su legitimidad como Hijo Predilecto. Ni dentro de su Casa, ni en ningún otro lugar de Elter.

## Capítulo 8

Keiran salió de sus recuerdos con un toque de sombras en sus dedos. Se giró hacia Rhiannon, que se había puesto a su altura. La sonrisa que estiraba sus labios le dijo que sabía en lo que estaba pensando.

—Se sentirían orgullosos.

Keiran apartó la mirada, desviándola de nuevo hacia la estatua.

—No estoy tan seguro, Rhiri —replicó en voz baja, para que nadie más que ella pudiera escucharlo—. Ni siquiera yo sé si orgullo es la palabra para definir lo que he hecho...

—Lo que tenías que hacer —interrumpió ella, cortante—. Hiciste lo que tenías que hacer y nadie va a reprochártelo. Nadie que te quiera y te conozca.

Keiran desvió la mirada de la estatua, pero siguió sin mirar a Rhiannon. No quería que viera en sus ojos que ni él mismo estaba seguro de conocerse, por lo que dudaba que otros lo hicieran. Su padre y su posición habían contribuido a ello, no solo como Hijo Predilecto, sino también como heredero; roto en mil pedazos, y mil veces recompuesto.

— ¿Dónde está tu marido? —preguntó tras una breve pausa en la que logró recomponerse y mirar a su hermana.

—Buena pregunta, cuando yo me levanté él ya había desaparecido, por supuesto —contestó poniendo los ojos en blanco—. Me imagino que en algún lugar de la ciudad, en la biblioteca probablemente, mentalizándose de que va a tener que estar levantado hasta que vuelva a salir el sol —Rhiannon calló un instante, el tiempo suficiente como para que la socarronería desapareciera de sus ojos negros antes de volver a hablar—. Y supongo que también querrá estar consigo mismo por todo lo que este día significa para él. Gawain también perdió muchas cosas ese día.

Aquel último apunte era innecesario, pero Keiran no se lo reprochó. A veces necesitaba recordar que él no era el único cuyo mundo se había puesto patas arriba en menos de lo que dura un suspiro. Él tampoco había sido el único en afrontar situaciones duras y repentinas, totalmente imprevistas y por las que jamás habría imaginado que tendría que pasar. Y tampoco había sido el único que se había manchado las manos con la sangre de aquellos que, sino amigos, al menos nunca los habría llamado traidores.

Keiran jamás olvidaría el velo que había cubierto los ojos azules de Gawain cuando le había contado la implicación de Brycen en la muerte de

sus padres. Una sombra de tormenta encapotando un cielo de verano.

—Tienes que...

Gawain no había llegado a terminar de hablar. Su mirada se había apartado de la de Keiran, hacia la puerta cerrada detrás de la cual se encontraba su padre, apresado y consciente de la situación a la que se enfrentaba.

—Puede hacerse de muchas maneras —había dicho Keiran llevándose la mano al cinturón—. Quiero que elijas tú cuál de ellas es la mejor para ti.

Gawain desvió la mirada de la puerta de madera y la dirigió al puñal que su primo le tendía. Sus ojos recorrieron despacio el mango negro decorado con un diseño cómodo y sinuoso, y la hoja grabada con flores y serpientes. Abrió la boca para hablar, pero de ella no salió nada.

—Es tu padre —murmuró Keiran—. La decisión es tuya.

Su mirada se encontró con la de Gawain. Brycen era su padre, y Lea, en cierto modo, también había sido su madre. Lo había cuidado y criado de una manera no muy diferente a como lo había hecho con Keiran. Lo había querido y se había preocupado por él más que cualquiera de sus parientes de sangre. Sabía lo que su madre significaba para Gawain. Y también sabía que él no era el único que necesitaba dejar salir sus deseos más violentos y primitivos.

Los dedos de Gawain se cerraron en torno a la empuñadura con firmeza. Keiran soltó el puñal y se dio media vuelta.

Nunca hablaron de lo que ocurrió con Brycen. Lo que aconteció entre padre e hijo detrás de aquella pesada puerta quedaría para siempre entre ellos y entre los dioses curiosos que pudieran estar observándolos. Puede que Gawain se lo hubiera contado a Rhiannon; Keiran deseaba que lo hubiera hecho. No debía cargar con los sentimientos que seguían a hacer algo así él solo. Keiran lo sabía por experiencia, aunque no hubiera seguido su propio consejo.

—Va a ser todo un espectáculo —dijo Keiran barriendo con la mirada las mesas, son los jarrones y los adornos que engalanaban el patio trasero del palacio.

— ¿Sabes un espectáculo que me apetece ver? El de Idris repasando las tropas.

Rhiannon enlazó su brazo con el de su hermano y empezó a tirar de él para alejarlo de aquella escena y de los pensamientos que la

acompañaban.

—Torturándolas, querrás decir —rió él con suavidad.

Rhiannon enarcó una ceja.

—No sé quién es el torturado, sinceramente. Idris preferiría limpiar las botas de todos los soldados antes que comprobar que desfilen con la espalda bien recta y en perfecta sincronía.

—Creo que cuando aceptó ser Gran General no sabía que no todo era acción y estrategia.

A Idris no le hubiera importado alisar los uniformes de todos y cada uno de los soldados de la Sombra y la Niebla si eso pudiera ayudar a su amigo. Keiran lo sabía y eso le provocaba una punzada en el pecho que no sabía cómo interpretar.

Todas y cada una de las casi treinta legiones que componían el ejército de la Casa desfilarían esa tarde por la capital del territorio, y de noche lo harían por la villa palaciega, desde la verja de hierro que marcaba su comienzo hasta el jardín que se encontraba detrás del palacio. No estarían presentes todos los soldados, pues la villa, a pesar de su gran extensión, no podía contenerlos a todos, ni tampoco los terrenos que rodeaban el palacio. Además, la Casa no podía quedar totalmente desprotegida durante casi un día entero. La Sombra y la Niebla vivía tiempos tranquilos desde que la rebelión dannan había sido aplacada, ninguno de los otros territorios había lanzado una sola amenaza en las últimas dos décadas, pero eso no significaba que no debieran estar preparados para imprevistos.

Vieron las hileras de soldados antes que a Idris. Se encontraba reclinado contra una de las vallas de una de las espectaculares mansiones que componían la villa. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su mirada lobuna escaneaba el avance de las tropas por la calle principal de la villa, la única que podía contener tal cantidad de soldados. Su postura relajada e incluso descuidada contrastaba con las espaldas rectas y el andar firme de los guerreros uniformados. Aquello no era más que un ensayo, pero todo tenía que estar perfecto para la tarde y para la noche. Hasta el resonar de los tacones de las botas contra el pavimento impoluto.

Cuando la mirada de Idris se desvió del avance de los soldados a su cargo y se encontró con los dos hermanos, su expresión cambió. El aburrimiento mal disimulado se convirtió en expectación, y también algo más dulce, casi meloso, que llenó la garganta de Keiran cuando estuvo lo suficientemente cerca de él.

—Recordadme que tengo que empezar a delegar más —dijo el Gran General—. Sobre todo este tipo de... obligaciones —apuntó con una mueca de fastidio.

—Si algún día decides que quieres dejar de ser Gran General o que ya no quieres formar parte del ejército, podrías intentar buscarte un hueco como director de baile. ¿Qué? —protestó Rhiannon al ver la mirada que Idris le dirigía— No me mires así. Bailar no es muy diferente a pelear, y a ti se te da muy bien enseñar. Y dirigir ensayos —dijo haciendo un gesto con la mano hacia las tropas que desfilaban—. Mira lo bien acompasados que van todos. Que espaldas tan rectas, que hombros tan cuadrados... Deberías de sentirte orgulloso.

—Creo que lo hacen porque quieren llegar a mañana con todas las partes de su cuerpo intactas.

Rhiannon dejó escapar una risa sincera y Keiran sonrió ante el comentario de su amigo, pero el gesto no le llegó a los ojos. Los tres contemplaron a los soldados caminar delante de ellos, con sus uniformes negros y azules impecables. El hilo de color cobalto destacaba sobre la tela oscura, encima de los corazones de los guerreros fae. Detrás de ellos, Keiran podía ver los jardines y las fachadas de las mansiones engalanadas con los colores de la Casa y con su emblema. Por lo general, todas las residencias de la villa presentaban alguna referencia a la Casa durante todo el año, aunque fuera con las tonalidades de las flores de sus jardines, pero para aquella ocasión, todos los fae de la nobleza habían decidido recargar su decoración para que su Hijo Predilecto no tuviera dudas de su lealtad. No querían acabar igual que los soldados que había manchado la hoja de la espada de Keiran.

Idris fue el primero en romper la monotonía del taconeo de las botas.

— ¿Te gusta lo que ves?

Keiran desvió su atención de los soldados para cruzar su mirada con la del Gran General. El color avellana de sus ojos brillaba con los rayos del sol primaveral, y también con la preocupación.

—Es como tiene que ser —se limitó a contestar Keiran.

—Y, ¿los dannan? —preguntó Rhiannon deshaciendo el silencio que siguió a las palabras de su hermano.

—Llegarán justo antes de que empiece el desfile y se colocarán en el lugar que siempre les ha correspondido —contestó Keiran—. Han estado ensayando con Alai en Llanrhidian. No quiero que esto sea un desfile de la vergüenza para ellos —apuntó bajando la voz, después de comprobar que

no hubiera nadie cerca que pudiera escucharlo.

—No lo será —ratificó Idris—. Los que quedan son leales a ti.

Keiran dejó escapar una risa baja y amarga.

— ¿Por miedo o por respeto?

—Algunos lo son porque te quieren —dijo Rhiannon.

Keiran la miró enarcando una ceja. Su hermana le aguantó la mirada sin pestañear. La determinación y la convicción ante sus propias palabras lanzaban destellos oscuros en sus ojos, pero no llegó a calar en Keiran. La voz grave y sosegada de Idris se interpuso entre los dos hermanos.

—Muchos de los soldados que van a desfilar eran muy jóvenes cuando tú te convertiste en Hijo Predilecto. No conocen otra cosa que no sea esto. Alai se ha asegurado de que no haya nadie en la legión dannan que se atreva siquiera a cuestionar tu autoridad y...

—De nuevo, ¿es miedo o es respeto? —cortó Keiran clavando su mirada en él— ¿O fanatismo? Cualquier cosa, menos amor. No se puede amar algo que te han impuesto sin haber tenido la oportunidad de elegir, o si no se conoce otra cosa.

—Nuestro mundo ha funcionado así siempre, Keir, y no nos ha ido tan mal. No puedes cambiar el hecho de que eres el Hijo Predilecto, pero sí puedes mostrarle que eres lo mejor que le podía haber pasado a esta Casa. Te preocupas por ellos, por todos nosotros, a veces demasiado. No hay nada que no harías por esta tierra y por el bienestar de sus gentes.

Keiran negó con la cabeza.

—Lo que hice...

—Basta.

La voz de Idris resonó con contundencia en el interior de la villa. No fue un grito, ni siquiera un gruñido, pero tampoco necesitaba expresarse de aquella manera. Su voz poseía una rotundidad natural que se había acentuado con los años, desempeñando su labor como Gran General. Los soldados a su cargo habían aprendido a reconocer aquella entonación y lo que había detrás, por lo que todos los presentes se detuvieron al unísono y se giraron a mirarlo.

Keiran no pudo evitar que su cuerpo se tensase repentinamente, preparado para lo que viniera a continuación. Pero su amigo no quería

atacarlo, al menos no con palabras.

Cuando Idris se dio cuenta de lo que había ocurrido, dejó escapar un juramente entredientes.

—Podéis tomaros un descanso —dijo dirigiéndose a los soldados antes de volver a mirar a Keiran—. No hiciste nada que otros no hubiéramos hecho en la misma situación. Se han empezado guerras internas o entre las Casas por mucho menos, Keir. Podrías haber reducido Llanrhidian a cenizas, podrías haberla sometido igual que el Agua y el Cristal a los aes. Les diste una segunda oportunidad, y me consta que muchos están agradecidos por ello —hizo una pausa, dejando que las palabras calasen en su amigo—. Deja de culparte. Vuestra familia no habría querido esto.

Rhiannon asintió en silencio a su lado. Keiran se quedó callado, sin mirarlos a ninguno de los dos. De repente, estaba mucho más interesado en los soldados que conversaban entre ellos e incluso se sentaban en el suelo para descansar las piernas.

Rhiannon siguió hablando, consciente de que aunque no quisiera, Keiran le estaba prestando atención.

—Ellos también tuvieron que hacer cosas... cuestionables para muchos para imponerse y marcar su lugar como lo que eran. Papá se sentiría orgulloso del Hijo Predilecto en el que te has convertido.

Keiran apretó los labios hasta convertirlos en una línea fina. Una pequeña arruga apareció entre sus cejas.

—Rhiri —advirtió Idris—. No estoy seguro de que eso sea...

—Nuestro padre era... —comenzó a decir Keiran, cortando las palabras del Gran General— duro. Pero tenía que serlo. Todos los gobernantes de Elter lo son, por una razón u otra. Él lo era por las mismas que yo, porque le preocupaba sinceramente este lugar, esta Casa, quienes estaban bajo su protección. Nos inculcó esos valores a los dos, por eso Rhiannon es mi segunda al mando —acompañó sus palabras con una pequeña sonrisa que su hermana le devolvió—. Él... yo lo quería a pesar de todo.

—Y él te quería a ti —susurró Rhiannon. Sus ojos negros brillaban, salpicados de estrellas acuosas.

Y estaría orgulloso de lo que has hecho.